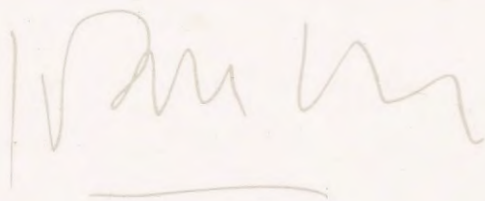


Juan Cruz Ruiz

# Crónica de la nada hecha pedazos

---



BIBLIOTECA BASICA CANARIA

---

50

---



# CRÓNICA DE LA NADA HECHA PEDAZOS

Prólogo de Domingo Pérez Minik



## *Biblioteca Básica Canaria*

### **Director**

Juan Manuel García Ramos

### **Consejo asesor**

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

### **Comisión técnica**

*Coordinación:*

Maximiano Trapero

*Corrección:*

Gonzalo Ortega Ojeda

*Diseño:*

Juan Francisco Alamo

*Producción:*

Carlos Gaviño de Franchy

*Secretaría:*

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Juan Cruz Ruiz

CRÓNICA  
DE LA NADA  
HECHA PEDAZOS

Islas Canarias  
1988

© Para el prólogo **Domingo Pérez Minik**

© Para el texto **Juan Cruz Ruiz**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes  
del Gobierno de Canarias

ISBN: 84-505-7754-3

Depósito Legal: M. 22.804-1988

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

*A mis padres, que en ningún momento han  
dejado de reír.*

*A Emilio, que dijo basta y se echó a andar.*

*Y a Pilar, por supuesto, que anda conmigo.*

*Este canto va por ellos y por todos los que  
están queriendo que no se acabe ni la voz ni la  
risa. A Fernando, a Alberto, a Domingo, a  
Ernesto, a mis hermanos, a Carlos, al Fonosto,  
a Elfidio, a Arturo. A José Luis. A todas y a  
todos los que protagonizan esta primera crónica.  
A todos los que he querido y a todos los que  
siempre quiero.*

*Esta edición de 1988 está dedicada con todo mi  
amor a Eva y a Pilar y a Pilar y a Eva.*



*no podía bailarla, escupirla, clamarla, proyectarla  
como acción espiritual y física a través de algún  
inconcebible medio de comunicación.*

Julio Cortázar

*Despertar es el momento más arriesgado del  
día.*

Franz Kafka



## ÍNDICE

|                                                | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------------------|--------------|
| Los pedazos de la nada de Juan Cruz Ruiz ..... | 13           |
| Crónica de la nada hecha pedazos .....         | 21           |



## LOS PEDAZOS DE LA NADA DE JUAN CRUZ RUIZ

Los pedazos de esta nada de Juan Cruz Ruiz son una novela denominada «Crónica», que mereció el Premio Pérez Armas 1971, y ahora acaba de publicarse otra vez, y que en muy poco tiempo se ha agotado. Esta nada no es la nada de Santo Tomás de Aquino, ni la de Descartes, que éste no admitió, ni la más famosa de Jean-Paul Sartre, con su comprometido reconocimiento. Es la nada de Juan Cruz Ruiz, con sus innumerables participaciones. En resumidas cuentas, una nada convertida en el objeto de una novela que ha empezado a buscar sus lectores dentro de todo el territorio nacional. Por lo menos, ya encontró uno muy importante, el escritor argentino Marcos Ricardo Barnatán, que trabaja ahora en España, en los diarios, autor de varios libros de poesía, una «Antología» de la «Beat Generation», y que también ha merecido un buen puesto ante el Jurado del último Barral de narraciones. Ya sabemos que este personaje ha descubierto en Madrid la obra de Juan Cruz Ruiz, se ha quedado muy asustado con este extraño hallazgo y ha empezado enseñuida a buscar por todo el país a su autor. Ignoramos si ya lo halló. A Juan Cruz Ruiz lo seguimos conservando en ese Reino, no es fácil afirmar por cuanto tiempo lo podremos aguantar, debido más que a otra cosa a la excesiva movilidad desplegada, su voluntad llena de desasosiego, un ansia de gastar con prisa la cuerda de que disfruta, que al parecer no es poca por su carrete ilimitado, sin desdeñar esas ganas que él siente de averiguar nuevas personas, sucesos y palabras, los que no haya presumido antes hecho

bastante difícil por sabérselo siempre todo. Pero la verdad es que Juan Cruz Ruiz de niño prodigio, nada, ni tampoco de virtuoso solista, y mucho menos de cacique grande o pequeño de una generación. El se lo hace a su aire, con o sin los demás. Ya se han vendido las primeras ediciones del libro, publicado primero por la Caja de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, realizado con el buen esmero de «Nuestro Arte», se presentó la bella obra con una incitante portada de José Luis Toribio y un incisivo epílogo de Ernesto Salcedo Vélchez. Como se verá, la recién nacida novela ha tenido un entrañable bautizo con muy dignos padrinos.

Primero leímos esta «Crónica» como miembros del Jurado. Ahora hemos acometido la misma empresa, no se puede decir que nunca segundas partes fueron buenas, y hemos llegado hasta el final con muy buen humor, un acogedor camino recorrido y los previsibles enfados. Esta «Crónica» es tumultuosa, apresurada, explosiva. No nos deja tranquilos. Nos atrae y nos perturba. Se ha dicho ya varias veces que es la obra de un periodista, lo ha escrito Elfidio Alonso y Alfonso O'Shanaham con oportunidad y algún otro que no recuerdo. Y así lo creemos también. La palabra «Crónica» compromete a mucho. En realidad, la mentalidad del periodista está aquí presente, en la manera de acusarnos los sucesos, en la efimereidad de los estados anímicos presentados y en la forma lábil de la composición. Se percibe un afán de descargarse de esos frutos cosechados en las calles con su cámara transeúnte al hombro. Las acuciantes motivaciones, la puesta al día del acontecer que se va produciendo, ese deseo de vaciar y llenar la conciencia con apresuramiento para quedarse relajado. *De cierta manera el periodista destruye la realidad dándonosla a conocer no en su proceso natural sino contada a pedazos, ya frita en la sartén, despojada de su tiempo vivido, una vez cometido su deicidio.* (No habrá que explicar esta denominación de Vargas Llosa, tan divulgada). Con todos estos hechos en su poder, Juan Cruz Ruiz ha sabido elevar la categoría de noticia a la de crónica y la de crónica supo resolverla en novela.

Recordemos que Daniel Defoe, el primer periodista británico, el de Grub Street, en Londres, fue el padre, el padrastro o el padrino de la novela moderna. Sus grandes obras, tipo «Moll Flanders», manifiestan en cada momento esa trayectoria radical de ser, la peligrosa promiscuidad, una contaminación en este caso depuradora. Se nota que este libro de Juan Cruz Ruiz está hecho sobre la marcha, con precipitación y alevosía. Cada estado de la conciencia despierta, la que se revelaba cada día en el momento de empezar a escribir, iba descargando todo lo recogido durante la jornada de trabajo, palabras, acontecimientos, frases repetidas, los innumerables héroes fortuitos, los sucesos grandes y chicos, el cotilleo y las comidillas de la calle, los problemas de la casa, los nombres frecuentes, las noticias de aquí y allá convertidas en «Slogans», los signos de las cosas, cada veinticuatro horas cualquier ciudad tiene su temática y sólo varía la forma de consumirla cada hombre. Y así sucesivamente hasta llenar otra página de «La crónica de la nada hecha pedazos», verificada con los ingredientes más insólitos, vulgares o caprichosos. Al parecer estamos a la vista de una autobiografía que no logró ninguna centralización, que se mueve ágilmente entre todos los objetos, con su graciosa anarquía inédita y una voluntad de vida exuberante que quiere expresar todo de una vez y para siempre. La digestión del mundo en torno es cosa de comer y cantar, todo gritado, rugido, chillado, como el que anhela afirmar su descontento, su disgusto o su asco y no puede quitárselos de encima, una confesión escandalosa para ser oída por todo el mundo con los desacordes de un estilo informal, sus solos de saxofón melodramático y ese grave sonido de una trompeta escandalosa que escuchamos en la obertura tan brillante de esta «Crónica de la nada hecha pedazos», un modo de ataque al lector, que terminará por debatirse entre el concierto y la incoherencia, con el susto consiguiente y el estupor que nos sobrecoge. Este Juan Cruz Ruiz es mucho Juan Cruz Ruiz.

El se pregunta en esa obertura por «quién lanza los últimos gritos de nuestra juventud, quién alimentó el ve-

rano tan solamente de sol, quién rompió los tímpanos de esa rosa roja lanzada al vacío. Monosílabos enigmáticos acabaron con todo». El novelista no responde a ninguna de estas preguntas, para qué, lo único que llegaremos a saber es que desde aquella mañana la isla se le metió en el pecho, todo se hará un recuerdo, «con las manos unidas sobre mesa mantel nada en los ojos espera, pero toma la pluma en la mano para escribir de esperanza». Lo que tiene uno que leer. Y así hasta el final, una narración que conmueve al más sosegado porque enseguida se da cuenta que está escuchando la tormenta de un alma joven que quiere ofrecer un sentido al mundo, denominarlo y cogerlo. Para este menester no tiene más instrumento de dominio que la palabra, el lenguaje que se va inventando, una jerga personal que le sirve la conciencia de una necesidad de la comunicación. Una forma de confesarse en alta voz que tan pronto como nació ha sabido encontrar el argot apropiado, el más manejable, el de materias más idóneas. La «Crónica de la nada hecha pedazos» es una primera novela, así lo afirma con mucho énfasis en su epílogo Ernesto Salcedo Vílchez, que ha de ser superada por una segunda o tercera. Y esto se producirá sin duda porque Juan Cruz Ruiz consiguió descubrir un argot para su muy particular uso, intransferible, identificable, irreversible, como un novelista de verdad, que ya tenemos que aguantar para siempre, que está ahí vivo, haciendo de las suyas, atravesado en nuestro camino, con sus señales de peligro y la posibilidad de cualquier atropello de dolorosas consecuencias. Desde aquí en adelante habrá que tener mucho cuidado con Juan Cruz Ruiz, el autor de la «Crónica de la nada hecha pedazos», con este título pretencioso y todo. Cuando llegamos al final de la obra, los pedazos de la nada aparecen desparramados por el suelo como esos restos oníricos de algunos cuadros de Joan Miró, Ives Tanguy o Marcel Duchamp. Pero ya hay que decir, de una vez, que este surrealismo de Juan Cruz Ruiz no es de contenidos, sino de estructuras de palabras, de expresiones, de argot. Aquí es donde presenciamos la verdadera subversión, el

asesinato del yo por el tú acusativo, la máxima conciliación dialéctica de la cópula de las realidades.

Esta novela no tiene fábula, ni espacio ni tiempo. Una manera inadecuada de decir porque tiene de todo, a su manera. Tiene una fábula que no se puede reconstruir discursivamente. Tiene un tiempo que no coincide con las metafísicas conocidas, ni con un reloj de arena ni con un reloj suizo. Tiene un espacio que conviene representarlo con esta afirmación: no hay que ponerle puertas al campo. Esta novela es irrepetible, no se ha de contar, ni nos interesa, tampoco es susceptible de ser aclarada por cualquier ordenador electrónico. De la narración hispanoamericana, la del «boom», poco ha aprendido. Se le sitúa mejor entre «San Camilo 1936», la «Reivindicación del Conde Don Julián» y «Faunas», sin perder de vista a Samuel Beckett y Claude Simon. Fronteriza de los automatismos estructurales del surrealismo. Ninguno de estos condicionamientos nos aclararán la situación de esta «Crónica de la nada hecha pedazos», tan bien lastrada entre sus sermones inacabables, una desenfadada verborrea casi lírica y el acumulación de sucesos reales que le acucian mavisamente, sin compasión, con la necesidad de una purga inmediata. Juan Cruz Ruiz quiere escapar como un joven Schelley romántico de esta situación aprisionante, pero la verdad es que no puede. Son las palabras las que han de romper esta fortaleza cercada, «mi vida hasta el momento es una absoluta nada recortada hecha pedazos». El no quiere sentir ningún arrepentimiento, no posee tiempo, tiene muchas cosas que hacer, la historia no le ofrece ninguna coyuntura, la única salida posible es escribir novelas, la sola admitida, el último recurso de salvación para tan poderosa fe. Ha llegado el instante de poner en marcha la imaginación.

Este Juan Cruz Ruiz es incorregible. Cuando uno piensa que ya debió sentar la cabeza, como novelista, hemos de comprenderlo así. Pero no, sigue en sus trece como nos lo demuestra en su última novela, «El sueño de Oslo». No tiene cura. Hay que dejarlo o matarlo. Entre todos los narradores españoles cada uno ha ido cambiando de palabras,

estructuras y mensajes como adaptándose a un nuevo medio cultural, la distinta historia, el advenimiento de un diverso tiempo. Todo esto no deja de parecernos bien, pero tenemos que admitir que es un testarudo, se mantiene en su sitio con los grandes maestros occidentales. Esta situación nos asusta mucho. Si relacionamos la primera novela con la última, veremos enseguida que su sentido de la escritura no ha variado, que su concepto del tiempo y su interpretación del espacio casi se confunden con los de la «Crónica de la nada hecha pedazos», que sus personajes, sucesos y chismes prosiguen con su igual presencia. Se pudiera abrir un debate sobre estos temas, pero será mejor dejarlo en su punto de caramelo, es decir, repitiéndose porque no se les acabó la cuerda, vivos y coleando, con su feliz significado, con esa continuidad que hace honor a su creador. Nuestro hombre de Tenerife no puede vivir sin la realidad, mejor dicho, con su realidad que aunque parezca mentira es la nuestra, la de las calles de Santa Cruz de Tenerife contemporáneo, los sueños de la vieja casa del Puerto Orotava. A primera vista toda esta literatura nos parece secreta, enigmática, lejana, y la verdad es que si nos detenemos un poco, todo este mundo al parecer abstracto, termina por convertirse en la más extraordinaria concreción, el espacio de todos los días, el tiempo de tantas ciudades conocidas, los lugares que repetidamente pisamos todos los días de nuestra más segura historia. Lo que quiere decir que en Juan Cruz Ruiz ya no sabemos cuando la imaginación asaltó al poder político. Lo que vemos muy claro.

En España hay como una predisposición a clasificar la literatura por regiones, reinos o provincias, la novela gallega, la novela catalana, la novela andaluza. No sabemos con precisión si aclaramos un criterio, lo confundimos o lo definimos. Hoy se habla de una novela leonesa, de una sevillana o de una vasca, siempre escrita en lengua castellana, se entiende. Como nuestra narrativa, la que se redacta entre nosotros, no alcanza un límite extraterritorial, por tantos motivos, esto de novela canaria suena todavía raro, acaso por la falta de una historia más politizada,

extensa, difundida. Las ideas se confunden aquí y parece que nos basta con que en una obra aparezcan las calles de Santa Cruz de Tenerife, las casas de Las Palmas de Gran Canaria o los desiertos de Lanzarote para que pensemos en un mundo de novela canaria. Y esto no es así. Ignoramos por qué estos elementos de configuración social urbana son los que dan nombre a la novela canaria. Caso Luis Alemany, J. J. Armas Marcelo o el Rafael Arozarena de «Mararía». Frente a todas estas teorías fáciles deterministas, muy a lo Angel Valbuena Prat, tenemos que descubrir otros elementos que den configuración a esta limitada novela canaria. De todas las novelas publicadas en estas últimas décadas, queremos afirmar que «Crónica de la nada hecha pedazos», de Juan Cruz Ruiz, es la más representativa, la más insular, la más auténtica, donde todos nuestros grandes mitos, los de Narciso, Prometeo y Edipo se nos manifiestan con la mayor soltura, fuerza e irreprimible creación real, aunque no veamos en este libro las calles de Santa Cruz de Tenerife, las casas de Las Palmas de Gran Canaria o las brujas de Lanzarote. Todo esto es adjetivo. Juan Cruz Ruiz se vale de la metáfora, del tropo, del misterio de nuestra lengua para lograr una muy acabada representación. En su texto hay aislamiento ancestral, la melancolía del paraíso perdido, la lucha a favor o contra del extranjero conquistador. Esto salta a la vista desde el momento en que cogemos su libro en las manos.

Insistimos: Juan Cruz Ruiz es un patriota, a su aire se entiende. Sin ninguna contaminación. «El sueño vence al isleño. Desde aquí, mientras la telaraña se cae por su propio peso, tú podrías recorrer la isla y advertir que la isla tiene la forma de isla más una punta disidente, propia para albergar a todas las especies animales y arbóreas que naturalmente no se pueden dar en otras partes del universo. Y quizá tampoco se den en esta parte y todo lo que se ve es un sueño del que viven sus habitantes, extraños seres también de sueños perdidos en una irrealidad que se presenta hermosa desde fuera y que dentro destila el amargor propio de los días festivos, sin turgencia que ob-

servar, sin cielos que ver y sin hembras en las yemas de los dedos.» Y luego Juan Cruz Ruiz nos habla del mar, de un mar envalentonado y no arrepentido, perdido ya en la más fascinante divagación sobre lo que es su isla. Una locura. No es fácil descubrir de qué secretos se vale Juan Cruz Ruiz para identificar su condición primera de insular. Cuando yo escribo patriota quiero establecer una relación con lo patriota que nos resulta James Joyce en su «Ulysses» y el Dublín de su querida ciudad, con lo patriota de William Faulkner cuando nos mete de lleno en su Jefferson del condado de York napatawpha, Estado del Mississipi o lo patriota que nos resulta Thomas Mann en su Vieja Lübeck báltica. Para mí todo está muy claro, bien reconocido, no nos perdemos. No sólo la topografía no nos extravía, tampoco la sociología ni la psicología. No nos perdemos aunque se nos describan esos espacios para ser reconocidos con propiedad. Ni los tiempos tampoco son parecidos. Ni las maneras de actuar de las criaturas tampoco las admitimos como retratos. La literatura es la literatura. Que no nos comulguen con ruedas de molino. Juan Cruz Ruiz en «Crónicas de la nada hecha pedazos» ha cumplido con su deber de hombre que se comprometió con la Revolución del 68. Del absurdo más puro a la concreción más conmovedora, este novelista insular tiene muy bien alojada la isla en su corazón. No se la puede quitar de encima.

*DOMINGO PEREZ MINIK*

Monosílabos enigmáticos acabaron con todo. El mundo se había puesto de pie y más dura fue la caída del imperio romano. Nada nos esperaba en la mirada de los otros, los que subieron la pena hasta el extremo último de la montaña. La izquierda y la derecha de nuestros brazos, roces tímidos de sus pechos con tu frente, la vida cuadriculándolo todo, la isla envolviéndote como un imán, la subsistencia, aburrimiento, raudales de barranco destrozando —menos mal— las casas viejas, o rendirse para comenzar la nueva estrecha batalla.

¿Quién lanzó los últimos gritos de nuestra juventud?

¿Quién alimentó el verano tan solamente de sol?

¿Quién rompió los tímpanos con esa rosa roja lanzada al vacío?

¿Quién te secundó en todos los intentos?

Bromeó la nada con nosotros, bromeó la nada.

Nos metió los ojos en los ojos, nos sacó los dedos y lo despellejamos todo, lo destrozamos todo en memoria sutilmente suya. Nos metió los dedos en los ojos y ya no fue posible ver otro tipo de derrotas que las nuestras, las que se cocían dentro de los cuencos de nuestras propias manos vacías.

Nos hizo caso el aire, no hay que quejarse. Y nos reveló de la pasión muerta de andar descaminados. El aire ocupó todos nuestros puestos, y caminamos en definitiva como sonámbulos en el mundo, los conceptos a un lado, acompañados, al tiempo que las lágrimas, oh tremendo mentiroso blanco y solo.

Todo es un tiempo hacia la muerte. Y descubriste la indolencia, el escepticismo y la pequeña mentira sin culpa y sin pecado. ¿Para quién estará acabando en este momento la historia, qué habrá significado nada cuando todo es aire? Tiempo hacia la muerte, caminar, caminar, con la autodestrucción como pensamiento principal y —no te engañes— también como mentira. Cuando en el pecho si acaso habita la espera inútil de las manos llenas.

Se acaba todo apasionadamente nunca. Se acaba todo desde siempre. Ni una tachadura hace visible el mundo. Qué vergüenza da sentir por la mañana tristeza, el vientre sonoro y vacío, el vino, viejo recuerdo de noche recortada hasta el final, con la nada en el pecho, no te engañes. El sol viejo por la ventana que ya abandonaste, nuevo, renovado el suspiro que si espera algo importante espera el final. Levántate, levántate y anda con los pies en el suelo, en el suelo. ¿Para qué? Triste, tristemente y sin embargo el cielo cubriéndose nuevas rocas o quizá en el mar la belleza rostros y tú solo. No es esto. Objetos. Básculas, piedras y remolinos de sustos, el estómago hacia un lado, subiendo la escalera, el pecho duele al final, y los objetos, y un beso te llena la boca y te destroza o te libra de la nada, acaba y comienza, acaba y comienza todo, malditos cafés sin digerir, la mañana perdiéndote, desde la mañana tu historia, mi historia saltando como un balón roto. El teléfono, te oímos lanzar la última queja rubia, mientras la ola subía por tu cuerpo preciso, espera, espera.

La muerte, se supo más tarde, te pisaba los talones de la risa.

Pero, sí: enteras y verdaderas las mentiras, titulares inmersos para adornar la vida, tu trabajo, tus objetos, y se va, y se va. Como un manantial, desde por la mañana te duele el sexo, y pintamos sus ojos de un color distinto para siempre. Con sueño, al fin y al cabo, se alza el olvido.

De todos modos, la mañana te lleva al espejo nociones viejas de una realidad rota. Entre todos, viene la foto, entre tanto hombre muerto al borde de la carretera, en la misma trinchera este mismo muchacho había gritado no con cier-

ta debilidad no. Decían todos: millones de pesos sobre sus espaldas y el compromiso diario de almorzar, los factores de la cobardía. Para que el pecho se rompiera, evitar, evitarlo evitar que acabe la desidia, el reciente invento de la indolencia, tú solo mientras la playa. Tu voz se me meterá en un ojo moreno como el tuyo. Habrá, verás que hay ojos para ver tu cuerpo estrecho.

Los pies en el suelo. Miedo, miedo de marchar, los zapatos rotos, las camisas deshilachadas, verás que puedes roncar por la noche libremente, y despertar, como ahora, al aire de Ibiza, el aire-nada que te perseguirá a través de la playa, el sol mustio.

Recuerdo, todo será recuerdo. Manos unidas sobre mesa mantel nada en los ojos espera.

Desde por la mañana, la isla en el pecho. «El ensueño barato, el viaje a las Indias. Esas señoras se perfuman con especias. Entra usted, ellas corren las cortinas y comienza la navegación. Los dioses descienden hasta los cuerpos desnudos y las islas, dementes, tocadas con una cabellera rubia pasmosa y desgredada bajo el viento. Pruébelo».

Podías haber soñado. La sábana húmeda, los ojos quietos, sobre el techo, la garganta dura y las manos frías. El suelo, la alfombra, lo que hay que hacer libros y el sol ensoñado en la calle, tan de mañana que da pereza, los pies descalzos. No, no, los ojos siempre sobre el techo.

O estás en la playa, de la mañana a la noche, sin un resquicio para el amor, con las ideas cubiertas por el sol y las penas de salitre, cubierto todo de risa sacrílega, absurda y costera de los personajes que se dejan en la arena el pellejo de sus papas. Una isla entera en la playa.

Los ojos sobre el techo. Los sábados ya sabes que siempre irás a una exposición de pintura. Y, mira sin embargo, mira, este señor viejo, del bastón de palo, del saco al hombro, de la barba desordenada y la mirada cansada realmente, es de los hombres que no tienen donde caerse muertos.

Y al mediodía, los ojos quietos, la garganta rota, ya sabes que caminarás por la ciudad. «En verano se convierte en

una ciudad de masas que se tuesta al sol, pero en esta primavera, con su bien cuidada soledad...» Ni siquiera eso. La ciudad, al fondo, con su primera luz lúgubre y las sábanas persisten en su absurda humedad. No hay luz, realmente.

Bioy Casares. Leíste a Bioy Casares, le recordaste en la playa, viniendo de tu casa, la cama seguirá deshecha. Pero pudiste haber soñado, antes de tocar estos muslos y mirar por estas ventanas, frente a un mar que no te corresponde. Pudiste: «El hombre mira cómo sus hijos levantan piedras y a él se le va envejeciendo la voz, mientras el mar hace el mismo sombrío ruido y esta gente espera que por fin caiga el sol sobre la playa». Y puedes soñar lo que va a pasar en la arena. Simplemente, recuerdo: «Aquí hay una distancia solemne entre el silencio y la palabra. Se escucha un rumor de arena que cae sobre las frentes frescas de los adolescentes. Alguien en la isla estará haciendo el amor, al tiempo que el viejo de la barba descuidada y el saco de "compro aluminio, ropa vieja, alpargatas..." va pesando cada vez más sobre su cuerpo sin desayunar. En la playa, el océano cobra forma de postal y va tomando por asalto, inesperablemente, el saludo de una caricia que se ahoga. Los zapatos caen poco a poco sobre la arena sucia y los torsos quedan descubiertos, a expensas de la sombra, hasta que llega una mano y los limpia de soledad. La gente masca algo que no sabe qué es y, lógicamente, es el famoso aburrimiento que va escociendo las espinas dorsales hasta asomar, gallardo, a los ojos con falta de calcio. La gente corre y pierde su aliento en un suspiro, y lo recupera, y se acuesta sobre la arena, y tiene hambre y se siente feliz, con los pies llenos de tierra, con las olas todavía en una boca pastosa y llena de telas de araña y de tonadas de moda. Por los paseos, mientras el reloj se para, más gente acude a la risa con el rabo entre las piernas, y se zambulle en el agua con el mismo grito con que se acude al último acto del amor. Hay una palabra de esperanza que salta por encima del chapoteo y que recuerda que el mar es todo esto. Y la mujer sigue, sigue, nada, nada, y se ahoga sonoramente mientras su marido hace cosquillas al niño, para llorar más tar-

de sobre una toalla totalmente mojada y muerta. La comida, el conejo, las papas, el mojo, el plátano y el sueño, quedan en el fondo del estómago como una piedra irrecuperable, hermosa. Hay palabras de ajeteo, arreglos de moral y compostura. Todos los domingos, por el mismo lugar del suceso, cruzan negros nubarrones de tierra y de niños preciosos, que habitan la isla y hacen su devenir, su porvenir y su absoluta espera. En el fondo de los cestos sigue viniendo un vino blanco hospitalario que se cuele y calienta todos los huesos próximos a la muerte despierta. Los niños ya no ríen. Tienen sus labios prestos al beso y en sus pies hay dos callos cuya procedencia se explica en la cantera mucho menos que en la cocina del hotel, donde el hombre de la sonrisa beatífica y las recepciones sonoras y muy bien preparadas da unas órdenes plenas de un sentido que podríamos llamar capitalista. Las novias, altas y delgadas, se sumen en un silencio expectante, al tiempo que pasan revista al bañador, a los ojos, a la boca, al pecho de los muchachos y alzan su vista en busca del sol que ya es la una de la tarde y tarda tanto en venir. El mar, por su parte, continúa ahí, debajo de los pies de los orondos ciudadanos que vienen a desintoxicarse del plomo de los periódicos y de las zanahorias en latas que comen para ir tirando. Se sacuden las moscas y tratan de quitar de su frente la terrible idea del lunes, al tiempo que los camareros, con el pelo recién lavado, el suéter recién limpio, descubren que, junto al Diccionario de la Universidad de Oxford, existen otros diccionarios que conducen con mayor rapidez al amor. Las viejas, gordas y cansadas, acuden a la decencia de su caseta blanca para colocarse un bañador que se acaba de romper, y total para qué. Dulces matrimonios de cepillos de dientes estrenados y de maquinilla de afeitar bipartita, y yo que creí que tú no te afeitabas las piernas, destrozan la simetría de sus relaciones porque ellas tienen ganas de orinar, y lo hacen tan graciosamente dentro del agua, riéndose de su propia urea y de la de los demás. Los niños sonrientes contemplan el sofoco de los mayores y toda la multitudinaria recepción se desarrolla de una forma

"cordial y bellísima", como si estuviéramos en Cagliari y las piedras sólo fueran trozos de pan blanco puestos dentro del agua salada, de tan buen olor. Por la orilla de la playa camina este señor viejo, de bastón de palo, del saco al hombro, de la barba descuidada, de los ojos invisibles y de una pena que le surca las arrugas, sin piedad y sin paciencia. En el mar se va fraguando la tragedia, y junto al viejo del bastón de palo pasan las lágrimas y el entierro de la mujer alegre que esta mañana orinaba sonriendo en medio del trozo de océano que va desgastando las puntas de esta isla y los labios de sus propios habitantes».

Y tú sabes que todo esto puede ocurrir luego, que la isla ha hecho posible todos los aburridos sueños, y tú sigues pensando en la primera bocanada de aire caliente, dentro de la cama, con los besos recortados junto a la mesilla de noche. Todavía no te has despertado del todo ni estas mantas acaban de darte el calor que precisas para tomar la arrancadilla. Muérete un poco todavía.

O puede suceder que mientras tus ojos se pasean por el techo aparezcan imágenes desdibujadas que quizá no tienen nada que ver con la realidad ni la realidad realmente existe.

Y te ves con un suéter alto y azul, los ojos pálidos y el cuerpo cansado, de noche, sin demasiadas ganas de estar con la gente: viendo cómo la gente se convierte en magma a tu alrededor y todavía no entra a formar parte de tu propio magma. Estás escribiendo algo mientras los demás hablan y algunas frases te llegan sueltas, sin interés alguno. Afuera croan las ranas y se oye como un lamento de gipsy. Tú no sabes nada, oh papel carbón que te desgastas entre palabras y más paroli, oh flecha punzante que atraviesa el paso de peatones, cuánta distancia, cuánto camino entre un horror y otro, en medio de la street. Habrá que arreglar esta lámpara, ir poniendo en orden la mesa de noche. Un whisky, bueno, de acuerdo. Y sigues escribiendo: tomo la pluma en la mano para escribir de esperanza,

suenan los tocadiscos roto y tú sigues sobre la máquina, ahora en París, tomo la pluma en la mano para escupir a la muerte, esto de escupir a la muerte y ponérmela a esperar mientras, mientras mañana institucionalizan su voz los folklóricos hombres de la isla, con el rabo entre las piernas ante la incalificable vista de la bien llamada sociedad protectora de voces jóvenes y anormales, tristemente célebres desde un principio. Al tiempo, en la misma casa solariega, cuando la isla vive la inmediatez del sueño, se volverá a hablar de la soledad

para mí ha sido una cura  
los baños  
este silencio me sienta muy bien todo esto  
es que, lógicamente  
mira, sí  
todos estos follones  
esto desajusta los nervios y destroza  
me ha venido muy bien separarme un poco  
apartarse un poco siempre es bueno  
aquí, en la casa, tiene la estupenda cosa de que viene gente que te agrada  
sentado o trabajando, viene gente  
no es la tertulia, y más whisky y más whisky,  
mi otra etapa  
era fatal, la oficina, ocho de la mañana  
es espantoso que lo llamen Federico  
es un gran frívolo, no puede vivir en soledad  
sus ideas anarquistas sobre el trabajo

Y cosas por el estilo. Tú sabías, con el sabor en la boca de la falta exclusiva de la pasta de dientes, que nada de esto podía satisfacerte, ni el vino ni caminar hasta la madrugada como una piedra, solo. Hasta que la noche vence incluso a quienes se han empeñado en fabricarla, en cubrirla de gloria, oropel y océano. La isla no resiste tanta palabra unida, y llegará un tiempo en que quede silencioso el océano y se oiga una voz tímida de coraje y se barran de un soplo todas las calles. Courage sprit courage con merde. El tiempo de los poetas palabreros, tomándose un café en el atlán-

tico y atando cables a las paredes para quedarse con sus quejas, con sus documentos de dolor propio, y tú eres de esos, sin ensancharse hasta perder los ojos en la lucha, sin derramar una lágrima, una palabra lacrimosa, ese tiempo acaba y ya no va a existir para ellos la isla como ha existido: La justificación a la parroquia no la tendrán siquiera en la carestía del pasaje para otros territorios, porque se habrá inventado la alfombra persa. Tampoco la tendrán en los ojos de cualquier muchacha de mirada atlántica. Todo esto tan de mañana, nuevamente en el recuerdo: tomo la pluma en la mano para escribir de esperanza.

El sueño vence al isleño.

Si bien no hay resaca y la boca deviene pastosa por mera costumbre, te cuesta recordar paulatinamente las cosas que ocurrieron hasta la madrugada, lo que te envolvió y lo que dijiste nada más cubrir tus vísceras del líquido necesario. Recuerdas que, con nosotros, una de estas noches de la isla blanca, había un personaje dostoiévskiano, arquitecto, con pañuelo al cuello, de colores, que tocaba la guitarra y al final yo entoné un poema sobre un niño que nunca existió antes, ni el poema ni el niño. Yo no sé muy bien qué cosas dije, pero se hizo la madrugada y descubrimos millones de escotes, de pechos pequeños y duros que se nos ofrecían como anillos y nadie estaba muy convencido de que la cena, opípara y abundante, rodeada de vino, de champán, de coñac francés, de señoras guapas y casadas, de pena trastocada por unos ojos mentirosos y risueños, yo no recuerdo de qué estuvimos hablando hasta que alguien te pidió las nanas de la cebolla y se silenció todo y tú dijiste que no, que no recitarías nada, algo debía pasar para que tú no recitaras y pasó y todo el mundo caminó abundante y ligero batiendo palmas hasta contemplar la sinfonía extraordinaria de escotes abiertos a placer, con los picos bien enganchados a los labios sedientos de tanto hombre como mentiroso había destinado a arribar a alguna parte donde la nada tuviera su reino y el rey fuera Dios - Nadie con un multicolor ojo en la frente. Hermoso patio, creo que exclamamos alguna vez como para que se notara que nos integrábamos en aquella mañana de elogios y canapés, cada uno por su lado, con los recuerdos pegados

a la garganta, como grilletes. Nunca hubo un grito esa noche; nunca nadie nos trajo mar para probarlo y todas las bocas se veían excesivamente dulces, rodeadas de labios que sólo besaban cuando besaban. Batieron palmas y bebieron vino o champán o whisky, y recorrieron los círculos antiguos de tópicos viejos de tiempos remotos y quizá hablaron yo no recuerdo de qué cosas hablamos y una mujer salió rubia y alta, pecosa, delante del ginecólogo. Allí había de todo y yo estaba con un suéter yo no recuerdo yo no recuerdo cómo caminar tanto champán hay en la cabeza y mi suéter no existía porque luego me dijeron junto a la puerta que si mi chaqueta era tu chaqueta allí por la zona muerta de la isla donde todo el mundo se pudría en la acera de la broma con requisitos nuevos para reír con instancias para sugerir un mundo que nunca surgía pero que podría surgir al borde de la misma calle. Pero, así siempre en la tierra con las nuevas voces de calles con suerte y dormir después de ver los escotes y los pechos prietos rubios o no mentira mentir mentiras a cada hora en domingo y en madrugada rodear de besos la escalera hasta llegar al escupitajo de noches como éstas no recuerdo el poema del niño pero divertía ver cómo improvisaba yo sobre los rasgueos de guitarra del personaje dostoievskiano —me dijiste— con su pañuelo al cuello caminando el aire nos refrescó pero yo me sentía incómodo y mira por dónde traidor a mi clase a mi gente y a mis cotidianas penas debajo de la almohada, mujeres con bragas irrompibles o de papel carbón para repetir infinitamente su sexo y acompañar nuestra cabalgadura a través de todas las fronteras de la tierra y atrévete si eres capaz la gente se aburre. O juega a cartas o pretende emborronar cuartillas emborracharte para colocar la pena al nivel exacto del derroche roto y un poco agua chirle nadie te escuchará el arroyo claro sobre el sucio río sobre el verde mar sobre el clarísimo recuerdo toboganes perdidos montañas rusas y nadie agitanado en tu reunión la guitarra no sé para qué suena ni por qué se sienta alguien en el suelo o por qué no bailan o por qué hablan otra lengua y no habrá otro sexo esta

noche que la imaginación desde tanto antes con los pantalones rotos o rojos o sucios libres los pies de todo pecado y yo te escucho tú me hablas amén. Creo que terminamos citándonos mutuamente nuestras mentiras hasta una noche de fin de año en que te apoyaste en mi hombro y me pediste que te llamara mentiroso a gritos tantos fines de año todos los días. Rasgueos indecisos de guitarras y voces quedas en todas las esquinas doradas un papel blanco que podría tapar mi nombre en los libros legado del poeta y una fecha ya única sin más libros que comprar la de tu muerte tan joven y bueno oh bueno como una centella cruzando cielos torpes y raros hasta dar de bruces con el anonimato nos mataría más cuando estemos todos muertos ni champán ni escote ni sexos apelotonados acompañando tus piernas rotas ojos que no se abren o ruedos de una fortuna inmensa sin camino delante o sí. Restar todas las cartas a las cartas de la baraja ver qué cosa es esta de la suerte o recorrer todas las novelas para encontrarte de personaje ficticio alguna vez y comprendiste retorcido amante de la noche con sueño o tal vez saludes con amor la llegada de la mañana sin saber que también tienes espalda oh sí y los zapatos los llevas cotidianamente sucios qué esperas asco para subir las escaleras y recoger la chaqueta que no es tu chaqueta ni tienes frío ni nadie va a colocar sobre tus ojos una venda grilletes o una gorra de caoba que te llegue hasta los y te tape más que completamente completamente. Más abajo se sigue oyendo la guitarra, las risas suaves y educadas, chistes, feroces palabras obscenas tapadas con la mentira absurda ya digo de la broma y se te escapa se te va escapando la vida a trozos y no sabes muy bien qué va pasando tampoco sabes que va pasando por tus ojos la isla y el aburrimiento aburres al aburrimiento

terminas de recordar no terminas de recordar  
nunca

levantarse para esto

—Le esperan a usted millones de horas de ensueño. Cúdate isla de tu propia isla, cúdate del arroz sin los palillos.

—Y administras bien los ojos de la poesía.

La isla debe existir fuera de esta cama y de ese techo. Con otras historias que te resistes a contar.

No. No te levantes todavía. Sigue alimentando el recuerdo de lo que nunca pasó, sigue inventando de nuevo las historias que soñaste, no pongas todavía los pies en el suelo, sigue viviendo en el sueño anterior. O inventas ahora mismo las historias: la soledad de esta mujer que mira al psiquiatra locamente y el psiquiatra la mira fijamente, inventa, inventa, márchate de tu realidad. Ríete de ti mismo y del techo.

—Señora, míreme fijamente a los ojos. Ya voy entendiendo su problema.

(En el fondo, esto te sucedió. Prefiere cantar.)

Llegamos al bar. (Cuenta la historia como si hablara ella, por ejemplo.) Mi marido se acarició la barba y preguntó «cuándo cierran», dijo (no te importe, copia los mil estilos.) El camarero contestó «a las dos y media» y mi marido se mesó la pequeña barba negra mientras se ajustaba las gafas con un gesto cada vez más innecesario. Un amigo nuestro, que tiene un coche blanco y no quiere hablar de nada serio, que se asusta cuando le nombran el precio de nuestra casa «solariega» dijo mi marido, se puso a hablar con mi marido y se preguntaban cosas y se contestaban como si fuera el extraño centro del mundo, la nada nueva, no sé si usted me entiende. «Siga, siga», me dijo el psiquiatra. Entonces, el otro amigo, de bigote corto y negro, con la cabeza enorme y desagradable se me acercó y me habló de la casa solariega. Yo estaba callada, ¿ve usted?, no pasaba nada para mí. Tenía un vermouthe, «la señora está servida», dijo el camarero, ¿ve usted? no pasaba nada para mí y mi amigo vino a hablarme de la casa solariega. Sí, ya abrevio, le dije al

psiquiatra, y yo, lo normal, fíjese qué cosa más normal, le dije que mi marido no quería hablar no quería habitar la casa no sé qué le pasa, tiene miedo a la casa, ya ve, era tan raro, y me miró con una cara larguísima, con su camisa marrón y sus gafas, ¿usted ve Arrabal?, pues gafas así, blancas. Yo estaba acostumbrada, y mi marido habló del precio de la casa. El del bigotito, fíjese que cada vez me parecía más simpático, pero nada, dijo que el precio era fabuloso, operaciones, empezó a lanzar palabras así «no te entiendo, Federico», dijo, y mi marido se desentendió y siguió hablando «el whisky cada vez más caro» con nuestro amigo el del coche blanco. Yo sí me dí cuenta de que en la esquina había dos señores. Recitaba bien el del bigote, era simpático y se lo tomaba en serio, hombres así, en la esquina uno era más joven y llevaba grande pero descuidada la barba. El otro era más serio y tomaban licor. ¿Me oye? le dije al psiquiatra, es incómoda esta postura, por qué, por qué, «siga», me insistió. Se me parecía un poco a mi marido y tenía las manos blancas. Recitamos poemas de Bécquer, de Zorrilla, era tan hermoso. Yo tenía la cabeza como embotada, mira usted psiquiatra vamos a dejarlo para mañana, hasta que el señor joven nos sacó de dudas, o nos metió en las dudas. Sí, perdón, me estoy saltando. Mi marido

—Señora, míreme a los ojos.

mi marido se enfadó «aquí estamos cuatro y ustedes dos ahí hablando no hay derecho no sabes estar» dijo y me miró con una horrible ira. Me llegó a asustar. Me acordé de cuando yo era niña, en la calle, jugaba con los chicos, la única, mis padres «niña, antes y de que den» la obsesión por la hora, como si después como si no fuera lo mismo de día que de noche, por poco me pegan mis maridos, es decir mis amigos por poco se pegan, y seguimos hablando se arregló «ahora sí te entiendo es sin intención antes cuando lo de la casa no te entendía Federico pero ahora ya ves que sí». Los señores nos miraron raros y después de algo, de unos minutos quiero decir, seguimos con las poesías: y nos atascamos, de Bécquer no, de Zorrilla tampoco, no estábamos de acuerdo, el poema lo había dicho, que cursi,

seguro que dijeron porque lo dije alto y engolada, se enteraron aquellos señores de la esquina, los nombres nunca los supe con cara de deseos ambos, ¿se dice así?, «claro», me dijo el psiquiatra «usted tiene lástima cultura lástima eh» era catalán o algo así y aquí me tienes, hasta que el señor joven dice «¿no han pensado ustedes en Núñez de Arce?» tenía un aire como de confidente de la policía, tan cuidadoso en el hablar, un poco borracho, no hay que negarlo, pero casi nada «piensen ustedes que Núñez de Arce utiliza mucho el tema de la niñez» porque mi poema qué cursi dirían era un niño o algo así y yo dije pues sí y el del bigote como si le molestara que no es de Núñez de Arce y el señor como si se riera recitó una cosa Moix habló de un tal Moix, una tal Moix no sé bien y era de Bécquer y Che Guevara dos figuras para siempre enamoradas y juro que no bebí me acuerdo de eso como si fuera ayer mi amigo el del coche blanco dijo «eso es un tema político, ¿no?» dijo y se levantó y mi marido pidió la cuenta. No nos dijo nada «has cobrado barato» le dije al camarero. A nosotros, nada, y se fue con el amigo y seguimos recitando poesías y me fui con el del bigote a la casa solariega.

—Señora, míreme a los ojos. Ya voy entendiendo su problema.

El psiquiatra, tan amable al entrar. Ya después no recitamos más poemas, como si se olvidaran los poemas y la casa solariega dejó de ser solariega, alquilarla a los extranjeros, y me pegaba, era raro. El psiquiatra tenía barba, gafas, todo igual que mi marido, qué raro, a la entrada, y yo una vez perdí la cabeza y maté el bigotito una noche y después le recé un poema de Núñez de Arce. Dijeron «está transtornada» y me trajeron aquí, y el psiquiatra, tan parecido a mi marido, tan con las manos blancas y la mirada con ira detrás, me dijo «señora, míreme a los ojos. Ya voy entendiendo su problema», pero mira de aquí hace tanto tiempo que no salgo, y tú eres Bécquer, ¿no?



Soñaste, armaste mil cuentos con los hilos que encontraste la noche anterior y mientras conservas la posición horizontal hacías un millón de equilibrios para olvidarte de tu propia historia, aunque aflorasen las más cotidianas obsesiones, propias y ajenas. Las manos se levantan con cierto podrido sudor. Se caen las almohadas.

Tú sabes lo que significa eso. Tú sabes lo que va a pasar durante todo el día isleño. Tú sabes, tú conoces perfectamente la dificultad de poner el primer pie en el suelo, la dificultad de despertarse. En el espejo, la misma cara de siempre, pero hay otra dimensión: unos ojos que se abren sin medida, como si quisieran salirse del aburrido lugar que ocupan, un guiño, ya no soy el mismo, un guiño, ya no eres el mismo, te aparece como un vago recuerdo que te molesta: la confesión al borde de la borrachera, la velocidad, por qué le habré dicho. La dificultad de despertarse. Un guiño con el otro ojo y comienzas a ser diferente, pero te pones serio y pareces de nuevo enamorado. La cara limpia, de igual modo limpia, el agua debe estar fría, te sube un sudor extraño, qué extraño este sudor que sube, y no te atreves a abrir el chorro. El cuarto de baño está desordenado. Qué desordenado eres, muchacho, te dices, qué desordenado soy, y miras por la ventana. En esa casa, ahí, en frente, vive un hombre que no es feliz, y lo recuerdas: una noche, en un bar, mucha gente, y ese hombre matemático, ahora lo

recuerdo perfectamente, tengo la cara ante mis ojos, con los labios pálidos y un vaso de whisky en la mano que se te acerca, el pasillo del colegio, esto no está en este orden del día, y te miran y te pregunta, y me preguntó quién es usted y empezaste a hablar con él de muchas cosas, era un tipo desagradable, no te diste cuenta de que tú también, un tipo desagradable que se creía el dueño de la noche, el único borracho, con sus manos flojas y su empeño por decir, se empeñaba en decírnos a los cuatro, estábamos cuatro, Emilio, Emilio, Hita, estábamos cuatro, también, ahora lo recuerdas, estaba Arturo, con su silencio edificante, con la nuca levantada, dándote una lección de tristeza, y tú extraño, luego, en el cabaret, tus viejos recuerdos adormecedores, tus espuelas desgastadas, a mí me gustaría estar en mi casa, un libro en las manos, la tranquilidad, haciendo algo, y todos de acuerdo, y nadie decidido, y uno que se va, estábamos cuatro, es decir, y el hombre se puso insolente y todos lo olvidamos y nos fuimos. Hita había venido de una cena donde a Emilio lo habían llamado hijo de papá y venía indignado, con su suéter subido, blanco, inmaculado, y su coche a medio estrenar, esa sonrisa sicalíptica en medio de los ojos, como una esperanza y el recuerdo del hombre en los cuatro, el hombre con su whisky y sus labios blancos, algo va a terminar mal esta noche, vamos, lo recuerdo todo perfectamente ante el espejo, y ahora me como los labios y te encuentras horrible, ese no soy yo, hay que ver cómo uno cambia, hay que ver cómo cambias en el espejo, hablas contigo mismo en el espejo y te llamas imbécil, imbécil, como si fuera un descubrimiento, piensa en las palabras, no es lo mismo inventar que descubrir, y una sonrisa, y tampoco eres tú, yo como mejor estoy, como mejor estás es enamorado, y empiezan a agolparse los recuerdos de la noche, hermosísimo, un viaje hermosísimo, el alcohol no te ha salido del cuerpo, como si hubieras dormido poco, la pasta de dientes, como si no hubiera descansado nada, los ojos abotargados, la voz gangosa, la tristeza a flor de labios y el pensamiento, pienso que luego comenzará todo igual, algún amigo que se te viene a la cabeza, yo no sé, tú no

sabes por qué te preocupas tanto por los amigos, y nada más dejarlos, es mi problema: nada más dejarlos ya estoy deseando llamarlos por teléfono.

¿No has notado, me parece haber notado, no has notado cómo el espejo se revela contra ti?, y arrugo la nariz, arrugas la nariz, qué gesto más grotesco, y te ves de otra manera, y vuelvo a ponerme serio y ya soy otro, por qué demonios me empeño, no sé por qué te empeñas en sonreír, en ser bueno, en pensar, no sé por qué pienso que no no tienes derecho, no tengo derecho, a amargarle la vida a nadie y así te va por las noches de la isla, con tu sonrisa a flor de piel mientras mi tristeza se queda dentro de mí como si fuera un absoluto aguijón de calamar muerto, los calamares no tienen aguijón, frente al espejo, tus pensamientos absurdos y tú me dijiste adiós, no sé por qué razón, tantas como si fuera verdad, cómo se ha muerto esa señora que vive frente a tu cuarto, tú sientes, yo siento una súbita preocupación por todas las cosas, somos gente preocupada, gente que mira por los agujeros del destino, por todos los agujeros, a mí me gustan no sé por qué las esquinas, sin saber que el mundo, como decía el gran gatsby, se ve mucho mejor desde una ventana sola, esta ventana verde que adorna tu cuarto de baño.

Tú sabes todo lo que puede ocurrir.

Lo sabes. El cepillo de dientes te espera. Hay jabón, seguro, el espejo sigue burlándose de ti, cuando guiño un ojo parezco otro, llega un momento en que el alcohol de la noche se te sube, Arturo en la nuca, buenas noches, señores, qué bien nos han atendido aquí, no seas mimético, prueba a soplar, prueba a mirar simplemente el espejo veo a un conferenciante lanzando palabras a diestro sobre la situación socioeconómica del país a diestro y siniestro

en nuestra textura socioeconómica aspiramos a unificar criterios relativos a la obtención del carbono catorce, para descubrir de una vez para siempre cuál es la intrahistoria de este pueblo de hombres chatos, orondos y huesudos,

pescadores de caña o almibarados de alto nivel. Conocida la intrahistoria podremos pasar rápidamente a una planificación que atienda los presupuestos humanos sin que quede desatado ninguno de los cabos que deben configurar cualquier estudio de esta clase.

—Bien. ¿Y cuánto tiempo debemos esperar para que se haga realidad esa previsión que usted acaba de apuntar?

Ahí está el problema, sonrió patéticamente el ponente, miró a la sala y habló entre la sonrisa y el temor a un ligero temporal de brisa y rosas. Ahí está el problema, continuó, mientras el público mataba sañudamente las arañas, siempre con la parte posterior del pie, en posición forzadísima. Muchos sufrieron un considerable estrangulamiento de ingles; hasta hubo quienes se produjeron rotura de menisco en la difícil operación de extirpar la vida a la araña de la manera que mejor les pareció. El problema está en que tal estudio definitorio y definitivo se terminará de hacer cuando las ranas críen pelos. Pero, señores, con paciencia, efectuando una verdadera lucha mancomunada, a nivel regional, el problema, el viejo problema de la impotencia isleña, va a conocer un corolario felicísimo. En el tiempo de las ranas peludas dejaremos de inaugurar sanatorios antituberculosos para empezar a inaugurar sanatorios antipolutivos.

En el público se oyó un ligero rumor desaprobatorio. No, perdón, no —aclaró el desconcertado conferenciante— este capítulo de mi exposición corresponde a una última parte de la intervención que tengo preparada. A los ojos de los espectadores, volvió el dulce frescor del recuerdo de la proximidad del tiempo de las ranas peludas y de las gallinas que mean y ponen huevos pesadísimos de oro hueco. Lo que yo quería decir, respetables autoridades, es que no por mucho anochecer hilaba la vieja el copo y las reminiscencias intuitivas de un pasado ya lejano no deberán jamás oponerse al pensamiento científico moderno, que considera la existencia como un proceso evolutivo en el que la interacción de los contrarios provocará el surgimiento clarificador del tercer término de la triada hegeliana. Señores, veamos ahora cómo hemos de distribuir el trabajo que condicionará el

efectivo desarrollo. A un lado los hombres, al otro lado las mujeres. Ni los niños ni los viejos, usufructuarios de un viejo y maravilloso orden asistencial, serán tenidos en cuenta en nuestra planificación. Términos descartados. Además, quiero dejar bien sentado que no es precisa una disección de lo que ha de ser la actividad del hombre-varón-macho constituido además en padre de familia. Si contemplase la historia de la sociedad con un espíritu objetivo y crítico, observaremos de una manera palmaria que el sexo idiota. Protestas. Esto parece un happening, qué alegría, vienen a decir las chicas universitarias mientras achican los ojos y nos invitan a marchar a Bajamar para bañarnos y tomar una copa con los amigos, ay Jesús chico ven con nosotros, el presidente aporrea la mesa repetidas veces y recuerda que su grueso mazo es el símbolo fehaciente de una autoridad patriarcal perfectamente encausada. La araña, sigilosamente, se subió al tobillo de la señora que había peinado a los perros. En la sala, torpemente iluminada por luces bifocales y por sombreros hongos colgados de las paredes, se mascaba la tragedia. La araña ascendía por la media cuando abandonó el tobillo, cayó al suelo y reemprendió la ascensión.

Decía yo que la mujer ha demostrado a lo largo de su vida una neta inferioridad. Salvo raras excepciones de matriarcados arcaicos, siempre ha permanecido en física y mental inferioridad respecto a quien tradicionalmente ejercía la docencia de las clases de gramática y se refería sobre todo a la especialidad de las oraciones copulativas.

La araña sube, se crece, se entristece, vive plenamente, llena de un amor pandemoníaco.

Una araña se queda pegada al suelo. Mientras la araña que subía por la media de la señora sale a la luz para contemplar el «affaire». ¡No pierdan la calma, señores!, se oye decir a una cucaracha desde el fondo de un asiento

y tú no habías nacido para despertar así. Cuando me pongo serio también dejo de ser yo. El agua absolutamente fría, un sonoro ruido de cisterna, el agua definitivamente

fría, el jabón que se te mete en los ojos, después desayunarás en la Universidad, rodeado de guiños y manos en la espalda, el jabón en los ojos, qué desagradable, desayunarás luego entre muchachas con cinturones apretados, mirarás con celo a las muchachas con los cinturones apretados y felicitarás los cumpleaños, en el fondo las amaré sinceramente, con estúpidas palabras que en definitiva no sientes, un absoluto pensamiento me invade: como si fueras una mentira que va surcándote las arrugas de la frente, el jabón qué desagradable en los ojos, de nuevo en el bar uno de jamón y un café con leche, hola  
tú sabes toda la historia

No olvides que vives en la isla del recuerdo y que todo esto que te sabes te acompañará sañudamente hasta la tumba. Que seguirás oyendo las mismas cosas y que esta es arañadamente la situación.

Nosotros tenemos los mismos recuerdos aéreos e hidráulicos.

acabo de matar a una araña con la parte trasera del pie, con el zapato. Ha sido horrible, la araña ha levantado las patas, se ha ensangrentado, me ha mirado a los ojos como si quisiera preguntar por mi propia soledad, con una minúscula libretita en la mano, lo ha anotado y casi casi diría que me miró agradecida cuando expiró.

Recursos que nos llevan a considerar como muy optimista el porvenir. Nuestras posibilidades

Mientras, con el otro pie ensayaba el ritmo del mambo. Pero, fue curioso lo de la araña. El aire se empeñaba en observarme desde su verde silla con patas ortopédicas. La araña se subió a la mesa de noche y se bebió una cápsula de vitamina, ese mojo que se te mete en los ojos y te saca las agallas y te las introduce en el estómago hasta que devuelves el pescado.

Nuestras posibilidades, oirás, son crecientes, se acerca el tiempo del despegue, sin duda.

La araña por encima del editorial, saltando de una a otra pregunta, hablando de la actividad intelectual isleña, mientras discutíamos acerca de la espeleología y la arqueología de las letras, mientras decíamos que es preciso presentarse a más concursos literarios, que ya está bien de silencio; es decir, mientras nos ocurría esto y mientras nos referíamos a la debida atención que se ha de prestar a lo prehistórico, es notable la afirmación de que hemos de decorar las repisas con respetuosos cráneos de los hombres de la antigüedad; es decir, mientras

En el fondo, el problema de nuestra región se reduce a la simple actualidad histórica: toda actualidad es historia y todo hombre es minuto. Por tanto, el que se erija gallardamente en las tardes bañadas en oros un nuevo aeropuerto que sirva de conexión entre las lenguas de los hombres del mundo, es un hecho que ha de llenarnos a todos de justo almbaramiento y más tarde de sincero regocijo, puestos como estamos a la puerta de Marte, con nuestros colonos a los hombros y nuestros kocsis dando patadas a los poetas, tan bellos, sinceros y cualificadamente enamorados. Las literaturas canaria y americana, a partir de estas estructuras orgánicas y aeronáuticas, pueden servir de catapulta para un desarrollo del cual la instrucción, como Jack the Ripper, es el auténtico pilar porque sin instrucción a dónde va un pueblo, oh ese micrófono, eh, díganme ustedes a dónde va un pueblo

telarañas a lo sumo en una esquina y tú tocas tu frente y notas como fiebre y te duelen las axilas y estás muy cansado y no sabes si aun duermes realmente o estás muy agotado y lo que quieres es que acabe la vida al fin y al cabo estás agotando el tiempo que te queda hacia la muerte y por ahora estás despierto en la cama muerto la fiebre llegó a los pies y ahora te recuerda que eres hombre con la muerte posible cada día

Desde aquí, mientras la telaraña se cae por su propio peso, tú podrías recorrer la isla y advertir que la isla tiene la forma de isla más una punta disidente, propia para albergar a todas las especies animales y arbóreas que naturalmente no se puedan dar en otras partes del universo. Y quizá tampoco se den en esta parte y todo lo que se ve es un sueño del que viven habitantes, extraños seres también de sueño, perdidos en una irrealdad que se presume hermosa desde fuera y que dentro destila el amargor propio de los días festivos, sin turgencias que observar, sin cielos que ver y sin hembras en las yemas de los dedos. Alrededor de la isla debe haber un mar que se antoja fabuloso, sin resquicio al arrepentimiento: el mar volviéndose atrás, llorando sus propias derrotas, escuchando sus propias bravatas, quejándose de sus propios delitos. Nunca el mar arrepentido; furioso siempre, hermoso y terrorífico. Los protagonistas de la inmensa isla adocenada no tendrán mucho que ver con el mar y en el fondo atisbarán un asomo de odio que a fin de cuentas no cambiará otra cosa que la naturaleza mutante de todo cochino ser viviente. Se vivirá de espaldas o dentro de él (algunos serán arrojados en sacos prehistóricos sin principio y sin fin y oirán el profundo canto de sirenas camaradas en su desgracia) pero nunca habrá una identificación plena. El ser mutante que vive en la inmensa isla adocenada tiene los ojos llorosos por el vino que se bebe en el puerto, siempre a espaldas del mar o de las charcas, que también abundan en las zonas centrales, lejanas a la lengua disidente, donde ocurre casi todo.

Los problemas de la tierra y del agua (invisible esta vez) serán mucho más importantes, y el ser mutante tendrá los dedos llenos de callos y un sudor mezclado en tierra, pura tierra sudorosa. No habrá otra cosa aunque algunos hablen de la esperanza.

—El mar está hecho para los muertos y a nosotros nos corresponde el deber de desenterrarlos, se dijo para sí un hombre surcado de canas y perlas en los ojos que murió repentinamente al atardecer, en la última tertulia de vino, cerveza y whisky del centro geométrico del campo virgen de la isla adocenada.

Y ahora, ¿qué te ocurre en los dedos? ¿Por qué te miras tan insistentemente el hueco de las manos? ¿Por qué te empeñas en recordar los tiempos remotos que el mundo estaba por aquel entonces caóticamente organizado y los demás, los que vivían fuera de la isla, parecían estar de vuelta del asunto? ¿Por qué crees que efectivamente el himno nacional del mundo es tan ajeno a estas cosas que ocurren en la inmensa isla adocenada, preocupada por llenar las horas de su propia muerte paulatina? ¿Por qué no tratas de dormir?

Pero es imposible. La luz nace para todos y ahora tan de mañana, se agiganta y se mete entre los guijarros y abre las ventanas de las casas, y se cuela por ellas, y se empequeñece, y se vuelve verde y te molesta su pequeñez hasta que vuelve a avisar a los aviones de la proximidad terrible de la isla, y en el avión empieza a darte un calor sofocante, agotador, hasta que aterrizas y empiezas a tomar unas copas con los amigos, a ver si nos vemos, que no nos vemos nunca. Comienza a fraguarse el hastío, hasta que cualquier avión, y estás continuamente yéndote aunque sigas aquí. Noche tras noche ilumina el faro de la montaña el anuncio de tu muerte bien administrada, siguen estrellándose aviones o continúa en su puesto el cuartel

de Almeida. La vida isleña se crece en su propia impotencia y fabrica a atildados economistas que hablan de desarrollo, a absurdos escritores que hablan de avizorar el útero o de sonoros cañones... La isla continúa metida hasta el apéndice disidente en un conflicto inacabable, durante el cual van a morir las mismas arañas que siempre mueren. En el fondo de los barrancos, mientras los estudios socioeconómicos se alzan en la superficie, las ratas permanecen desconocedoras de lo que se dice en las barras de los bares. Un hombre muere de un infarto de miocardio y otro hombre desaparece de pena, al tiempo que sus hijos en la escuela vuelven a entonar las dulces melodías de hace tantos años. En ese entonces, la noche, y tú levantas los ojos y no puedes traspasar jamás el techo ni la pared blanca ni tú tienes mirada hábil para abrir agujeros en la nada que te fabricaste con amianto cemento y puertas azules cerradas como otro territorio por surcar qué te has creído silencioso soñador isleño escupe



¿Y para qué lanzarse a la calle si lo único que puede liberarte es la madrugada y ni esta mañana en la cama quieto te satisface enteramente medianamente nadamente? Nos quedamos muy libres de madrugada, con las manos cubiertas de la herrumbre de todo el día que ha pasado, con los ojos sin brillo ni una gota de alcohol venenoso en el cuerpo, como muy libre, contando las hojas de los poemas, recordando cada palabra, pensando en agarrarte muy fuerte a este silencio, cuando tu tos es la única persona que te escucha y suena el llanto de un perro más arriba de tu casa, la basura por los suelos y a veces sientes como la necesidad de poner en orden tu pelo y llenar con otras manos este hueco inmenso de una libertad que no te corresponde demasiado, el clavel secándose ante tus propios ojos y la luz, terca y amarilla, poblando tu cabeza, guiando tu mano, atrayéndote hacia otros mundos donde el ruido es la risa de un niño. Y un perro de juguete, una vela, una tarta de cartón y la risa de un niño en una fotografía, de dónde viene, rodeado de papeles usados, de fósforos rotos, de gafas inservibles, de flores rancias, amarillas, rojas y viejas, de corazones de cristal tallado, de cero inmenso la vida, mientras te sientes lógicamente más libre que el perro vagabundo que ladra, que el elefante negro que te mira o que las superficies cuadradas de madera vieja que te sostienen: Más libre que los muertos. Hoy es siempre todavía. El mundo no era nada del otro mundo. Esmaltes. Retratos. Recuerdos de vago color. Tus ojos pensando en dos cosas distintas. Uno mirando hacia Aragón y otro con la frente

bien puesta en Andalucía, la desazón de cada tarde, mientras las cosas marchan por el camino a través del que nunca hubieran querido que pasaran; un avión que sale todos los días hacia París o hacia Lima o hacia Valparaíso o un autobús que sin demasiadas dificultades te puede trasplantar a la cordillera de Anaga o a los Apeninos. Primero que nada, cúbrete la retirada. Asegúrate muy bien, asegúrate exactamente de todo lo que esperas de ti, cumple con tus ojos, orientales, dales el ángulo concreto desde el que tienen que andar mirando las cosas que ahora te ahogan y te engañan, en medio de cocktails, palabras vaporosas en noches interminables, sin alcohol ninguno por medio. La verdad. Todavía quedarán quienes hablen de las rutas absolutas. Las carreteras están cuarteadas por todos los sectores. Se anuncia la resurrección de la duda, el cese de los cantos de gallina clueca, la vuelta al ruedo de la valentía estrecha de quienes tanto esperan de París y de los viejos caminos que nos conducen a la roma de alberti y un poco de ajeno si es que acierto en la vieja apuesta de inventar la luz

soportar a jean paul sartre de madrugada con su manta sobre los pies simone a un lado y el libro que te libro nada tiene en las axilas este hombre que ahora recuerdas cómo se cae el cielo ese techo cómo se cae sobre el plomo de los ojos, eso es explicable y también cómo nos comemos el sol para devolverlo, verás que sí, al día siguiente. Para la poesía todo es imposible o nada importa más que el hombre liada la manta a la cabeza y el vacío sin temor alguno al vértigo

La pusiste sobre la mesa de noche y la ojeaste. Sólo ojeaste aquella carta mía de Barcelona, escrita de madrugada, en fin de año, y mis quejas te hicieron gracia ahora, cuando ya la muerte empieza a soportarte interminablemente

«Ya digo —te decía— entre gente extraña que te ignora ojos que te parecen de arcilla, que te dicen las mismas cosas, que se aburren con un beso inagotable en la boca, hablan de arte alguna vez, del sexo, escupen en el techo, brindan, se sientan, bailan, se quejan de la vida, tosen, invitan, fuman, telefonean, se citan, cuentan chistes, ríen, sin más sentido que seguir estando aquí, fuera de aquí

Ya digo —te decía— entre gente extraña que te ignora, extranjero total, amado, la tristeza tiene muchas aristas, gente que no te pregunta por el lugar de tu nacimiento ni por tus calcetines, que sudan perdiéndose el dinero en bolsillos agujereados y en pequeños trozos de suelo azul, amantes empedernidos de las historias tremendas y de las sonrisas escasas durante tanto tiempo buscadas. No es esto. Tomar una copa, volver a salir, hablar interminablemente —hoy los ojos los he tenido muy llorosos, no sé qué habrá pasado, será el coñac, no sé, caminar por calles donde el frío te hace callos en la cara, hablar durante algún tiempo con la mirada fija en otros lugares inexistentes y te llamas Isabel, sí, lástima que no te llames Elisabeth Hardy. ¿Eli-

zabeth Hardy? Sí, yo te debía haber encontrado en el Boulevard de Saint Michelle, en París, ¿tú has ido a París? no ¿y cómo la ibas a encontrar allí? Elizabeth Hardy no existe. No entiendo nada, y otra copa o quizá no haya ninguna copa, pero sí hay hambre y ¿te vienes a cenar? así hasta que se hace la hora —esta música no me gusta, el sitio está bien, pero muy aburrido y así, con los ojos repentinamente llorosos y un rasguño extraño en la nariz, como si la nariz tuviera rabia, las manos en los bolsillos, yo sé un juego, podíamos empezar, a ver tú: condenamos a seis hombre a buscar piedras en el cielo y luego les quitamos el cielo. ¿Dónde encontrarán las piedrecitas? El cielo lo tendremos nosotros. Y no había ninguna voz que se alzara para descubrir los secretos de este silencio pegajoso y triste. Las manos se»

Sólo ojeaste la carta y empezaste a hablar de ti, a describir tus sensaciones y a sentir como preciso elaborar tu propia historia, describirte pellejo a pellejo. Y sobre la cama es una sensación de futuro. Como si no estuviera aquí o como si no fuera yo el que está aquí, sino otra persona mirándose a sí misma en una foto que será tomada en otro tiempo. Con la bufanda al cuello y los pies cubiertos de lana de oveja y el farol alumbrando muy mal todas las palabras que van escribiéndose sin demasiadas ganas siquiera de que queden escritas. Entre las patas de la silla pasa un aire fresco, una voz maloliente, la tarde entera entra a través de las patas de la silla. Hay fotos y hay una carta y hay esa sensación de nada que lo llena todo. Está este cuarto lleno de sillas. Hay sillas incluso en el techo. Al hombre nunca debe regalársele una silla ni una puerta. Todas las cosas que sirven para sentarse o que se cierran no tienen utilidad alguna para el hombre que camina a la intemperie. Las habitaciones son rectangulares casi siempre y en el centro el hombre ha de permanecer en pie. Son las teorías de vivir en pie, morir en pie, poner las cosas en pie. El invierno no se acaba con la inexistencia de bufandas canelas o blancas, rojas o negras. El invierno no se acaba con la última puerta que se cierra. Quedan millones de

espíritus en el aire para dominar los aires lujuriosos que caminan vespertinamente, sin ninguna pasión, sin ninguna ilusión por reunirse a comer, contar las cuentas de un rosario o buscar los surcos en el cielo de un ramalazo cruel y afilado. ¿Qué ocurre con la luz? ¿Por qué tendremos que pararnos ante los mismos escaparates cada mañana? Ya se sabe que el día se compone de veinticuatro horas y para todo el mundo las horas funcionan de la misma manera. Hay que aprender a llenarlas, porque, si no, nos vamos a aburrir de igual modo en Indostán que en París o Taganana. Hay que saber llenar las narices de un aliento nuevo o un tubo de ensayo, cubierto de musgo porque ¿qué cosas quedarán ya por ensayar? ¿Qué se acercará a nuestros ojos como efectivamente nuevo? La vida es un huevo. La Laguna es una universitaria de primero de comunes, una ciudad aburridísima donde los hombres se tocan los codos hasta que se termina el vino y viene al mismo tiempo la canción y camarero, otra ronda, y surge la borrachera que termina con el porrompompero o matamos a dios de un canibalazo.

Esperar un taxi es lo único que puede hacerse de madrugada, pegado a una esquina, sin más pasión que la de dormir cuanto antes mejor. Mientras se está en la isla anecdótica lo mejor es cubrirse la cabeza de sueño, aprovechar todos los momentos para dormir sin nadie al lado, con el corazón bien parapetado a la izquierda, haciendo de las tripas un estómago inmenso y risueño, para poder absorber el día de mañana, hijo mío, el día de mañana, todas las vitaminas, glucosas y proteínas que te lleven a despertar también solo pero ya con una nueva voluntad de crear un mundo que antes pudo haberse quedado pegado a tus pestañas, mientras esperabas serenamente que alborease el alba. Se fue la luz desde hace mucho tiempo. Se fue entre los dientes separados de las locutoras de televisión, entre las piernas de las muchachas viejas del cabaret. Se fue la luz y los interruptores se han enmohecido. Pasó tanto tiempo. Ha pasado tanto tiempo que las nubes del verano no conocen ya otro color que el color de los pies perfectos,

bajo el sol, sobre la arena, mientras el beso se convierte en una cálida costumbre diaria que, como todo, acaba en el más veterano de los aburrimientos. Las palabras, la mayoría de las palabras del hombre, se dicen a destiempo, cuando está colocado en el parapeto el color gris de los oídos expuestos al sol o a la lluvia sin más interés que su propia posición física.

Hay tickets también para comprar el sol y la belleza se cubre de espanto cuando te rodean cuadros y más cuadros y sabes que en cualquier lugar hay alguien que quizá te espera sin prestar demasiada atención al color de amatista de tus pasos. Y no llegas y tampoco pasa nada.

Sacudir los papeles blancos y que hablen por sí solos, sin que me miren tan fijamente a los ojos, con esas fierezas que curten el orgasmo de los ojos que ni te piden ni te soportan. Te domina el afán de callarte. Hay un aire de soltería en el pecho. Nadie te espera ni te destruye. Todos se transforman para marcar el paso, militarmente uniformados los quijotes de la mentira, avanzan robustos y sucios hacia el altar donde las hostias se repartirán equitativamente, democráticamente, donde las pantuflas se regalarán bien rellenas de foam para que todos nos acomodemos sin más regla del juego que el azul celestial o la rotura de fibras, con la pierna quebrada, frente a las mesas que fueron colocándose en este país para practicar las disecciones: izquierda, derecha, izquierda, derecha; crimen, castigo, crimen, castigo. Se lo fueron creyendo poco a poco. Todos se fueron creyendo poco a poco que en el fondo había una verdad y había una mentira. Y hurgando en ese fondo la mayor parte de los creyentes perecieron ahogados, con los ojos cubiertos de pez, perdidos en el fondo del océano de la isla. Se escucharía cualquier voz con tal de desoirlo al fin y al cabo, entre el frío que entra por las ventanas y las moscas que suenan, comiéndose una cucaracha muerta, atentos a la hora porque el tren parte y no volverá jamás a recoger pasajeros. Más de una me besará en la boca si me quedo, ya lo sé. Más de una estará atendiendo a las mentiras que yo mismo me creo, y apresta sus labios para sor-

prenderme en cualquier portal o al aire libre, quien sabe, mientras llueve y yo recuerdo mis tardes en Londres, con el abrigo blanco, impermeable y el farol del sereno canal, en Madrid, la puerta rota de un puntapié por el cura. Londres en el recuerdo antes de ser visitado.



¿Qué es la literatura? Se escribirán miles de libros todavía sobre el mismo tema, mientras haya hombres que pasan frío en su propia casa y se ríen de sí mismos, cuando suenan todas las teclas de la máquina, cuando le das la mano al be a ba y metes en tu bolsillo arena de la playa para recordar los diversos amores que han ido llenando tu vitrina de absurdos triunfos de colegial indecente, atento a la voz del cura que te pide que hables de Juan Ruiz de Alarcón y recuerdas que también ha sido jorobado y le dices muy veloz al cura la estúpida biografía y te ves tú mismo, en el futuro —ya estudias sexto—, biografiado hasta el último detalle y te ves tan héroe y tan importante, atrapando coches, en la carretera, con un inmenso cazamariposas, y sueñas miles de historias verdaderas y fingidas, sueños que luego nunca recuerdas

y cambias de posición en la cama  
recordando entretanto todas las cosas  
que quedan

por hacer y planteándote de nuevo la pregunta de la muerte, cuando surge de nuevo el párpado tangente con el otro párpado y quizá se te ocurre, al tiempo que el ojo ya deja de ver, un desesperado poema que culmina con el estornudo, y se olvidó no sólo el poema sino el propio sentido de los días, sentado en la misma silla, contemplando cómo se acaba el whisky y tú rellenas de azúcar tu boca para poder durar hasta el día siguiente. Eras un hombre. Estudiabas Preu y te preguntaron por Miguel Hernández y tú te lo sabías de memoria. Escribías ya muy seriamente;

amabas ahora a una muchacha de dientes blancos y grandes, de pelo, lacio y canelo, y la esperabas leyendo a Papini a la puerta del Instituto. Ella siempre traía a Somerset Maughan bajo el brazo. Eras feliz cuando a ella se le caía un libro y tú te agachabas, pequeño y grotesco, a recogerlo del suelo. Fuiste feliz muchas veces al día, y por las tardes estudiabas con ahínco, con verdadero fervor, perdido entre traducciones de griego. En sexto era otra cosa.

En sexto lloraste alguna vez y en sexto no te salió bien casi nada aunque sacaste las mejores notas. Leías el diario de Daniel; estabas tan enfrascado entre tanta hostia y tanta puñeta, besando manos de curas durante todo el día, oyendo impertérrito y absurdo cómo te vejaban muchas veces, cómo pasabas hambre y frío mientras tus compañeros del aire alimentado te miraban sufrir con tu asma lacerante, a la caída de la tarde, antes que de nuevo se alzara la pera en el olmo y tú la trataras de coger después de rezar el rosario, algo aburridísimo que ocurría todos, exactamente todos los días. Una vez creo que te arrestaron, un jueves, y tú procuraste ser el personaje más hipócrita del mundo. Preu fue distinto. Allí tuviste que guiñar los ojos con tus propios ojos y nadie se creyó tus historias de soledad en compañía del compadre cristo. Nadie te sirvió en bandeja nada y quizá por eso saliste adelante con tanta fuerza, y te enamoraste. Fue cuando se derrumbaron los castillos de naipes en el aire viciado de la tarde, de las innumerables tardes en las que ya no ocurría otra cosa que la lectura impedernida, el cine de tarde en tarde, solo, inmensamente solo como una pelota de trapo.

sensaciones viejas como tus propios ojos  
ausentes y bien nada va a seguir a lo que  
precedió la mort

Confiesa. Te has quedado solo, perdidas tus jóvenes mujeres del sexo blanco y fatalmente desconocido. Y en estas mañanas inmensas, nada te convence de que dejes de recordarlas una por una, utilizando la voz ante el espejo que preside tu cama o utilizando los simples ojos que dibujan sus nombres en el techo.

—Por ejemplo, hay veces en que no me imagino su voz diciendo guagua, y tampoco me imagino su voz diciendo cine, pero sí puedo imaginarme su voz afilando un lápiz o dándole forma a una estrella polar. Es desesperante, sin embargo, no poderla imaginar diciendo guagua o simplemente que tiene que coger la guagua a la una, y con esos cabellos sobre la frente, tras las orejas, los cabellos fuera de las orejas, esperarme antes de que sean las dos, antes de que sean las tres, antes de que sean, porque yo siempre he de ir allí donde estén los peces rubios. Es desesperante ver cómo una mujer llamada tampax o kleenex o monique wittig no puede ser recordada diciendo la palabra guagua guagua en medio de una calle de Chile, esperando a que Allende, definitivamente posesionado del poder, dé la orden tajante de amar en plena calle, sin esperar la llamada de Cuernavaca, Cabrera Infante en el fondo diciendo Cué Rnavaca, las estrellas que una mujer puede cambiar hasta hacerla a su imagen y semejanza y sin embargo qué torpe su voz diciendo guagua, perdida en palabras absurdas, aunque sí te he imaginado hablando de las manos y de los ojos y de otras cosas que ahora nos sería interminable enumerar y hay que coger la guagua de la una, pero sé que

ella me esperaría para ir a ver bailar a la chana o para decirme ten cuidado con ese catarro, ten cuidado y piensa, trabaja mucho, mi hijo, con esa dulce voz rubia que ahora mismo recuerdo porque no se ha ido la única.

O te sientes muy incómodo contigo mismo porque no era esto lo que en fundamento querías pensar y sigues, recto:

—Esperar a que todo ocurra, como esperan que ocurra los niños, esperar la lenta agonía del esperar, esperando esperar todo el día esperando, nadie sabrá esperar mejor que el que espera es un experto en esperar esperar esperas como un esperante que aspira a esperar hasta que ya sea indecente esperar para meterse a desesperar, desesperante actitud la del que se desespera y no sabe que hay que siempre habrá una oportunidad de sacarle esperas a la desesperación, o simplemente jugo a las naranjas, nadie tendrá idea de lo crítico que es esperar que las líneas se partan por la mitad y las esperas esperadas nos regulen el lento poema esperado que no todos tendrán oportunidad de esperar como si valiera algo UNO dos tres cuatro, muchas horas sentadas con los pies fríos y con las manos pequeñísimas metidas en los ojos, calibrando la esperanza que hay en cada ojo y nadie tendrá ocasión de venir a guiñarte un ojo y de meterse en tus mejillas hasta sencillamente besarlas, como esperabas, qué lenta es tu agonía con los dedos en tu sitio, y no un dedo en la frente ni una frente en la frente, ni un dedo en un dedo ni una mano en una mano, todo aburridamente en su sitio y nadie que venga y te diga: lo he conseguido, he descubierto que la nada también contiene algo y descubrir definitivamente el mundo, mapamundi, y hacer la historia de nuevo, el gran tesoro de la juventud, poner todas las cosas al revés y empezar los inventos inventando el invento, llevar las cosas al límite, esperar a que llegue la espera, esperar a que llegue la llegada, todo lo demás que no sea así ha de ser aburridísimo, alegrarse con el aburrimiento, acompañarse de soledad, todo será como el amor y la eléctrica

tu confesión demacrada

mientras todas estas cosas se piensan o se encubren o se escriben con un placer desusado y una esperanza que raya en la paranoia y en la ceguera, gentes más caminantes que tú se rompen los cuernos en la calle por el mero hecho del ansia de subsistencia o porque simplemente quieren que la libertad no sea sólo una bella palabra que tú introduces en tus poemas de amor. Con ser mucho más simple, la vida de estos hombres llenos de callos, espectadores, está mucho más llena de verdad y de futuro que tu vida pequeñísima, repleta de una soledad que andas pregonando sin ningún fruto.

Sería bueno que una mañana te levantas despacio, cogieras la pistola y pusieras tu voz al lado de otras voces que te reclaman siquiera sea porque eres, como ellos, agua que aguanta el torrente, hombre. Cuando seas capaz de escuchar esa llamada, esa llamarada, ven a hablar conmigo. Mientras tanto, respeto tu manía de estar solo cabalgando, aunque no llegues a ninguna parte, porque entre los derechos que te concede está el derecho a que te equivoques.

Y lo cierto es que quien te concede ese derecho, tanto como el de amar, eres tú mismo, con tu manía de desdoblarte y de dormir en una almohada que también eres tú, y llego a la conclusión absoluta de que será únicamente en ese día cuando las porras te lleguen a la cara.

(La soledad golpeándote un rostro que antes se podía permitir el lujo incluso de ser terso. Encontrarás valor en la noche y en el llanto y no habrá quien te descubra el arroyo estrecho por donde debías andar para encontrarte definitivamente con el amor, amor, confesaste, la muerte de tus amores del sexo blanco:)

—Quizá fue allí, al mediodía, dentro del agua salada llena de palos de cerillas, donde yo encontré que los recuerdos tampoco tienen tan mal sabor, porque a decir verdad ningún sabor pasado es un sabor completo. Las manos se movían formando pequeñas olas que tapaban mi cabeza y parecían acariciarme hasta perder su sentido de olas y convertirse de nuevo en agua simple y nada cristalina,

nada inodora y nada insípida, nada agua en definitiva. Todo ocurría en el estómago. Es decir se me arrugaba el estómago hasta llegar a ser una O perfecta y darme la idea exacta de lo que yo había sentido años antes al perder el amor que era amor concreto, sentido y padecido como se siente y se padece el ruido de una tiza al rayar la pizarra. ¿Cómo fue todo aquello?

—¿Cómo fue todo aquello?

«me preguntaba, chapoteando, imaginando un avión que vuela muy lejano y se va acercando, hasta que llega el recuerdo casi físico. Entonces aparece un teléfono, una llamada desesperada y»

—Mira, he estado hoy muy fastidiada, muy fastidiada, y quisiera verte,

«y entonces recuerdo un viaje muy rápido al otro lado de la ciudad, unas lágrimas, un tercero, una conversación muy breve, un viaje, una rabia absoluta, un libro por los suelos, unas palabras de justificación y alcohol»

hasta que de nada te diste cuenta

«Ese fue el final. Pero, ¿y el principio?

Todo se inició cuando yo perdí el egoísmo y me enamoré de una muchacha que voy a intentar describir con el recuerdo y tal como ella era antes de que el recuerdo dejara de ser incluso recuerdo, como queda dicho. Era menuda y deliciosa sobre todo cuando se ponía calcetines grises y gruesos en las tardes de frío».

Esta clase de recuerdos, por la mañana, con los ojos puestos ya en otro tiempo, eran como un poema tristísimo que surcó la principal de las arrugas de tu frente y olé. Porque tú en seguida trataste de olvidar

(«bailamos estúpidamente, sin cesar, en aquella estúpida sala de fiestas donde esperé llegar hasta tus labios hasta tus ojos y tus pelos se fueron quedando en mis manos deshilachados y mustios, solos los unos junto a los otros, los pelos tristísimos mirándome a los ojos, y tú en el fondo de los recuerdos incluso antes de ser olvidada, sin saber que el camino es el camino y nada más y nada me consultaste antes

de irte de mi memoria cuando incluso el recuerdo todavía no había llegado a tomar cuerpo, y los anuncios de la leche en polvo y los sellos fueron llenando mi frente y tú no estabas muy segura de tenerme y lo nuestro nunca fue demasiado consistente porque siempre nos miramos con la esquina de los labios, como si siempre hubiera habido algo que temer. Creo que nunca ni me entendiste ni me esperaste. Había como un tácito acuerdo de no agresión ni de amor. Lo nuestro fue creciendo como crece una oruga, sin gracia y solamente sonaba en mis oídos la espera pequeñísima de las ratas mordiendo mis pies para que al fin pasara algo desusado. No eras ni siquiera recuerdo cuando todo debía empezar a ser recuerdo. No había ningún entusiasmo ni Dios. Nuestras manos se desunieron con el mismo descolor con que se unieron y el sudor mientras nos amábamos llegó un día a ser antes que canción calurosa el sudor más frío que del amor pudiera nacer algún día. Después, ya no creo que sea necesario estar esperándonos hasta que el caracol cambie de caparazón o que el limaco se convierta en caracol, pero de todos modos me ha gustado verte cobarde en el ínfimo rincón que ocupas en mi estrecho recuerdo. Todo es muy duro de roer, chiquilla, muy duro de roer»)

y mentiste. Tuvo que venir el verano y el olvido sí que fue más concreto porque hubo manos que quisieron unirse a las tuyas, confiadamente, sin advertir el odio de siglos que en ti se albergaba. En el fondo, contado en presente de indicativo, todo es muy simple en ese penúltimo verano de tu juventud. Lotes eternos de espuma limpiadora pueblan el absoluto gatzate de quienes te esperan frío como un hielo al lado de la playa que frecuentaste en verano y aprendiste a nadar comunicándote gracias al mar con la amada de aquellos días. Según tus cálculos, ella andaba bañándose muy cerca, pero nunca supiste muy bien dónde. Estabas con la vieja soledad acompañada en las espaldas y

aun no tenías el temor de ahora por quedarte solo algún tiempo. Todo se te daba muy bien, muy bien, aunque a decir verdad ni nada buscaste ni nada encontraste, porque todo lo que disfrutaste y perdiste eran cosas que estaban colocadas para que tú las administraras sin tener otros problemas acuciantes definitivamente pronto. Había mucha espuma en la playa, y ahí fue donde elaboraste las teorías del amor a través del agua y de que la mujer es un estado de ánimo del hombre y que el ánimo es un estado del hombre, y lo cambiaste todo mentalmente y de vez en cuando te acercabas a quien tenía oportunidad de besarte. A ti te gustaba recordar rostros y situaciones que no siempre dejaban de atormentarte y te gustaba hablar con Emilio cuando él y tú se bañaban en la zona de la piscina donde podías hacer pie y le contaste todo con un entusiasmo extraño, recordando recuerdos que como siempre se remontaban a dos años atrás, y él también te contaba y entonces fue cuando le explicaste tus nuevos amores y él como siempre también se metió en el agua y amparó tu soledad con un «no seas chiquillo» que se vio en los ojos lejanos que se metieron en el mar y salieron rojos y jabonosos como la pequeñita espuma metida en un estuche rojo y cuadrado, dándose golpes absurdos con los nudillos de las manos en una puerta que jamás se va a abrir.

Que jamás se va a abrir. Los ojos llenos de piedras y esto qué es

Esto es odiar. Esta es una exégesis del odio, y vamos a helarnos de odio. Sabido es que el odio existe siempre que se acaban las cosas, que aparece el olvido más infinito o el odio más espantoso.

Estamos para eso: para olvidar o para odiar, aunque a nadie se le oculta que lo que más suele darse es lo que está en medio, que es la indiferencia, mucho más inteligente, mucho más audaz que todas las fórmulas de olvido o de odio que subsiguen a tantas esperas. Literatura.

En medio del océano, ¿habrá algún pez que no crea?

Para los peces, nosotros debemos ser unos peces detestables, tan discriminadores con ellos que ni siquiera tenemos cola y escamas, tan hipócritas como un coche desvencijado y sin martillos. Si son peces, ¿por qué no se visten como peces?, nos dicen cada vez que nos miran por las rendijas que los barcos tienen abiertas para recoger aire o agua.

Las cosas más extrañas ocurren, ¿por qué no han de ocurrir las más normales, y así tendríamos ocasión de emplear las desprestigiadas mayúsculas? Una vuelta en la cama equivale a un recuerdo fallido. Un desayuno siempre debe tener un buen café con leche en medio y un señor sordo que te oiga sonoramente sorber el café y meter el coche en el garaje solitario porque tiene un dolor de cabeza muy extraño que normalmente termina en la muerte a los dos días o a los mil años. Nadie va a creer tampoco que las carreteras se hicieron para usarlas exactamente de la forma contraria a como se usan, pero nadie se decide a colocar los conos al revés para que dejen de ser conos, y la gente

se queda tan tranquila cuando a las diez y diez le dicen que son las diez y diez, como si fuera normal la normalidad, y se divierte mucho la gente cuando de madrugada se dice mañana será otro día y nos abrochamos los pantalones, los ponemos en su sitio y nos abrigamos con bragas.

En la isla, la gente es aburridísima, sobre todo a la salida de los actos culturales, cuando nos citamos para otro día, sin malditas ganas

y todo lo que me pasa ahora es que únicamente veo cómo se hinchan mis manos al llegar a la máquina de escribir y golpearla. Lo demás es recuerdo. Lo único que ahora existe es el recuerdo en forma de calor en mis pies, la luz que se difumina, el papel, la radio que suena y un dolor en la espalda, y esto no me parece tan aburrido porque si yo tuviera ganas ahora estaría levantando persianas o riéndome o saliendo a la calle con la fresca, y cómo se las arreglarán los traductores

todo esto es muy viejo y muy blando

a mí me gustaría quitarle la razón a los peces y hacer del papel una bala y de la máquina una ametralladora que ametrallara recuerdos y posibilidades, pero la ametralladora lo tiene que ser todo en una pieza y también soberanamente aburrido escribir para que entiendan y te den sabios consejos censores de tres al cuarto, tan pulidos con su corbata cien años de soledad o el quijote, dos mierdas a cual mejor mierda mañana te espero en las esquinas de todos los bulevares.

En medio hay un largo paréntesis de sueño y de resaca. ¿Qué nos espera por la mañana? Por lo menos, el frío. Y recordar que se ha soñado con un nuevo viaje de Neruda, esta vez en avión. Y no saber que también venía Terenci Moix con sus pelos absolutamente negros y sus modales de

niño burgués catalán que presume de ser catalán y no es aficionado al fútbol, «quina bestiesa», todo se arreglará con un buen café con leche, que ha de prepararse muy de mañana, después de la cerveza, con la esperanza de que se te empiecen a calentar las manos.

Me espera la calle, pero aquí estoy absolutamente solo, tan gratamente solo. En el sueño, eso parece claro ahora, no estaba Matilde Urrutia, la enamorada, sino Terenci, el oliver, el carles riba en

—¿por qué te has quedado tan nuevamente dormido?



Mientras duermes, procura vomitar los resquicios de esa vieja historia de amor

(«Ahora todo ha cambiado demasiado. Por eso yo no sé muy bien decir si su sonrisa de ahora es distinta a su sonrisa de antes o es una nada que se está rompiendo, pero conserva por lo menos su forma. Aquella era una sonrisa fresca y amplia, que dejaba ver unos dientes que se apretaban al besarme.

Una sonrisa amplísima y una voz de niña absoluta cuando se encaramaba al teléfono y me preguntaba por las razones que debíamos darle a la vida o cuando salíamos a la calle a comer castañas tostadas, a concretar el amor.

Lo que me ocurre es que ahora escribo llevado por el desamor, y sin embargo no había posibilidad de escribir cuando el amor era lo que debía espolearme. Era también muy frágil, con aquellos dedos que tan frecuentemente se le quedaban fríos en medio de la calle y yo le ofrecía mi calor.

Y nos reuníamos solos, en medio de los árboles, y caminábamos derrumbados, el uno junto al otro, perdidos hasta que sonaban las tristes horas de mentirnos, mentiras que luego se fueron conociendo porque nada ha de quedar sobre la tierra que sea tapado por la basura. La basura está condenada a desaparecer. Pero lo lógico es decir que, con sus basuras y sus inconsecuencias aquello todo fue hermoso, hermoso el llanto, hermosa la alegría, una alegría que no ser-

vía para rellenar, porque al lado de la alegría nacía un trabajo ilusionadísimo que traspasó barrancos, derrumbó coches. La alegría iba ganando, hasta que la sordidez (oh Luis Aragón) venció, como parecía que tenía que ser, aunque es muy malo conformarse, no hay que conformarse ni siquiera con vivir, y tú no creas nunca en la gente porque hasta quienes parece que te van a poner un gran hombro donde depositar tu vitalidad en trance de perderse, hasta esos tomarán un poco de lo que queda de tu vitalidad y la destrozarán como si fuera espuma.

Viajábamos, íbamos de un sitio a otro besándonos en las mejillas, estrechamente queridos en la oscuridad o al aire libre, y teníamos una seguridad infinita, en que aquello era como una manzana bien unida por el centro. Nadie lo esperaba, pero nosotros sí: había como un carisma de caminante

y a veces me dan ganas de dirigirme a ti, a esta muchacha que ya no usa calcetines grises, no, no es a ti, es a aquella que puebla rincones muy concretos de mi memoria y que ahora recuerdo como se recuerdan los gatos salvajes o como me recuerdo comiendo zanahorias muy de mañana, con un optimismo absoluto, porque la muchacha se ha quedado y la otra se ha ido y quizá tú nunca sepas nada de esto»)

por fin te vas aclarando, pero da siempre la impresión tras tu sonrisa cenicienta de que eres bastante injusto

(«no sería bueno que me andara ahora con reproches, porque a quien tengo que reprochar es a quien ahora no es capaz de entenderme, a la nada que se ha roto conservando sus formas. Pero a la otra nada que se ha quedado en blanco, abierta, anhelante de seguir siendo amada y soñada, a esa no tengo nada que reprocharle. Quizá era mi Matilde Urrutia nunca encontrada, y ahora todo ha cambiado demasiado. Todo es distinto al tiempo en que nos declarábamos desnudos y terribles ante una vida que nunca había sido tan nuestra, y el frío. Como un ramalazo de

llanto interminable y el arrepentimiento en cualquier cabina telefónica o en el cine o en su propia casa, una lágrima derramada y vuelta a empezar todo como siempre todo se había empezado»)



(«Sería absurdo ahora que anduviéramos explicando de qué manera es posible continuar la novela cuando está claro que va saliendo como si fueran flecos desflecados, como si fueran pájaros inflados innumerales que se escapan por donde Pandora vuelve a traernos la alegría que se perdió cuando ocurrían los sucesos que se narran en esa novela que va fluctuando entre salir y no salir y por fin se embadurna de surrealismo y, ya digo, va saliendo con estrépito y con dolor, mientras se oye silencioso el humo de los millones de cigarrillos que nuestros pies han medioapagado. No hace falta justificar ni mucho menos nos la sonrisa y aun menos la novela porque todas las cosas que suceden están sucediendo y qué hermoso es ver salir fuego de una cabeza deslenguada. Date cuenta: todo lo que aquí se está escribiendo ahora no existía antes, todo este blanco se está llenando de partículas comprensibles e incomprensibles que antes no existían ni siquiera en el aire, y nos olvidaremos de las direcciones de todo el mundo cuando las noticias vayan recorriendo nuestra casa y nuestro mundo sólo crezca por dentro y salga en forma de estas hermosísimas y abstractas partículas que nos las vamos a comer cuando el libro se acabe y la soledad tome forma sólida y encuadernada bellamente de marrón o, mucho mejor aun, de gris. Esta precisa novela va creciendo junto a ti porque no hay otra almohada al lado ni siquiera habrá mejores

almohadas y un pequeño colchón desinflado, y miles de objetos que harán posible la compañía de las cosas, tan tiernas y tan enormes cuando tú estás. ¿Qué importarán las letras cuando el contorno de tus ojos es divino y cuando por un beso tuyo tengo pasaporte sellado para ir a la mitad del mundo a traerme bajo el brazo un tupamaro, una sonrisa de tupamaro vale más que mil palabras, las aburridas tardes tras una televisión maloliente que a ningún sitio nos va a llevar, ni los vasos? Sin embargo, en estos caminos estrechísimos y llenos de lodo seremos capaces de quitarnos la pelliza y las botas y remar, y remar hasta que lleguemos al final de la novela que terminará al lado de un tonel de limón agrio, agrio como la parte más visceral de tu cuerpo, el absoluto desconocido. Me siento fuerte aquí, con estos hombros míos y con estos hombros tuyos, fluorescentes. Me siento absolutamente mío.

—Ya está arreglado el coche, bésame.

En el suelo, mientras crecen hierbas por otro lado, las manos de la novela me van aprisionando y me llevan sin descanso hacia un amor que es en realidad lo que busco, por encima de encuadernaciones y de notas a pie de página en enciclopedias incompletas. Escribo vomitando, tanta frase sobre lo mismo»)

Aquí puede decirse que se inicia una nueva etapa porque tu cobardía, de ahora en adelante, le quitará todos sus anti-guos ribetes a la ancestral historia de amor perdido

Ya escribirás como un autómata, con el único propósito de distraer la soledad.

Para distraer su soledad, la flor se embellece, el búho canta, el bonzo ora.

Tú escribes.

Tomas en tus manos un folio blanco, le metes en la máquina de escribir y lloras durante algunos minutos, mientras la flor se embellece, el búho canta y el bonzo ora.

Iniciado el folio, y sin ganas de continuarlo por una serie de normas sociales que contraen tu voluntad y la hacen guitarra de muchas cuerdas, la novela se interrumpe porque hay algo en el centro de la estructura que nos rompe el hilo. Quizá, y sin quizá quizá, aparece un amor extraño que no había entrado todavía en este juego, un amor que no tiene esquinas ni ofrece mayores sorpresas que las de la caricia múltiple y correspondida y el silencio sólido que no espera otras palabras que las que ya están dichas y las que se susurran. No es preciso adoptar poses y uno es capaz de sentarse a la máquina sin que necesariamente nos esperen otras cosas, aunque únicamente nos aturde la visión de mañana, que ya todo será distinto, pero nadie nos va a quitar hoy el sabor de lo que está tácitamente prohibido.

—¿Quién nos hará caso en este camino que toma forma de letras gracias a una novela que se parte por estas cosas?

—¿Qué es para ti lo importante?

(Un silencio, y una voz que vuelve a ser la misma)

—Tú

(vas a decir)

Y una negativa, una sonrisa y un beso escaso en la mejilla, en la boca o en el pelo.

—Bien te quiero, idiota.

Y otra pregunta, de la misma voz al principio:

—¿Y por qué me has de querer idiota?

Y las mismas bromas que crecen, paulatinamente, hasta que deseas seguir bajo el techo, junto a los posters, y te conformas con unas zanahorias, un folio para narrar que caminas y un café.

—Sólo hay un poco de leche.

Abrir un poco la lata, el locero, y todo es tan menudo y cabe tanto en tus manos.

la luz fuerte que alumbra tus brazos y te denuncia a cada instante que no es tan fiera la leona como la pintan y va subiendo tu calor al lado del cointreau que no bebes y junto a la copa que has robado con el solo propósito de sentirte más acompañado, aunque sea de cristal frío, plata de aluminio

Dentro del hilo que se rompe, el recuerdo de la noche anterior, el cine tembloroso, una mano que de vez en cuando te acaricia los dedos y te pone el estómago en su sitio, una cita, una conversación interminable entre niñas que a lo sumo huelen a alcanfor y una serie de recuerdos que surcan tu mente, algunas esperanzas no justamente lícitas, y el coche que va luego a toda velocidad, y un enjambre de maricas que se reúnen con las niñas que a lo sumo huelen a alcanfor y una serie de miradas que no te son útiles

(ah habrás encontrado una historia que termina en llanto LLANTO elogio o ditirambo por una muchacha rubia que me mira extrañada de que yo le hable del cielo mientras en la sala de fiestas se oye ne me quitte pas o una canción muy bella que se llama el cóndor pasa o también se escucha, como por casualidad, ese bello insulto de Mustaki, llanto por una chica que no conoce quién canta *Le métheque* y sigue viviendo con su cintura muy apretada y muy rubia cuando todavía parece ser jueves y ya es viernes en su vientre rosa que es tan bello

—Pero no lo toques

cuando la sonrisa es recuerdo de una conversación pasada en la que se concretó que la risa ya es lo último, cuando había que adivinar los nombres y todos los zapatos tenían el mismo color a pesar de los abrillantadores, cuando la propia bilis se resistía a

surgir por nuestra pequeña boca pastosa y en la barra del bar ya no había nadie, sino el recuerdo de quienes habían estado con sus aburridos codos apoyados y nosotros, la muchacha rubia de la cintura ceñida

—Si quieres saber mi nombre tienes que adivinarlo y yo, andábamos de un lado a otro de la pista, cada uno con su frente en su sitio y algún que otro beso en una mejilla que por su parte era dulce aunque no excesivamente LLANTO elogio o ditirambo por una muchacha que evidentemente va a acostarse tarde y lógicamente es tarde porque ya tienes tengo conciencia de que nadie me recuerda te recuerda y los ojos siguen en el mismo sitio a pesar de que sabes que ese sexo que le entra por los ojos y le está tentado a llamarte al día siguiente, a las seis

—No lo olvidaré

—Tú si

es como una pequeña amenaza que yo que tú no temo no temes en absoluto porque ya sabes que estás por encima del saber y de las cosas que te son que me eran que me son que me eran definitivamente importantes, como la crítica de poesía y tal, y no sé por qué le hablé tan seriamente de la risa, el buen humor y la sonrisa simple en los zapatos de charol a la muchacha rubia que debía tener algún espinillo en el mentón y que se apretaba a ti que se me unía como si me necesitara y me besara de verdad en la mejilla, o simplemente esperaba que yo la siguiera besando, yo no entiendo por qué esta muchacha me acaricia el pelo, el cuello, y lo olió y luego me besó en el oído, como si creyera en la verdad de todo y estuviera esperando la eternidad de las cosas si sabía perfectamente que mañana no habría seis de la tarde porque mis manos estarían sobre un teclado y habría exactamente otro grito que su llamada, perdida en un vago recuerdo sin nombre de beso en la mejilla, de verso perdido en la noche, un árbol para aparcar, chalet)

Antes de acostarte, porque ya está bien de aguantar ese aguacero que ni has pedido ni nada te dice, la sala de fiestas llena de gente, algunos borrachos, otros con las miradas iguales, todos con las miradas iguales y como importantes, un diálogo entre un tipo con pelo largo que es peluquero y que da la sensación de que en un momento determinado te va a llamar para que le digas a la extranjera que él ha tomado por la cintura que este señor que es peluquero es otra cosa, y tú deseando que te lo diga morbosamente deseándolo, porque tienes necesidad de hacer daño, muy suavemente, un daño suave y paulatino, sin que ni siquiera sea preciso hacer daño. Pero aquí son necesarias tan pocas cosas.

—Has visto *Senso*, de Visconti

—Sí

te contestan

—¿Valdrá la pena verla?

—Sí

te repiten

—Es muy buena, ¿verdad?

—Sí

terminan de decirte y tú te cansas mirando hacia adelante en el asiento, con los recuerdos en otro sitio, lejano y débil, sabiéndote esperado por unos y querido por otros, con las agallas fuertemente atadas a los pies y con ganas de vivir sobre blanco durante cierto tiempo. Pero en este lugar hay humo y tu coñac se oscurece.

—Me robaría esta copa

tópicos en tu boca. Y así sucede: cuando el tópico sale te viene la rabia, y nadie es capaz de entender que cuando estás donde estás pocas cosas van a satisfacerte, ni siquiera que te peinen, que te besen, tú vas decididamente más allá, aunque la ternura ocupa un puesto muy importante en ese más allá. Pero, sobre todo, tienes que considerar que tú y tu novela, que quisieras que fuera siempre lo mismo, a pesar de cualquier cosa, surque los caminos de la sencillez expresiva, por así decirlo, pero qué aburrida es la sencillez expresiva.

—Es muy divertido lo que haces  
oyes que te dicen, y no advierten tus  
dientes apretados en torno a la zanahoria. El folio sigue  
adelante y la pena para todo el mundo tiene igual color, lo  
que ocurre es que tú no sabes distinguir bien los colores.

En la sala de fiestas los pechos de las mujeres pasan  
junto a ti y tú empiezas a preguntarte si eres frígido o no  
marica o no y siempre decides decir que no eres nada de  
eso, pero el hecho concreto es que te aburres, y esto no lo  
arregla nadie. Y decides marcharte. Antes ves lo de siem-  
pre, y adivinas el bah en los labios, mañana mismo, cuando  
el sueño sea recuerdo, el bah por ejemplo en las sombras  
de la sonrisa insatisfecha de este hombre con barba de  
collar estrecho. El bah en la boca de la extranjera altísima  
y rubia como Vanessa (Danessa, ya sabes) Redgrave (Red-  
greif) a quien has preguntado si se aburre o todo su gesto  
es un gesto cuadrado de siempre, y ella ha sonreído porque  
realmente se aburre y le cuesta reconocerlo entre tanta  
música que parece mentira pero no comprendes en absolu-  
to y te aburre y vuelves a soñar en vivir en blanco.

—Vamos a tomarnos una cerveza  
dice un vasco con pose de hombre de ne-  
gocios editoriales, y te mira a los ojos y llama a la gente con  
nombres extranjeros, franceses o ingleses, y luego, mien-  
tras le das al coñac, se desarrolla una conversación sobre  
fascismo y otras cosas, entre un fascista y tú, y te da una  
honda pena no poder escupirle a la cara y recordarle que  
las frases que te dice son la mentira mayor del mundo  
porque son la mentira sólida y vigente, al lado de otras  
mentiras que con franqueza son inocentes. Y le recuerdas  
que quien habla desde el fascismo del  
respeto al individuo miente o se engaña porque a la vista  
está que el individuo ha sido cotidianamente pisoteado por  
el Estado que en cada caso enarbole esa bandera que lla-  
man fascismo

que quien hable de fascismo y hable de  
justicia social miente o se engaña porque sabido es que la

justicia social en los estados fascistas ha sido la justicia social para los dominantes

y que quien hable de fascismo etcétera  
y se acabó el coñac y la gente se acaloró y tú seguías con unas ganas enormes de irte, porque allí no había nada que hacer, ni tampoco hay nada que hacer en la calle, y vivir sobre blanco es la única obsesión que te domina.

No sabes bien de qué hablaste al llegar a la carretera y tomar el camino hasta tu casa, pero recuerdas que llegaste y leíste cosas acerca de Jean Paul Sartre y el intelectual clásico según A. Sartre, qué le importará a la gente

y al día siguiente trabajaste mucho ordenando, y qué le importará a la gente, los papeles de periódicos, y te sentías algo satisfecho, mentiroso, y comiste bien, y recibiste llamadas telefónicas y saliste a la calle y llovía, todo sucedía para ti, todo estaba puesto para ti, hasta los besos y el hilo que se rompía. Era como un homenaje que se rompía en tu favor. Todo caminaba muy bien, y hacía lluvia, goteaba al principio y luego fue hermosísimo el agua cayendo a cataratas y el suelo inundado y tus ojos como en otro tiempo tus ojos, y digo que el hilo se rompió porque pasa por las mismas calles, surcaste iguales caminos, miraste las mismas caras y nada se rompió en tu estómago.

—Algo está pasando  
te dijiste

—Algo está pasando más allá del anterior aburrimiento  
y ya no es tan difícil encontrar tu propia sonrisa en el espejo del agua próxima, un sudor artificial que va dominándonos poco a poco y nos levanta del amor. Llegamos. Todos llegaremos al mismo lugar de donde hemos partido, y Wilhelm Reich

(qué le importará a la gente)  
tendrá que resucitar y decir que hemos vuelto al útero, a treinta y siete grados, y hemos dejado los veinte grados de la tierra, y los úteros se meterán en los

úteros, y habrá una inmensa bola del mundo en forma de útero para guardar tanto útero, y será raro, muy raro, encontrarse con un útero suelto.

—El aburrimiento va a desaparecer  
pensaste

—Para algo se está inventando la soledad dentro de tan inmensa probeta

como es la cabeza de la gente que, como tú, se suelta los pelos y coloca sus manos únicas sobre la frente de quien fabrica esa soledad con la manos, con las manos limpi-simas que huelen a «coty» o a aspirina fermentada dentro de un café con leche como el que te han preparado, que sólo tiene agua, los ojos llenos de añil, ¿quién esperamos que nos espere?

Para distraer su soledad el hombre soñoliento miente  
la flor se embellece  
el búho canta  
el bonzo ora

¿Cómo vamos a estar? Está tu biografía sintética y pequeña, rota, increíblemente sucia. Tu biografía, escrita a ratos perdidos, sacada del entresueño y esbozada cuando la media mañana se te metía turbia y deliciosa en los ojos. La nada, en esos tiempos, había alcanzado para ti un alto valor adquisitivo. Y fue creciendo la biografía de un cobarde antes de morir nada más despertar. Una historia sin sentido que ya no formaba tampoco parte de ti.

¿Cómo vamos a estar? Condenados a meternos dulcemente en las inexistentes guaridas de la tarde, nuestro inútil esfuerzo seguirá conduciéndonos hasta la elaboración tardía e inútil de una miel que ni se come ni se hace carne.

—No comment

dicen las viejas tendederas en lo alto de sus parapetos mientras en los pretils de la calle se escucha una voz que es la vida y que se teme como si fuera un martirio redondo, un clavo o simplemente el optimismo. Cuando todo se acabe, cuando por fin se desintoxiquen los peces y no quede remedio alguno sobre la tierra contra la tristeza, entonces, será tiempo de escuchar a las tendederas. Entretanto, ellas habrán muerto. Quedarán nuestros cuerpos sobre la tierra, cantando y llevando a cabo la revolución de los recuerdos

( el recuerdo fue obsesivo para ti. Quiero decir que todas tus obsesiones se repetían. Que las escribías y, más tarde, cuando volvías a escribir, volvían a ser las mismas. En medio, escribías relatos a los que tú no les veías, de pronto, excesiva conexión

con tu vida, y por eso mismo te llamabas cobarde con frecuencia, porque todas tus cosas quedaban ocultas bajo la pátina absurda de un surrealismo que no era muy importante tampoco, porque realmente no te preparaste mucho, no leíste lo suficiente ni escribiste demasiado. Te faltó mucho camino por recorrer. Te faltó casi todo. Te creíste viejo excesivamente pronto y estás escribiendo ahora mismo una novela que no le interesa a otra persona que a ti. Enmarcaste demasiado cándidamente tu egoísmo y lo justificaste todo. Eras un muchacho absurdo, sin agallas y desde muy pronto te sentiste viejo y agrio, cuando no llegabas a ser nunca ni una cosa ni la otra)

perdidos como sonámbulos en la noche  
donde también se perdieron las inesperadas presencias de  
un futuro que se fue al apagarse la luz

pero volverá,  
tú nunca dudes de mí

Está claro que mientras nuestros dedos  
sigan acariciando las yemas de nuestros dedos será señal de  
que aún es posible el llanto o quizá tampoco es posible el  
llanto o quizá tampoco es pero la alegría va a ser tan in-  
destructible como un testamento.

(Te cuento toda esta historia porque anoche mis-  
mo hubo necesidad de que te quitaras los zapatos y  
los calcetines grises a media pierna ya casi definitiva-  
mente desdibujados. De los pies a la boca no hay más  
que un paso y el recuerdo de tu boca fue aparejado al  
recuerdo de tu pelo y el recuerdo de tu pelo al re-  
cuerdo de tus calcetines grises desdibujados.)

No  
sé si tú lo recordarás bien o quizá resulte que yo lo  
estoy recordando todo de manera que mi memoria se  
muestre agradecida. Cuando el reproche llegue, se  
hará sólida la nitidez de todo lo que fue enterrándolo  
todo. Entretanto, es evidente que tenemos licencia  
para cambiar la situación: tú sentada frente a mí con  
las manos frías también, con una pregunta en los

labios o con un beso fresquísimo que siempre traspasó el camino. Resulta perfectamente claro que tu nariz se arrugaba sonoramente hasta que salíamos a la calle y había cualquier abrigo donde tú metieras las manos que luego caían en mis ojos como un temblor cálido que se acabó

—Que se acabó.

Pero hay más.

Nuestros pies caminaron por encima de las mismas piedras y serán las piedras las que denuncien qué talones llevaban más ilusión, hasta qué talones llegó el llanto y hasta dónde fueron nuestros pies, absolutamente unidos y por el aire.

—Hay que ganarse a pulso la nostalgia,

dijiste

—Y hay que ganarse a pulso la posibilidad de que la nostalgia habite por los dos lados. Tu lado que fue el mío y el mío que fue el tuyo nunca tuvieron nada que hacer separados.

(Pero, fíjate si estarás escribiendo desde el desamor que para decir todo lo que estás diciendo ha sido preciso realizar un esfuerzo que es agua, agua sola, con toda la sal en el río.

—¿Cómo es posible que entre nuestras cejas quepa tanta capacidad de olvido y quepa también tanto odio marchito que preexiste y que al final resucita?)

Tendrás que unir bien tus dientes y besarme de nuevo para entender por qué innumerables razones cuando mis dedos se unían a tus dedos nunca hubo otra voluntad que la unión de los dedos con los dedos porque tus dedos siempre fueron míos hasta el rencor.

—¿Por qué el rencor y por qué el agua sola?

—¿Por qué tenías que saber dónde estaban las coordenadas y las abscisas del hombre y sin embargo te enfadabas cuando yo salía antes que tú de la guagua y te perdías en la calle entre la gente con tus calcetines grises ya casi rotos?

—¿Por qué te recuerdo ahora sola, de madrugada, con

los mismos calcetines grises? ¿Por qué tengo que mojar mi boca cuando te recuerdo y todo se va enfriando como se enfriaba la luz cuando se apaga?

¿Crees que habrá una nueva Matilde Urrutia en el fondo de mis ojos del futuro o crees que tampoco vale la pena andar por el amor con el desamor a cuestas

—Te advierto una cosa: me estoy poniendo de acuerdo contigo. Por lo menos, me siento más lejano de ti y de tus piedras salvajes como ojos.

—Tristeza da que nos andemos olvidando.

A veces me hablabas, en el mismo portal, mientras se producía un beso minucioso en la mejilla, destrozado por la existencia de tus pelos sobre los labios y salimos a caminar en medio de las visiones fabricadas por la lluvia

—Un peso que te encuentras irremediabilmente delante, cada día que decides dar un paso adelante, una angustiosa presión dolorida y brumosa, que te ofusca cada vez que llega, que te apaga lo suficiente para ir sola junto con los otros, en medio de los demás, tú sola sabiendo lo que se te pasea por dentro, pero siempre en el montón, porque por otra parte es necesario hacer algo, lo mínimo pero algo siempre. Caminando con todos y con unas escondidas ganas de leer, de vivir simplemente sentada, de sentirse minuto a minuto, estoy convencida de que es bueno, es provechoso sentirse sola entre la gente que no comprende la pequeña libertad de bajar en vez de subir más visiones fabricadas por la lluvia.

—¿Fue bueno abandonar?

—No comment

pero sí, la biografía sí

(Puesto en la tierra, con los pies encorvados sobre el suelo y la voz gangosa, decidió ser conferenciante, escribir en los ratos libres y lavarse los dientes cada mañana para evitar la diáspora de las mujeres que tiernamente amó desde pequeño, con ese empalagoso cariño que caracteriza a los jóvenes escritores que se expresan descoyuntadamente. Desde las primeras luchas por superar el tan isleño complejo de

Edipo rey, saltó por encima de las estructuras impuestas por los tiempos de la plena autarquía hasta llegar, por su cuenta y riesgo, a la nueva hora de las conversaciones técnicas hispano-rusas. Su salto no tenía ni raíz histórica ni raíz social; sólo tenía raíz intuitiva. Había nacido en 1948. Desde la Punta de las Viñas, en Icod, a la Punta de la Laja de la Sal, nada se supo nunca de los vaivenes autárquicos ni de los coqueteos orientales. Podía hablarse de la intuición para justificar la acción de quien soñaba por las noches con máquinas de escribir y con gallos rojos en victoriosa lucha contra misteriosos gallos negros. La isla, que se había sorprendido, del nacimiento de este hombre moreno y chato como quizá fueran los guanches que adornan el paseo de una antiquísima ciudad llamada Candelaria, comenzó a descorchar vino de Tarragona, tan útil para el chiste habilidoso y juguetón. La razón de la orgía era sencilla y al mismo tiempo tan triste como la propia sombra del monte inmenso que sigue cubriendo una altura no inferior a los tres mil quinientos metros tan admirados. Este muchacho, con su venida al mundo, convenientemente señalada por las circunstancias que evitaron su bautismo y por tanto su integración en la comunidad, manifestó muy pronto que era una persona normal, isleño a fin de cuentas, con una mirada entre dulce y arrogante, con grandes virtudes para la oratoria, el chiste, el teatro y la mentira piadosa, dicha en cualquier nicho confesional de los tres que había en la iglesia de su modernizado pueblo. Poco a poco, el sueño perenne en la máquina de escribir necesitó absolutamente el complemento y le exigió el trabajo diario durante tres meses, en una gran oficina de automóviles nuevos y viejos, donde los clientes eran números. Sus servicios, previo lloriqueo, eran remunerados con la módica cantidad de ochocientas cincuenta pesetas, suficientes para pagar el artefacto

—Me resta usted quinientas pesetas  
de aquel cliente nunca más se supo.

Se acostumbró a deberle dinero a la gente, y en contra de las predicciones hechas por los profetas del día de su nacimiento, la isla no tuvo por qué extrañarse de ningún aspecto de la existencia del ex recién nacido. Su madre fue perdiendo lozanía y el primitivo complejo de Edipo isleño se perdió entre el murmullo de recuerdos vaporosos que únicamente acentuaban su apego a las penas compartidas, tan dulces como son. En la efímera oficina, sólo fue estentórea su risa en alguna ocasión, muy rara. De resto, su vida burocrática se desarrolló con el único aliciente del aprendizaje memorístico de las deudas de todos los isleños que debían hipotecar su sonrisa para dar de comer a un cerdo omnipotente, rollizo y hambriento que recibe el bello y antiguo nombre de capitalismo. En su casa se seguía ignorando la elegancia social del regalo, aunque los domingos continuaban componiéndose las papas con la carne y los garbanzos y el hambre tenía visos de amable confraternidad con el tipismo.

En fin, la isla vivía plácidamente sucia, después de la falsa alarma causada por la portera, que convenció de los hechos transcritos al sesudo conferenciante que en otro tiempo habría de explicar las características sociopolíticas de la ínsula Barataria segunda. Lo que nunca se supo muy bien es que el muchacho nació a las seis de la tarde y los médicos lo obtuvieron de espaldas del útero materno)

—Con qué optimismo me he levantado esta mañana cuánto objetivo delante de mí y cuánta esperanza me anima a callarme sin antes rezarte un padrenuestro en recuerdo muerto de tu viva imagen, nada recortada nada

Y también eso es mentira, porque por la mañana te asaltan los mismos pensamientos desde que despertaste por primera vez:

«Lo principal fue que el aburrimiento nos llegó a su debido tiempo, cuando ya nada teníamos que esperar

—Pero no quiero terminar todavía con las voces anteriores al grito, porque es preciso decir que el fracaso provino de una culpa colectiva que ahora no hay quien arregle.

—Culpa de tus amigos, culpa tuya, culpa innumerable como innumerable es ahora mismo este dolor.

—Me he quedado solo. Enmarañado en mi propia soledad, ausente de cualquier cosa que no sea soledad, y todo va caminando tristemente a mi alrededor

—Yo me creí que ya no

te dice a través del teléfono

Qué floja quedó tu pierna en el vacío, qué floja quedó tu sonrisa en el recuerdo, qué absurda tu presencia en el olvido que se fue haciendo poco a poco y que te esperó en medio de la noche para ser lleno, como un hombre solo seco de ideales, perdido de versos, en la tarde fría, descubriendo el surrealismo viejo a cada hora, con las lágrimas a flor de piel, agarrotadas mis manos por la culpa innumerable y por la presencia de tu sonrisa y de tus

calcetines grises más tardíamente copiados por otras gentes a las que amé por la tarde, por el día, pero nunca me quitaron el sueño.

—Creo que te entiendo enteramente porque has sido tú el único suceso que merece ser entendido entre todos los sucesos que han acontecido.

—Sí, dijo Suzuki.

—Pero estaría mal que yo no te empezara a decir ahora lo que esta tarde he estado pensando.

—Dímelo y llegaremos a la óctuple verdad, volvió a hablar Suzuki en casa de cáñamo.

—Primero debo decirte que la tarde ha sido como todas las tardes, perdida entre tanta palabra con la rosa azul de una sonrisa que nadie entiende en el ojal, con la mirada vieja, y con las estructuras atónicas del pelo bien unidas a las orejas.

—Soy un escritor

exclamo cuando quiero defenderme

—Y quiero decirte que esta tarde me sentía visceralmente solo y lo más optimista es que no te recordé para nada, que te seguí dejando allá donde tan lejos estás, con tus pies deshilachados

—Ya calzo zapatos, qué te crees.

—y tu pelo sobre los hombros

—Esperando a que yo me vaya del campo para seguir tu camino tras la hierba.

—Exacto. No sé como demonios tengo que decir esto para que me entiendas un poco porque está claro, está claro, está claro».

Ahora, ahí llega el recuerdo: tú, leyendo un cuento mío, con tu hermana al lado, qué palabras raras, y una ternura que yo estaba esperando y que encontré, día de reyes

poner los pies sobre la alfombra sería el suplicio a vueltas con tu cabeza vacía

Quizá fue el Capitán Trueno el que conformó la historia más contradictoria de la vida que fue creciendo hasta formar un magma viscoso dentro del que se desconocía a Marx, por ejemplo, y también se desconocía el tibio sabor del cigarro rubio. Había como un sincero acto de contricción a cada instante. Se descubría en el fondo de los ojos una sinceridad que en definitiva era cándida y pequeña, como su cuerpo martirizado en el campo de baloncesto donde los demás muchachos mostraban sus pies llenos de la serena belleza del alimento. El no supo nunca por qué era preciso ocultarse detrás de las porterías del estadio para saber que estaba mal hablar de los inexistentes regalos de reyes, vacías como estaban las gavetas donde en otro tiempo había habitado el dinero. Tenía las rodillas martirizadas cada tarde, obligado a tirarse al suelo en su oficio de ocasional portero del equipo formado en el recreo cuando habían cuatro contra tres y era preciso añadir uno más y lo escogían y con entusiasmo miraba a los ojos distantes de los fornidos muchachos, compañeros suyos de clase y en el fondo tan buenos y tan indiferentes. Supo algún día por qué los recordaba con rencor, con cierto odio conmisericordioso. La evidencia le venía siempre en forma de aspa, y en el interior aparecía un grabado cada día más fuerte y más indignante, en el que se mostraba un tierno inglés de dientes afilados y de sonrisa inolvidable, que le escupía un sorbo

de café con leche sobre los pantalones. El mismo recuerdo de los goterones de sangre producidos en las rodillas cada vez que jugaba al fútbol en el empedrado patio del colegio, con sus pantalones cortos, los primeros pantalones cortos de su vida, qué desilusión, era el que le golpeaba las sienes más adelante, cuando estrechaba todas las manos flácidas y blancas que se le fueron ofreciendo a través de la pequeña historia de la que tan poco se sabrá en Londonderry. Después formaban cerca de la capilla, y el profesor de Matemáticas los miraba con aire enigmático y displicente,

—Arrestados, arrestados

decía con voz histérica el increíble lego que asumía el cargo cotidiano de rezar un rosario de cuentas cada vez más desgastadas. Se pasaba lista por riguroso orden alfabético y había en todas las palabras, en cada letra, un curioso sabor nostálgico que jamás pudo quitarse del oído. Los alumnos, convencidos de que su sexualidad incipiente era el final de una larga y cruenta escalada hasta ser hombres, formaban según los cursos. Era delicioso mirarlos desde lo alto, con sus absurdas sonrisas semiadolescentes, desconocedoras de la mentira o, por lo menos, de la mentira importante.

—Una cincuenta, le he robado una cincuenta a mi madre

se recordaba siempre hablando con el confesor: una sonrisa en medio de una cara roja como el sol y unas palabras consoladoras y una extrañeza en el fondo del estómago

—Esto no es para mí

la autodestrucción ya había sido decidida

—Vete y no peques más

como una simple María Magdalena en el medio de la calle con el brazo extendido y un ausente aire de colegiala cómplice: los primeros conocimien-

tos del sexo sobre la almohada, la Biblia, recuerdos que se van amontonando y que es preciso amontonar

—Con cuánta desgana

Luego venía la clase de gramática y algo que no se acertaba a definir como aburrimiento tomaba su exacto lugar en la garganta. Más tarde venía un recreo en el que conocía de nuevo el sabor de cierto desprecio y de alguna impotencia. Hasta que recuerda, ya casi cuando comienza el olvido, un almuerzo en el que la ingenuidad fue pisoteada por quienes cogen pulcramente el tenedor y están atentos

—Te pedimos, Señor, que bendigas estos alimentos

y recordar que en la casa no se dice nada de eso, pero el padre aconseja contar cuentos

—Y así paliamos algo que no nos atrevemos a llamar hambre, como el aburrimiento

Coger los tenedores bien y las cucharas y los cuchillos, y no equivocarnos con el nombre de las comidas, y no preguntar y no decir

—Tengo ganas de mear

pequeñas incongruencias que a fin de cuentas, a lo largo del tiempo, se iban a asociar con el sorbo del café con leche lanzado por el inglesito pecoso.

Por la noche, en casa, quizá contó los exámenes y leyó el Capitán Trueno. Antes y después hay mucho más. Muchas más palabras para soledad quietísima



Todo sucede muy despacio, muy despacio, y yo no quisiera dormir, sino que ya viniera rápidamente otro día, y el otro y París, marcharnos definitivamente, sabiendo lo que se hace, esta es una huida para regresar allí donde no haya que buscar ni soledad ni compañía ni vino. Y, mientras, se lucha porque el sueño esté en su justo sitio, leer un libro amarillo a la única luz de una ventana abierta de par en par, de par en par llena de aire, por donde entran todos los ruidos y también ese aire fresco que se me pone en la frente como una mano y el ruido puede aislarse porque me importa porque nada me importa tanto, repito, como mover las manos sobre un papel, el que prueba, para encontrar el verdadero sentido de las piernas, poco a poco, la máquina de al lado suena nerviosamente y nadie cree que ese ruido tenga algo que decirnos y mira qué bien va y nos dice cosas que empiezan por a o que no empiezan pero estoy seguro de que alguien me espera, cansado ando de hablar de amor y decidimos, mientras el vino se acaba o se les hace tarde, llamar afinidad al amor y nos dedicamos a oír música y estaría cinco horas sentado en un barril sin oír otra cosa que Marisol o Beethoven o Raimon o Escobar y me da igual casi todo incluso una piedra en un ojo.



—El señor rector está?

pregunta un tipo, como si esto tuviera alguna importancia, la Universidad tan lejana para mí porque cada día el sol me sale de otra manera para mí solo, un canto de alegría porque en la noche no me he despertado y ahora me duele un poco la cabeza y es igual la almohada hecha de manta, sucintamente marrón como las viejas palomas o los conejos que poblaban el patio de mi casa.

—Esa coneja está esperando cría

—Se les murió el padre a estos siete conejitos

Siempre los recuerdos grises con espuma en la boca, una visión espantosa de la muerte.

—A mí me gustaría que en estos papeles pudieran reproducirse fotos de lo que pasa por mi mente

—Aquí no se puede trabajar

—Para unir todos estos hilos tengo que estar en una soledad más física que esta que me rodea y cortinas

—¿Creemos acaso que los paraguas sirvan para algo, y las

—Cada día entiendo menos por qué las rosas tienen que regarse con vino, y por qué la gente adora las cruces y se mesa los pelos cuando se rompe un brazo cuando aún queda otro brazo y más pelo para seguir meciendo detenidamente las rosas de azafrán y un poco de whisky con hielo y agua natural como si fuera preciso un punto y aparte donde sólo debe haber un punto y seguido y una exclamación

el primer bostezo de la mañana, sin embargo



Sólo es necesario mirar al techo, cubrirte la cabeza con la almohada, para que continúe la biografía sucia

Antes de que entrara en el campo de la conciencia definitiva, pulcramente destrozada por los sueños nocturnos, aprendió a leer para luego mentir los días de Reyes, hablando con el maestro acerca de las pelotas de trapo que le habían dejado, de las corbatas que nunca existieron y de otras sandeces cuya invención a lo sumo le daba un calor insoportable. Aprendió también a comer gofio bien amasado con plátanos y a apreciar los poderes extraños de las papas fritas con pan y mantequilla. La suya fue una absurda niñez correcta, con problemas estomacales, con empachos periódicos, curados con el concurso de cualquier rezado y algunos papeles grises colocados en la barriga, embadurnados de un aceite inolvidable. Junto a todo ello, una tos rebelde y mayor de edad surcó su cara y le puso el grave color de las personas alegremente enfermas. La tos, el cansancio, los estertores, pasaron a formar parte de su personalidad y ya fue inútil recordarle sin la espalda algo encorvada y los pies débiles y carcomidos allí donde precisamente empieza el camino. Su paso por la escuela pública sirvió para que aprendiera a orinar detrás de las palmeras, para que descubriera su definitivo orgullo más tarde llamado intelectual y para que se diera cuenta de que tenía un raro poder para ganarse reprimendas de cuyas causas él no era consciente

jamás. Con el tiempo, entre sus conferencias y sus novelas, entre sus aprendizajes y sus penas mayores y rosas, no pudo olvidar siquiera los mínimos sucesos cotidianos, importantes todos los días como agua que nunca cría borrajas, imposibles de desterrar de una memoria excesivamente eficaz. Recordaba con temor, con un dolorcillo extraño en la boca del estómago, con cierto escozor en los órganos genitales, cuya función placentera descubrió una tarde de calor mientras corría presuroso en busca de la leche, algunas verduras y hierbas para la cabra, recordaba, en fin, el día en que el maestro de la escuela de pago, le pidió que le pagara de una vez los seis duros de un mes ya lejano. Y sentía el mismo escozor cuando, con todos los detalles con todas las corbatas y todos los colores, recordaba el día en que el maestro le conminó a marcharse de la escuela si no era capaz de rendir en el estudio. Fueron los tiempos del primer enamoramiento, el primer llanto perdido en una azotea rodeada de muros altos y canciones que llegaban de las radios vecinas. Después vino el ejercicio absoluto de la memoria, la sorpresa del maestro y la conciencia de la necesidad de que el chico estudiara con los curas.

—A ver si así lo sacamos adelante porque condiciones tiene

Junto a un estercolero, mientras la madre escamaba pescado y era la mañana de un lunes hace años, la isla sintió que su tierra seguía en el mismo lugar y el *ABC* seguía siendo leído en las bibliotecas de los pueblos sombríos de elegante campanario cuyo costo excede con mucho la renta de todos los habitantes, pobladores hambrientos y necesariamente reclusos en un sueño bastardo. Las cosas continuaron iguales en las islas cuando la madre decidió que tenía que quitarle por lo menos una amarra al muchacho. De esta forma, cuando la cabra se prestó a ser sacrificada e Isaac levantó una mano tembloro-

sa que acabó con el mito de la leche, se fraguó la primera historia. Dominador definitivo del diálogo, las primeras cuentas del muchacho lograron convencer a todas las estatuas que tuvieron contactos previos con él, hasta llegar a la cima y recibir las primeras negativas de beca porque su padre

—Su padre tiene una casa y un camión y, claro, un colegio religioso no puede dar becas a quien en justicia no las merece.

Como primera medida, las cosas volvieron al cauce impuesto por la infortuna y comenzó a trabajar la memoria del chico, ya definitivamente traumatizado. Continuó comiendo el mismo gofio, mientras esperaba que cesara la lluvia para poder devolver los zapatos y los cordones con que había hecho la primera comunión, preocupado por no rozar la hostia con los dientes y extrañado por las preguntas irrecordables del cura, escondido en su capilla negra, con los ojos invisibles. En la segunda ocasión, dos curas picaron en el anzuelo y vieron en el muchacho esmirriado la oportunidad de sacarse las espinas de su mala conciencia. Aprobaron su entrada y se decidieron mancomunadamente a destrozarle la rodilla, imponiéndole graciosos rezados donde dominaba la jaculatoria, la fila india y la sonrisa a medias tintas de los compañeros castigados los sábados por la tarde a escribir cien veces frases napoleónicamente absurdas, refranes recitados por un profesor cursi de una geografía inaguantable que situaba siempre en el mismo sitio a la aburrida Europa. Fueron los primeros contactos con una religiosidad de nombre y apellidos. Alcanza a recordar incluso cierta discusión política, mientras esperaban al profesor de gramática, con un alumno rubito, con el aire alimentado y plantillas en los pies y una hernia incómoda pero disimulable, en la que el rubio hablaba de la necesidad de elegir a Kennedy en lugar de votar por Nixon. Que él decidiera por Nixon fue quizá motivado porque

el rubio se empeñó en decir que el primero era católico y el segundo ni siquiera frecuentaba las sinagogas. Para el recuerdo del tiempo pasado, la historia de las elecciones norteamericanas fue una piedra en la que se apoyaban todas las teorías de la búsqueda desenfrenada del conflicto con los muros altos y aparentemente insalvables de las iglesias puestas en los sótanos

Mientras subía a esta Universidad absurda y fría, de líneas muertas sobre losas rotas y carteles de «Viva el comunismo», «Viva el 1 de mayo», «Todos al paro», borrados tan de mañana o sustituidos por «Viva el consumismo», «Viva el 11 de mayo», «Todos al parque», o el simple letrero de «libertad» sustituido por el de «libertad sexual»,

alguien que llevaba gafas y un sonoro silencio en las mejillas secas me dijo que perdíamos mucho tiempo y yo empecé a reconstruir la noche anterior desde mi silencio cómplice ante el whisky y las miradas, la barca, un viaje sin parar en medio de las olas y nadie que nos mirara desde la orilla, el whisky que se va marchando tras el aire, caprichoso, hasta estrellarse contra las cordilleras de Anaga y nada se sabe del aburrimiento y llegamos al muelle, resbala Mari Carmen y por fin comemos lo que se dice churros en el mercado. Han derrocado a Onganía, vuelve la razón y nos ponemos cerca del cementerio marino para recuperar el coche. ¿Quién puede entendernos esto, si soy pobre?

Yo creo que de todos modos nunca se pierde el tiempo y me aburre casi toda la gente y sin embargo es imposible estar solo. Busco la compañía y más tarde me molesta. Introspección. Debo escribir muchas cartas y por la noche pienso en todas las cosas que pudieron haberse hecho, un sudor frío que no me permite dormir,

—Con tanta prisa como tengo por andar

la tristeza me  
asoma por la mañana por alguna razón que no acierto a

adivinar y algunos muy sabidos hablarán de la náusea y en principio tendrán razón.

—¿Por qué no hace frío si ya es mañana?

—Me gustaría ir destripando pollos hasta no tener nada que comer.

imposible seguir la línea de la razón y abandonar la vieja y vacía introspección, llena introspección, qué demonios digo.

—Llenísima, aspiro a echar toda esta basura de mí para guiñarle un ojo definitivo a la tristeza, aunque lo más probable es que nunca lo logre.

—Vamos a mudarnos de casa

(Antes ocurrieron muchas cosas que yo no sé cómo explicar sin que el hilo inexistente también se rompa. Lo curioso y lo explicable es que me molesta muchísimo volver atrás y andar explicándomelo todo con pelos y señales. Estamos perdiendo el tiempo, es posiblemente cierto, y la gente me habla y yo no puedo dejar de escribir porque creo que la razón está de nuestro lado y no resisto la tentación a ser irrazonable por ejemplo haber escrito la razón está de nuestro lado izquierdo como los caramelos, pero quisiera hacer un ligero esfuerzo y ponerme serio sobre una roca, volver atrás, marchar con las manos

—Pero, quién se atreve, cristiano, quién se atreve

Lo que sí me agradaría es ver otros rostros tiernos que me devolvieran a otro tiempo donde la pena tenía su razón de ser y no esta pena acaramelada porque no va a ninguna parte y una muchacha que se enamora porque le ha gustado el pijama, y así siempre una chica que se va porque tiene que irse y me aburren muchísimo con sus imposibilidades, poner terreno por medio y el olvido creo que ya lo he experimentado, el teléfono muy cerca, los sellos, la voz, los objetos que te recuerdan viejos tiempos que sólo son muletas y nada que nos impulse definitivamente hacia adelante, o sí, pero en otro sentido. Hay que dejar todo eso, la mirada que sube y total para qué.

—Ahora me noto como ligeramente entusiasmado por-

que, aunque sé que no es mía la razón, noto mis manos mucho más cerca del cristal.

—¿Y cómo era antes?

—Antes era que yo no sabía dónde estaba y a pesar de que me esperaba alguna gente, no me consideraba esperado y eso era tremendamente circular.

—Manda todo eso a la porra y siéntate

digo cuando realmente digo eso pero justamente estoy queriendo decir que sentarse es descansar de todas las cosas absurdas y coger el pulso de nuestra mano más izquierda y echarse a andar con la adarga al brazo, cómo se me aparece Guevara y qué cobarde estoy siendo.

—¿Cuál sería el programa?

—No se trata de tener programas en las manos, sino simplemente manos, que lo demás se nos dará por añadidura.

—La gente no tiene idea de nada.

—Qué pedante estás siendo.

—Lo que sí descubro es que, a pesar de las notas cartesianas del principio, dije que pretendía relatar una experiencia de soledad y no estoy relatando nada.

—O a lo mejor escribir es la máxima experiencia de soledad.

—Cierto. A veces me paro pero sigo con las mismas ganas de escribir y a mano no tengo otras escapatorias.

—Pienso que escribir es otra manera, ya digo, es otra manera de soledad, porque hay que ver cómo pesa esta losa.

—Nadie tiene ni idea de lo que uno sufre desnudándose, el pobre erotismo escarbando en el estómago

los uniformes y la gente que desprecia las frentes despejadas nada más acabar el sueño)

La misma obsesión. Te has despertado con la misma obsesión. Tú lloras cada día por las mismas obsesiones. ¿No te parece que la droga sería un camino de condena más interesante? Pero tú, no, tú te alejas de los riesgos, de la vida peligrosa. Te alejas de todo. Salir ileso siempre, aunque herido y te fabricas una mentira piadosa, claro:

cada día herido para que sobre todo este dolor optimista se edifique algo que valga la pena, sobre el dolor la alegría, la rosa sobre la piedra, la piedra sobre la rosa, de nada nos valdría arrimar el hombro al hielo que se derrite solo y se balancea cuando lo sacas de su madriguera.

—Café con hielo, por favor. Masagrass. ¿Nunca has probado un masagrass? Es delicioso. Pruébalo, por favor. Camarero, otro masagrass.

De su madriguera.

Por la noche, a eso de la madrugada, noto que tengo un hueco en cada mano y hay que llenarlo y uno las manos y me siento

—Desde luego, cambiar masagrass por droga te va a resultar francamente difícil, aunque domine el insomnio transportado, rodeado de recuerdos y de posibilidades muertas, una sonrisa desesperada

—¿Vendrás a verme esta noche?

escribir rápidamente pero está tan lejos el papel, amontonado, en la otra habitación, esperando tus manos o tus ojos o tus dientes.

—Acaríciame, por favor. No, así no: así. Tienes las manos limpias esta noche. Da gusto sentirlas sobre la

frente. ¿Te vas a ir ya? Ya, siempre ya. Tus manos suaves parecen hulla blanca.

Y uno se olvida de las manos cuando hace el amor o cuando mira, las manos simples y tan complejas, los ojos hermanos, en sus órbitas y en sus pérdidas de la pequeñita felicidad fe acabada

—El gran humo de la tierra

o así

—Pero, antes, tras el masagras y los besos, podríamos caminar.

Nada tan importante como caminar, nada tan importante como caminar, nada tan importante como andar de un lado al otro del césped roto porque es así y en un momento determinado dar un salto, con un regocijo en el estómago, como si después del salto hubiera algo decisivo y grato, y lo que hay es otro escalón porque así es como tiene que ser. Y

—Tú caminas alto como una gacela marrón, tirando a beige, pero ¿crees que esta noche no nos pondremos de acuerdo para iniciar el beso? Espérame, de cualquier forma.

Y es a esta exacta hora plenamente abstracta cuando se empieza a conectar la emoción de las manos en el aire y los recuerdos a eso de la madrugada y se sabe muy bien que todo es un cimiento que reluce y nos rompe los tímpanos

—Derramaba lisura y al viento la lanzaba

con ruidos muy lejanos y sordos y es muy anormal que la anécdota pase por encima de lo fundamental

—¿Crees que tiene algo de valor esto que estoy haciendo para enterrarme en papel y palabras lúgubres

Pero así pasa siempre y lo único que tiene uno que hacer es pechar con el destino o guardarse mucho de señalar con el dedo a los cobardes porque ya a estas alturas

—Podrían echarme una mano, sin embargo, como quien no quiere la cosa, pero siempre es útil. Verás.

todos sabemos que los cobardes somos justamente nosotros, y si tenemos dolor de cabeza, insomnio, si necesitamos sonreír, si nos miramos con desconfian-

za en el espejo y si mentimos es porque paulatinamente vamos perdiendo una esperanza que nunca estuvo muy bien concretada.

—Las manos pentapétalas (Quasimodo Maccanti) rozan suavemente la alegría porque nos hemos quedado solos y el silencio irrompible se reduce a los suspiros.

—Ella quiere estar sola.

—¿Y a quién le ponemos el masagrass? Habrase visto estas manías de los jóvenes intelectuales de la izquierda que llevan los labios ladeados con indiferencia cósmica de la Universidad cínica.

—No hay quien entienda este maremagnum de palabras, cuando destrozamos la costra, de nuevo de madrugada y me comienzo a superponer y soy el que piensa, el que se piensa y el que ve al que piensa y al que se piensa.

—Astutamente hablando, podemos hacer notas de simulador (Severo Sarduy), pero las incalificables ganas de caminar que tengo dentro no me las quita ni dios

—O sí te las quita. Todo es un problema resumidísimo en el que el hombre poco tiene que responder porque le esperan el trabajo y el sudor frío innecesario, sin calor alguno, incomprensible su pérdida de tiempo mientras hay tantos papeles blancos sedientos de palabras y de prisa.

—Me has animado, chato. Habrase visto cuánta ilusión me está llenando los ojos, y cómo sueño en el futuro como si fuera algo indestructible, y en la boca otra boca, la despreocupación por el amor y hay más.

—Ya te entiendo.

—¿Por qué habré pedido entonces masagrass, por qué tendré dolor de cabeza y por qué espero compañía si tengo soledad si tengo ganas de soledad en los dedos?



Mientras tú piensas en las posibilidades que hay de pisar la alfombra sin hacerte demasiado daño, la calle se puebla y en otras habitaciones ocurren otras cosas que nada tienen que ver contigo. Y todo para comprobar que es tremendamente aburrido andar con gente.

(A veces, cuando enciendo un fósforo, salta el recuerdo con la chispa, y también me acuerdo de ti cuando lo apago y cuando te siento en otra habitación

«la imposibilidad de ser una persona como las demás quieren o imaginan a veces me apena, pero voy siendo capaz despacito de ser lo que yo quiero y alegre» escribiste

en otra habitación

«por qué los perros se muerden la cola y tienen necesidad de quitarse las pulgas, por qué los perros tienen cola, por qué sienten necesidad de quitarse las pulgas, por qué tienen pulgas» escribiste

en otra habitación, todos en otra habitación

«el mejor amigo de sí mismo, es muy grande; tan grande como su propia soledad. Por qué el perro está solo. El drama, la soledad del perro» escribiste

en otra habitación nada sucede en ninguna parte

—Es una soledad productiva, pero no mucho,

y comenzaste a desvariar, a aburrirte, a pensar en las seriedades innecesarias, en tu propia innecesariedad, en las cosas mal puestas, en la ropa sucia, en los objetos que te abruman, y pensaste en la importancia de los objetos y escribiste

en otra habitación tu suspiro que se escapa por la puerta  
nadie

—Vivir en el recuerdo

escribiste sobre un folio blanco, con letra redonda, como si no hubieras querido escribir, eso, sino quedarte solo y escribir, y escribir en solitario y relatar todas las abrumadoras acusaciones que pesan sobre ti y que en el fondo no son tan importantes pero te laceran

—El mejor método para evitar la compañía

escribiste

en otra habitación ni siquiera tú eras consciente de que yo

«perniciosa de estos parásitos

escribiste,

refiriéndote a las pulgas y a los perros, con una pena enorme por los perros y por las pulgas, cuando únicamente te decías esto a ti, mirándote al espejo y recogiendo el grano de tu tristeza lo único que puede llevarte a la pequeña alegría que nadie te va a regalar

—Qué cosa es la alegría

escribiste

en otra habitación hay que decir que ni falta

—Qué cosa tan tremenda y tan esperable

escri-

biste, escondiendo la oreja, como si lo hubieras querido decir, con la oreja oculta

—Qué cosa tan tremenda es también la tristeza,

escribiste como si le hubieras puesto cuernos a la tristeza, muy sinceramente, a pesar de que eran muy otras las cosas que te surcaban la mente y no salían a flote

—Esta es la lucha por no permanecer callado no diciendo no

confesaste, y ya todo fue un delirio de confesiones que terminó en el sueño

—Sueño eres y en polvo te convertirás

escribiste

en otra habitación se dejó de oír que tú respirabas para mí en otro tiempo se dejó de oír la vida en trance de dejarse de oír

Estuviste en un hospital para soldados y de aquella soledad inmensa sólo te queda una visión abstracta. Había una copa de coñac sangriento que no tenía nada que ver con el coñac sangriento de otras épocas en compañía. Había también un pañuelo y unas gafas como amuleto imprescindible, utilizable como se utiliza la sonrisa para salir del atasco, o como se cuentan los peldaños de una escalera y si has fallado vuelves atrás. Lo cierto es que todo se unía para ofrecer una sensación de soledad que antes no se había manifestado. Una sensación que atacaba a los labios, floridos y rescos, como una maceta vieja, y la boca del estómago algo miedosa de que esto fuera interminable, cuando está claro que nada es interminable, ni el amor, ni la cuna ni las rosas en el cementerio que nos espera a todos tan marchitos más tarde y siempre.

Vestidos con sus ropas de hospital, con sus gestos violentos, huyendo de la isla que eran ellos mismos a cada instante, con su nerviosismo cobarde, con su incertidumbre diaria, como la espera del cadalso, jugaban a pegarse con fuerza o simplemente se pegaban a la barra sin saber qué mano apoyar en el hombro del compañero, vestido también con una camisa gris y raída, hasta que el domingo llega y nos dejan utilizar nuestras propias camisas, para ir a oír misa etcétera y hay visita.

—No bebas tanta ginebra

te decían, porque tú bebías ginebra en vasos pequeños y sucios, desde las primeras horas de la mañana.

—De todos modos, nunca te cargas.

Y caminabas dicharachero, un poco padre de todos, distraiendo tu infinita soledad sin manos a las que asirse. En medio del patio te paraste alguna vez, el patio lleno de mosaicos azules repletos de dibujos antiguos, y un hombre con bata blanca que desde por la mañana lo fregaba con una fruición digna de la ceniza caída la tarde anterior, igual que cada día.

—Por qué habrá ojos tan tristes si el cielo es tan azul preguntaste alguna vez, mirando hacia arriba, hacia el rectángulo que nos dejan ver entre sus paredes largas, de cemento, azules o verdes, no recuerdas muy bien. Hay un muchacho de Tarragona que se queja de que su padre no lo entienda y se pasa todo el día de un lado al otro del patio contando quizá las baldosas, pensando quizá en su tierra.

—¿A qué te dedicas?

preguntabas, como sin querer, cuando caminas con él, al mismo ritmo loco que él.

—A la agricultura me dedico

te respondía con una voz finísima, hirierte, espectante, con aquella cara larga, colorada, bastante ausente de todo, este loco de Tarragona

—La región más cálida de España

te decía, y tú escuchabas solemnemente. Todo lo escuchabas solemnemente.

Te habías hecho bastante amigo de todos, aunque no puedes negar que te daba cierto miedo aquel loco que creía que los ruidos del fútbol eran los impactos de las balas que mataban a su padre en Valencia.

—Algo está pasando en Valencia, algo está pasando en mi casa

decía, y toreaba más tarde con un legionario que se entretenía en escribir las alineaciones posibles de la selección nacional de fútbol y del Club de Fútbol Barcelona, en una libreta azul cuadriculada, con una letra redonda con trazos muy fuertes, recortados, y el torero, él mismo aplaudía sus propias actuaciones. Estaban en el «submarino», abajo, junto a váteres malolientes, y tú mirabas, con cierta alegría, cierta indiferencia y cierto dolor porque la soledad

con toda esta gente nos da eso y mucho más y aquí el dolor en el estómago, la incertidumbre, el sentimiento de aniquilados que tenemos todos se recrudece, se institucionaliza y nos transforma en gente que simplemente espera y por lo general no espera cosas muy buenas.

El coñac, por la tarde y por la mañana, llegó a ser una costumbre insalvable, y todo se reducía a confiar en que el tiempo pasara efectivamente volando, desde el día en que subiste con tu pelo corto hacia el cuartel, conformado, con los hombros en la actitud más indolente de tu vida, y tu bolsa azul, una mañana espléndida, el sol cayendo a unos pasos de tus pies, en el mar. La concreción de los tópicos, y también es eso mentira, porque hubo un momento determinado, a los cuatro o a los cinco días de haber estado sonoramente encerrado, en que te habituaste a todo y ya casi te daba un calor insoportable la calle, cuando salías fugado después de muchas peripecias para volver a las nueva y media con el pijama bajo el brazo y una tristeza inconfesable. No acertaste a saber por qué.

Te volviste un poco masoquista. Especialmente a ti te llamaban el apático, porque te tenía indiferente incluso la posibilidad de salir ocasionalmente de aquellos uniformes que nada tenían que ver contigo, esa es la verdad. Pero lo aguantabas. Ninguno tenía conciencia exacta de lo absurdo que estaba siendo todo, un absurdo distinto al que más o más temprano fue a llenarte, siguiendo los viejos consejos de Julio Cortázar, ese muchachito que escribe tan bien. Un absurdo en paquetes de ropa sucia, como las limosnas, un absurdo cada día, bien alimentado por esa inconsciencia que te permitía levantarte para rezar el rosario, cuando una monja de voz nasal se decidía a abrir la boca para cantar alabanzas que te son tan ajenas como cada una de las motas de polvo que se alzaban de tu cama cuando la hacías con torpeza, con el pijama gris sobre tus hombros.

Mientras sonaba el rosario, contestabas con entusiasmo maquinalmente, en aquella sala inmensa, llena de camas (la noche anterior, más tarde, había muerto un hombre muy cerca de ti), una cocinita donde friegas tus platos cada

día, y un cuarto de baño bastante reducido para tanta gente. Y por fin desayunabas un café con leche agrio que no estaba mal y alguna loncha de jamón serrano que estaba bastante lleno de sebo.

Rara vez te tragabas todo aquello.

—¿Quieres «jalufo»?

le preguntaban a un soldado mahometano, de la legión, que no podía comer jamón. Había bromas pequeñas hasta que la gente se caía de sueño, después de jugar al dominó, a las cartas y al futbolín. ¿Qué era la nada en estos ojos? Por la mañana te notabas muy desganado y escribías metido en cualquiera de las salas de espera, rodeado de señoras esposas de militares, hijos de militares, militares retirados. El público que venía de la calle y era plenamente ajeno a todo esto. O te metías en el bar y pedías otra ginebra, extrañado de existir, alegre de existir para otro tiempo porque para este tú no sabías si era correcto o no estar alegre.

No hiciste el cuartel, por fin, pero te queda aquel gusto de soledad diferente. No hiciste el cuartel porque eras asmático.

Era un asmático tremendo, como Proust, y quería tanto a su madre como a sí mismo, cada madrugada soportando sus sofocos. Y él, en la cama, adoptando miles de posiciones diferentes, babeando, cadavérico, roto. Tapaban los espejos para que acabaran sus obsesiones cadavéricas y se sentía desfallecido, ligeramente muerto por la noche, cuando no había absolutamente nada que calmara su respiración. Leía frenéticamente y escribía con poco orden impresiones de las cosas que pasaban. En ese tiempo era demasiado arriesgado escribir sobre sí mismo. A veces lloraba con verdadero fervor, impotente ante tanto dolor como le atenazaba la garganta. Iba camino de convertirse en un folletín su biografía. Hubo madrugadas en que no dieron una perra por su vida, pero volvía inesperadamente a ella, rodeado de besos y de agua fría. Como despedidas y bienvenidas confundi-

das. Sentía, cuando se acababa la rápida agonía, como lo que sentía al aprobar un examen difícil, del que se saben absolutamente todas las preguntas, y dormía con cierto rictus de felicidad, esa felicidad del que se pierde por las calles y encuentra que por fin aparece su casa, con la radio vieja a un lado y como mil preguntas sobre lo que podría haber ocurrido si las cosas hubieran efectivamente acabado. No pasó una sola vez. Estuvo en ese borde mismo muchísimas veces. Lo bañaban con alcohol mientras duraban las largas convalecencias y recuerda que una vez lo metieron en un baño normal, de aluminio, el que servía para toda la familia, incluidos los abuelos y el resto de los hermanos de su padre, y por la noche nuevamente se sofocó y estuvo a punto de la nada hermosísima. Si aquello, aquella inconsciencia que rompía los jarros de agua, hubiera sido la muerte, la muerte no tendría ni color ni sabor. Nada. Ahora no sabe muy bien qué cosas pensó durante todo ese tiempo ni sabe muy exactamente cómo llevaba tanta hora estrecha, sin nada dentro. Recuerda que iban a jugar con él y que en las últimas etapas de su adolescencia, cuando se recrudecieron los ataques y casi se acostumbró a reducir su mundo a la espera de la radiación de los espacios del Zorro o a los sketches que Pedro Pablo Ayuso, Matilde Conesa y Matilde Vilariño transmitían desde Radio Madrid, de la Sociedad Española de Radiodifusión. Antes le habrían leído historias de Blasco Ibáñez y de Gabriel y Galán. La vida no caminaba siquiera despacio. No caminaba y él se conformó con su papel. Nunca hubo una gota de agua decisiva dentro de su cuerpo. Era normal, todavía no había saboreado plenamente el vacío. Se atemperaba todo durante algunos tiempos, cuando podía ir a clase, con la cabeza sin sangre alguna y sin ningún entusiasmo por demasiadas cosas. Cuando lo abandonaba ocasionalmente, no sentía ninguna pasión verdadera.



Aquel loco que se apretaba las sienes y repetía horriblemente:

—Mec, mec, mec, mec, mec, mec, mec, mec, mec,  
sobre los bancos amarillos de la sala de espera, mirando a todas partes, blanco como la leche, con la nariz puntiaguda

—Mec, mec,  
joven. Su hermano lo consolaba y le pedía que no siguiera molestando a los señores. Y contaba que se encerraba

—Mec, mec,  
en las sienes  
en su habitación y escribía en las paredes con las uñas

—Ahora está mucho mejor  
decía el hermano

—Mec, mec,  
algo horrible este otro tipo de soledad  
mientras tú escribes llano, como si redactaras  
anuncios

—El mundo no era nada del otro mundo  
y sentías deseos de filosofar, oh pequeño cobarde de los ojos pétreos

«Estoy: todo es más simple de lo que creí en un principio cuando era muy estrecho el horizonte que se ofrecía a mis ojos. A lo sumo, todo se reducía a comerme las palabras que me fabricaban y a hacer una literatura blanda y desangelada cuya principal

razón de ser era la pequeña espuela del amor que ni siquiera yo sabía sentir.

—Por qué estás hablando como si fueras una valla al borde de la carretera.

—Voy a decirte algo. Estoy muy asustado. Todo lo que me ocurre ahora es completamente nuevo. Tengo tus ojos muy dentro de mí pero no es esto, no. Creo que están fallando muchas cosas, pero ya estoy viendo más claro. Sé, sin embargo, que me resulta tremendamente difícil concretar esa claridad, porque todavía es sólo una claridad para andar por casa y defenderse.

—Lo esencial es que estás, y esos dos palmos de tierra te pertenecen a ti y eso es como la vida que está bien fuerte debajo de tus zapatos.

—Esas pequeñas confesiones me aburren.

—Es como un reflejo, porque a mí me aburre la gente. Las palabras, el amor pequeñito, la imposibilidad, la desconexión, la mentira, la huída. Cada día me aburren más cosas y creo que el día en que me empiecen a importar menos cosas me importarán cosas más importantes.

—Qué adolescente es todo eso.

—Ya hasta me deprime recurrir a los recuerdos.

—Sí, pero ¿qué sería de tu novela sin los recuerdos?

—Lo que no puede hacerse es escribir un diario absurdo diciendo que es una novela.

—Sí. Realmente tendrías que buscarle a todo esto otra estructuración. Olvidarte de todo y empezar la novela de una vez.

—Lo que me gustaría es quedarme esquemático en esta soledad edificante fabricada sólo a golpe de silencio y frío en las amígdalas. Creo que ya lo estoy logrando, aunque me imagino y sé positivamente que esto no es nada, pero ya digo que algo bueno se está fabricando cuando tengo la cabeza despejada.

—Esto no lo sé. Me aburre a veces y me levanto hacia el aire hasta que encuentro esa tibia sonrisa tierna que tanto se hace de rogar. No creo que haya nadie capaz de quitarme todas estas sensaciones que yo no sé explicar y me asustan.

—Oh cuántas cosas te asustan...

—Eso pasa porque me da la impresión de que todo corre el riesgo de enmohecérsese en el estómago, de romper un espejo, de agarrotárseme. Por eso tengo tanta prisa por empezar a escribir, porque me aburro con este mundo que se ha fabricado a mi alrededor; el alcohol, las palabras, los ruidos, los amores, las esperas, los noes, la tristeza cotidiana detrás de una ventanilla, el hombre que se rompe los dedos cogiendo las limosnas que oscilan entre las cuatro y las cuarenta mil pesetas al mes, las frentes arrugadas por tanto y tanto martillazo en la cabeza,

y aquel patio alto, desde el que se veía un rectángulo de cielo absurdo y nubes muy blancas, donde la soledad no tiene sentido ninguno, un pabellón para hombres solos

Un mundo que nadie sabe quién me construye.

—Por eso tienes tanta prisa.

—Sí: porque tengo que hacerme un mundo como si fueran zapatos dentro de los que mis pies tienen que caminar seguros hacia su destino, un destino que ha de ser indestructible.

—Fascista.

—Qué blando, sin embargo, qué blando está saliendo todo esto.



Y vuelta atrás. Entonces nos dimos cuenta de que todo lo que escribo son constantes superpuestas, los mismos deseos dichos con distintas palabras, igual agua con igual fórmula. Y las obsesiones son las mismas.

—Pero, eres un hipócrita absurdo: lo anuncias todo y nada dices. A pesar de todo, hay gente tierna que te sonrío.

—Y yo me pregunto, entonces, estúpido como tantos otros, para qué coño sirve la literatura. Aunque hay que tener en cuenta que la literatura no es tampoco una botella de coñac.

Qué desconfianza, servirá mi hombro para algo, cuándo acabar por la interjección parecerá innecesario innecesario decirlo pero acabo de recordarlo

una de las cosas que más me ha agradado decir en mi vida es que mis ojos son brillantes: los adjetivos blancos como una marina de Martín González, una marina y unas cañadas.

¿Será mejor dejar de escribir?

Qué pequeñas son las manos: abarcan exactamente tu sexo, tus senos, tu cara, sirven para todo. Qué grandes son las manos. Lo cierto es que para fabricar ese mundo nuevo tengo que destruir éste y eso sólo es posible escribiendo estas cosas blandas y nauseabundas. Concedámosles por lo menos el valor de servir de cimientos. Cimientos blandos.

Destruir, destruir. Ya está todo dicho, qué carajo

I de nit a casa, junts, escoltavem la música. Y de noche, en París, que París se nos haga de noche, con tu pelo por único anillo, de noche en París o al amanecer, cuando ya pudiera hablar de sus manos como las mías y todo sea ve-loz por aquellas calles nunca conocidas y sin embargo tan recordadas siempre, acompañado de unos ojos castaños os-curos con su pelo como único anillo, con tu pelo, de noche, tras haber oído la música o tras haber encogido la colcha de la cama para que el frío creciera de otra manera, para que el calor se metiera en su boca y besara infinitamente mejor cada mañana, al atardecer en París, o al mediodía, buscan-do debajo de los ojos las arrugas que poco a poco nos fueran haciendo viejos y no obstante hermosos nuestros gritos de paz al oído de los pájaros con el estómago lleno. Y de noche, en casa, no habrá nunca incertidumbre, la desazón de tener vacío el cerebro porque se ha completado el día y la noche se va haciendo sólida y el frío nos llama junto a la hoguera y son los ojos castaño oscuro la inmensa hoguera que me llama cansado de caminar en di-rección a esa puerta para encontrarme en definitiva con el estómago en el mismo lugar, sin una emoción que me tenga en cuenta, sin nada sin ningún los adverbios que te dominen en el fondo de cualquier vaso donde ni siquiera el amor ni siquiera importe, los sentimientos superados porque ya no tienes que luchar por ellos, porque todo acaba siendo tuyo, porque todo acabe siendo tuyo el hombre recogerá las redes y la guitarra y se echará a caminar y a reír por otros senderos los más ambiguos senderos del mundo donde el cansancio sea por fin algo puramente físico y llegues a la cama por impera-tivo de los pies y tu cabeza en su sitio con la esperanza bien puesta para que mañana se acerque a ti con la sonrisa que acabó sólo con el mutis del sueño poblado de logradadas estancias en el viejo mundo donde habita el olvido cierto y repetido como un mastodonte inmenso de nit a casa junts música para que los niños duerman jazz quizá y la jovencísima luz en lo alto del espejo contem-

plando como por la noche le haces caso a la radio y te duermes silenciosamente con el tecleteo dentro de tu espíritu pero tú tan descansado una mañana en París con la vida por delante y un ojo avizor caminante no hay camino puedes andar incluso por dentro de ti mismo serio y consecuente con tus propios golpes en la espalda y en la frente con los discos con las dedicatorias bien apuntadas en iniciales que luego no se iban a olvidar con el tiempo cansado de existir en el almanaque para ser odiado te preocupabas demasiado de ese viaje                   estabas continuamente viajando por dentro de la gente con tus ojos lúgubres cercados por miles de carceleros que te evitan la mirada y se pone rojo de odio el dedo que se levanta para decir no                   múltiples libros sobre la mesa ahora en francés escribíamos como corresponsales responsables de nosotros mismos correr tras el sable como corresponsales de nosotros mismos                   pero lo bello era entrar a las tres de la madrugada a cualquier bar con el propósito concreto de oír cualquier canción porque dentro de nosotros habitaba todavía esa notable ingenuidad que tanto y tanto nos ayudó a ladrar en las noches feroces del fascismo preconcebido y muerto por partenogénesis, leíamos como desenfrenados y niveos hombres, la mentira circundaba lejana y sola muchas de nuestras acciones y debo decirte que detrás de las ventanas hubo ojos que no nos miraron con el placer con el que nosotros mismos nos mirábamos y había cosas indudablemente que habíamos hecho generacionalmente mal y nos aburrimos también y los gritos de optimismo acababan quizá sólo rozada la sábana había dos tiempos en tu vida                   había muchos tiempos en tu vida había muchas vidas en tu vida mucha incertidumbre mucha nostalgia muchas ganas de poner tu cabeza bajo el ala y recordar tiempos absolutamente nuevos que no te llevaran al cotidiano masoquismo de tus tristezas como únicas habitantes de esta tierra suculenta y gris como un policía en acto de servicio y muerto por el joven toro que le quitó los cuernos al antiguo                   la lluvia no nos sirvió sino para acompañar la soledad sin importancia que nos parecía dar

sentido a los adoquines que pisábamos                      qué engañados  
estábamos por aquel entonces, qué mentiras nos ayu-  
daron a estar en pie

el tiempo fue breve en París se oye hablar muy alto en  
las esquinas no pregonar pescado no la gente no sé en qué  
piensa pero tú caminas silencioso con cierta sonrisa lejana  
en la exacta comisura de los labios una sonrisa disimulada  
pero cierta porque algo se espera que esté ocurriendo al  
fondo de la frontera donde termina la raya que nos divide  
mientras piensas esto el agua te limpia los ojos el agua  
siempre es vida

todos los ojos se te limpian todos los recuerdos de  
antiguas canciones te sirven por lo menos para que las co-  
misuras de los labios                      toute une éternité d'amour

nunca antes supe decir nada en francés                      nunca antes  
supiste nada de nada y ahora el agua te llena los ojos y tú  
miras observas te encuentras lejos hallas como la razón de  
mentiras anteriores estás lejos de todo lo que anteriormen-  
te te justificó no encuentras razón para entristecer el pa-  
norama de lo que ahora ocurre porque ahora porque antes  
qué cosas hubo

Desde siempre la mañana te vence                      Segmentos  
rotos dentro de los que ahora se encuentran se ponen pa-  
labras para hacer del arco una flecha o viceversa, noche,  
ahora que lo recuerdo he de decir que nunca te llevé a  
cenar. Almorzamos kilométricamente, almorzamos, me-  
rendamos, desayunamos, jugamos juntos pero nunca cena-  
mos, como si la noche, nunca cenamos fuera, a pesar de  
que muchas veces tus manos frieron huevos para mí  
cuando la gente era ya silencio, sueño y malestar felicidad  
pequeñita, dulce y desconocida. Eras una mujer sin noche  
tras los ojos porque para ti todo se desarrollaba de día,  
aunque de noche, más de una vez, juntando los dedos,

calentándote los pies con las rosas de tu chaleco, me leíste y estuviste conmigo, no sé si fuerte o levemente, pero estuviste y sonaba el teléfono cuando menos lo esperabas, o sí, y te pegabas a él como una holoturia se pega al dromedario de dos cabezas. Nunca saliste fuera a cenar conmigo, o sí saliste. Recuerdo que saliste una vez. Era sábado como siempre y yo tenía mi mirada en el bolsillo, enténdeme bien; no sé dónde podría estar el lugar para que surgiera todo, pero yo no miraba al bolsillo por otra razón que por una razón surrealista. Siempre hubo entre nosotros posibilidad de tener dinero, y palabras, millones de palabras a voleo que no hicieron nunca posible el aburrimiento, ni se agotaron los besos. Lo cierto es que todo se desarrollaba muy deprisa, aunque sí tengo que decir que nunca, nunca nos pobló la tristeza, esa sanguijuela absurda que se nos mete en los dedos y nos hace escribir folios y más folios hasta que una novela que sólo rezuma lágrimas se consolida ante nosotros y nos aburre como peces estereotipados en las peceras de la burguesía media. Tu ausencia, cuando tu ausencia se producía y no había teléfono que te localizara en ningún lugar de la tierra, me producía el mismo escozor

su ausencia te producía el mismo escozor que te producen ahora otras ausencias, como si algo faltara en tu estómago y es simplemente tu cobardía ante la posibilidad de endurecerte fuertemente, con las manos amartilladas, poniéndole cerco al amor y colocándolo en su sitio, al lado mismo de las posibilidades terrenas, que son pocas y tenemos que conocerlas para andar por la tierra con esa íntima seguridad física que nos empuje a otros caminos distintos a los caminos de siempre, aburridos y rectilíneos como el teléfono, como las llaves, como los coches, como todos los objetos que me cansan

como todos los objetos que te cansan, tu manía de personalizar, de descuidar el anonimato, de llegar a la confesión pública cuando sabes

cuando sé

cuando sabes que ningún público que no sea el absolutamente tuyo tiene derecho a oír esas confesiones larguísimas en las que terminas por no decir nada porque incluso tu distinguido público te da pavor y no eres capaz de contemplar el recuerdo de la única cena en la noche, sino que escondes el ala, recurres al narrador de la segunda persona y te rellenas de un surrealismo

me lleno de un surrealismo lícito, porque cuando yo hago surrealismo, cuando me marchó de la realidad y me vuelvo con un saco de sal al hombro, estoy ejecutando una canción lícita: no hay nada gratuito en la configuración de todas estas palabras, y, a veces, cuando estoy leyendo lo que antecede, me noto entendido, comprendido por mí mismo, y ese es un paso fundamental; las palabras están puestas en todo caso para dejar bien sentada mi posición de pleno desacuerdo con los objetos, con las frases, con las escrituras serias y rectilíneas.

En las que más de una vez

en las que caigo más de una vez, pero contra las que  
luchó, como si en esta lucha estuviera cifrado el objeto de  
mi existencia  
y no es eso

y no es eso, sino que ha de haber otros objetos mucho  
más concretos  
¿por qué no dices más abstractos?

¿por qué no decir más abstractos, porque al fin y al cabo  
así estaría más cerca de mis apetencias? No sé hasta qué  
punto uno tiene derecho a las abstracciones cotidianas  
como única forma de escritura, como única forma de mar-  
tirio, porque tener la boca cerrada

nes la boca cerrada

porque tie-

porque tener la boca cerrada resulta incómodo, improductivo y soberanamente triste, el hombre golpeándose en la calle y uno con sus abstracciones en medio de las cejas

y tú, con tus abstracciones en medio de las cejas, con tu homenaje diario a la cobardía, piensas en ese compañero que han detenido, al que le has hablado

y, por la mañana, cuando empiezas a levantarte, lo recuerdas y te da una congoja invisible, a pesar de lo cual te molesta que el café con leche no sepa como tú quisieras

mi compañero en la cárcel

tu compañero en la cárcel y tú con tus bellas historias de amor, con el recuerdo de la única cena en la noche, con tu literatura babeante, absurda, de un surrealismo tan pobre como las propias historias que quieres contar

y la única realidad obsesiva de mi compañero en la cárcel

y la única realidad obsesiva de tu compañero en la cárcel, con la soga definitivamente puesta al cuello, tú con tus pies calientes, con tu posibilidad de hacer lo que te salga de las narices, con tu descompromiso lacerante y con tu congoja de hace días buscando, eso sí, la razón de la congoja

buscando, eso sí, la razón de la congoja, y no te das cuenta dónde está la razón, en esa institucionalización de la cobardía que no va a ninguna parte porque ese compañero tuyo, con su bigote caído y despoblado, con pelo escaso, con su mirada absolutamente insegura, con su tristeza recortada en el aire, porque algo le falta y nunca pudo encontrarlo, con su estupidez simple, pero en la cárcel, mientras tú, con tu máquina de escribir absolutamente dócil, escribes más palabras sobre el aburridísimo tema del amor

y lo cierto es que te gustaría abandonarlo  
y lo cierto es que me gustaría abandonarlo, y meterte de lleno, valgan las paradojas, en política  
en política de verdad y cambiar el mundo, pero notas que tu compromiso no sale de tu cabeza, que tus cabreos se quedan en las primeras impresiones y nunca coges la azada y te pones a cultivar la tierra con otros hombres, hombres he dicho, para recoger siquiera el fruto de un hombre fuera de la cárcel

un hombre fuera de la cárcel, qué impresiones terribles

las terribles y babeantes impresiones que te vienen a la memoria

—Somos unos impostores, unos cabrones

pero seguía el  
coche surcando las mismas luces de todas las noches, y el conflicto no acababa, pero tú seguías dándole a la máquina cargada de recuerdos que no van a ninguna parte, de teorías sacadas de la nada, porque tu

porque mi vida hasta el momento es una absoluta nada recortada, hecha pedazos

qué gracia me hace tu espontáneo arrepentimiento, tu arrepentimiento de andar por casa, de andar por la calle sin rumbo fijo que necesitas tener

¿y el surrealismo, y el surrealismo?

el surrealismo en el bolsillo, sin el rumbo fijo que necesitas tener, con los ojos fijos en esta única realidad terrible: hay policía en todas las esquinas, todos están detrás de tu cabeza, todos suspiran por tener tu cabeza entre sus manos porque tú tienes en los ojos las ganas de expresar todo lo que quieres expresar y la cobardía, el miedo, la paranoia, el acato, te imposibilitan decirlo. Están esos policías y está también la gente que te cerca y te pone el NO delante de la cara para que tú, muchacho, no camines más que ya has caminado

¿cómo rebelarme, cómo rebelarme?

con cobardía no, desde luego

oh qué terribles impresiones

de nuevo por la mañana, esa imagen sudorosa del compañero soñado muerto, la policía alrededor, y esta gente, que es como tú, que son todos como tú, rodeando al pueblo y amordazándolo con espinas doradas, y tú sientes necesidad de decir por qué, mientras te preparan el café con leche y te quejas de que esté frío, la imagen sudorosa del compañero y tú rascándote la nariz porque a ningún sitio va tu voz porque, claro, tu voz nada dice, sólo nos habla de la única cena de la noche, y él estará echado sobre el suelo, arrepintiéndose de no haber soportado

todos los golpes del mundo sin decir una sola palabra, con el arrepentimiento sobre los huesos, pero tu arrepentimiento literario es mucho más lacerante

ayer los carteles

ayer, los carteles que viste en la Universidad, donde llamaban gorilas a unos y gorilas a otros te pusieron la boca sedienta, te pusieron los testículos arrugados y te cabrearón sonoramente. Y pensaste, como siempre piensas

—¿Yo qué hago?

y lo único que hiciste fue seguir haciendo tus informaciones pulcras y bienintencionadas, con tu vida de periodista, de intelectual regimentado y absurdo, a las diez menos cuarto medio loco, pero nada, los carteles siguieron allí y ni se te ocurrió, como hacen los voluntarios de la Cruz Roja, preguntar en voz alta sobre lo que podrías hacer

la gente miraba con las manos  
en los bolsillos

la gente miraba con las manos en los bolsillos, ante los ocho carteles numerados que narraban la historia de la detención, una noche, casi de madrugada, ocurrió que llegamos a la casa del detenido, se lo llevó a la comisaría etcétera y narraban la situación de los tribunales de orden público y «un coto de caza con esta falta de piezas se define por sí solo»

tú te pusiste lívido y te justificaste viendo a la gente con las manos en los bolsillos o sosteniendo los libros o recordando citas, antiguas citas, rojas citas, absurdas citas que iban amorosamente a satisfacer siquiera la voz, te justificaste como llevas haciendo miles de siglos, con la voz entrecortada, temeroso, con tu mala conciencia de

proletario impostor sobre la nariz, en el exacto lugar en el que comienza el pensamiento

pero, pensé que yo sólo

y todos pensaron que ellos solos y las olas siguieron caminando rectas hasta el final, y nada se va a arreglar si esto continúa como ahora está establecido, si tú sigues con las manos en los bolsilos, o sobre los hombros de cualquier muchacha que te jure, que os juren amor eterno, amor en un ataúd eterno y tú las acompañarás hasta sus casas altas o bajas, siempre te dará igual, porque de alguna manera tendrás que seguir justificando tus pérdidas de tiempo, y dentro de dos años, desde el desamor nuevamente, hablarás de la única vez

de la única vez que cenamos juntos en la calle

todo tu amor será ya una piedra indestructible, toda su cobardía, todas tus voces interiores que no salen a la calle porque no estaría, ya sabes, cobardica, porque no estaría bien, se haría piedra en tu garganta y llegará un momento en que te sientas mudo, cuando la próxima generación sea ya lo suficientemente terrible como para escupirte a la cara, pero si las cosas siguen como tú y todos los que ven los carteles con las manos en los bolsillos están dejando que sigan, no habrá próxima generación sino la vieja generación que sólo cenó fuera una noche con su amor

oh cuánto asco para tu cara

antes de poner un pie en el suelo mira si está la alfombra

Delicioso saber que se ha escrito:

«Decir que escribió autobiografías apenas veladas sería un cliché,

pero sería la verdad. Muy raras veces trató de inventar personajes, pero no sabía lo bastante acerca de ningún otro ser humano como para hacerlo; éste, dicho sea de paso, es el» etcétera

delicioso haber leído que nadie ha inventado nada y que todo parte de nosotros para volver a nosotros y traernos las viejas sensaciones que hemos sentido en otro tiempo, quizá al mismo tiempo que otros autobiógrafos las van sintiendo y las van metiendo en un cajón porque los libros están esperando en los horribles y cariñosos tórculos que nadie nos va a creer, digo yo que es tarde

asquerosamente delicioso

Al fin y al cabo, aquel viaje ni fue a París ni fue importante. Se redujo a una carta premonitoria que luego se cumplió definitivamente. Una carta:

Te irás con los pasos lentos. Yo estaré aquí, en la ribera del aeropuerto, pegado al cristal, sombrío, con un par de lágrimas en los ojos y la congoja infinita, una congoja infinita. Te irás muy despacio con la bufanda roja y gris al cuello, con la misma mirada de todas las mañanas, te irás con los mismos dedos fríos y con una ternura absoluta en los ojos, y tu pelo cayendo sobre los hombros, ligeramente, tu abrigo marrón a las espaldas, el bolso en la mano y la madrugada doliéndote en los pies. Te irás dulcemente, con la bolsa del viaje, un tocadiscos o un magnetofón, tu máquina de escribir, miles de memorias y un pie adelante, otro atrás, caminarás hasta que ya todo este cristal sombrío sea tan borroso como el recuerdo que te habita. Te irás con los pies llenos de la misma tierra que ahora piso, la tierra que nos comunica y que tras tres pasos en el nuevo aeropuerto de la llegada se borrará de ti como también se borran los recuerdos que no son otra cosa que una foto rota en el innominado cubo de la basura de cualquier casa de enamo-

rados perdidos para la causa del amor. Te irás y saludarás a tu nueva gente; meterás chocolate en los bolsillos y mirarás bien si te has atado las botas como es conveniente. Yo estaré tras ese cristal, notando un vacío en mi mano, un aliento que se pierde fuera de mis labios y no va a ninguna parte porque tú te estás alejando porque lo que fue futuro ya es presente absoluto en medio de las sienes. ¿Qué hacer con las manos?, ¿dónde meter la sonrisa que nadie como tú podrá recoger nunca?, ¿cómo seguir caminando sin mirar a un lado?, y llegarás al nuevo aeropuerto de la llegada, y darás los tres primeros pasos y quizá veas que mi mirada te asalta, a la altura exacta de la nuca. Pero seguirás caminando porque te estás yendo como la foto rota en medio de una casa húmeda. Un recuerdo que no tiene esquinas porque se ha roto por el mismo centro. Te irás. Cruzarás esta puerta en la que yo me apoyo con la cabeza, el cristal frío, te irás por esta puerta que ahora parece que yo sólo puedo dominar, pero llegará la azafata y será capaz de quitarme la cabeza de la puerta y será la hora en punto de tu marcha. Entre pañuelos nuevos para tu huida y tus pequeñas lágrimas de granito que nunca van a ser más sólidas que mi desazón. O sí. Te irás con los pasos lentos, martirizando los talones, estableciendo minuto a minuto las causas del abandono, dejando atrás las luces amarillas y torpes del aeropuerto de la huida, con el pelo rebelde sobre los hombros, te irás como todo el mundo se va, caminando, y tus talones martirizados te mirarán a la cara cuando ya en el avión no sea precisa la bufanda gris perla, con trozos rojos o al revés, sabes qué poco me importan los objetos, y tu bolso amarillo y rojo tan ilusionado en tus manos, y tus manos y yo aguantándolo para que por fin te pongas el abrigo gris, a trozos negros, muy débiles los trozos negros, y el frío de la pista no te invada, mientras a mí me entra una lágrima quizá un martillo por un ojo. Te irás como un caballo galopando en la noche, en sueños un caballo galopando. Hoppalong Cassidy. Llegarás con tus chocolates en el bolsillo derecho del abrigo que te ayudé a poner, con lo mal que te sienta al estómago el cho-

colate, con lo mal que te sienta. El cristal seguirá en su sitio y tú habrás caminado definitivamente hasta la escalerilla y la azafata te habrá dicho

—Buenos días

y tu contestación nunca se sabrá muy bien si fue un gruñido o una sonrisa acabada de nacer, y el cristal nunca sabrá que yo apoyé mi cabeza en su frío y que a través de él te vi por última vez, al cabo de la huida, no se enterará de nada el cristal y yo me quedaré aquí, en espera de que amanezca. Nunca sabrás cuánto daño te hace el chocolate, y sin embargo todavía en Madrid, vaya por Dios, salió la ciudad, todavía en Madrid, pensarás en comértelo antes que nada, antes de que entres en un bar caluroso donde despachan una ensaladilla horrible y sin embargo el pan es muy bueno y la cerveza deja bastante que desear.

Llegar. Pero, mientras tanto, para todos los que nos quedamos aquí, para el que está tras el cristal, carcomido por la rabia de no tener alas enormes y rígidas con las que volar suavemente, no existirá sino el recuerdo del chocolate fresco al llegar al aeropuerto de llegada. A media altura, a mitad de camino, alzarás la vista y las nubes se te meterán en los ojos y recordarás todas las viejas palabras que surcaron tus labios algún día y tendrás la misma sonrisa de autocompasión que quedó aquí, tras el cristal, para quien ha roto una lanza de fuego rojo. El reloj seguirá sonando con los mismos punteros en su sitio y ya ni la escritura soportará los mismos recuerdos amontonados que soportó el cristal, sobre todo considerando que el cristal se muere y se llevará consigo toda la experiencia de un minuto de mirada intensa, en busca de tus ojos que se perdían como tantas veces se perdieron detrás de la puerta de tu casa. Tú, con tu bufanda y tu bolsa de viaje, en camino, marchando tras el avión que no se te va a escapar porque caminas con pasos lentos, con el chocolate en el bolsillo y con una foto rota, quizá rota y ningunas ganas de llorar, a pesar de que por encima de tu cabeza pasan algunas pesadillas y es po-

sible el reencuentro aunque no creo que las fotos puedan volver a unirse, ni se unirán jamás, eso está claro.

Una foto rota. Eres el recuerdo de una foto rota. Y el vaho en el cristal, esperando a que el avión despegue, con la mente en blanco, sin oír voces ni gritos ni ruidos ni pancartas, la mente en blanco porque las cosas se te han escapado y no sabes efectivamente qué meter en tus manos. No sabes qué meter en tus manos. Un vacío y sin embargo sé cuántos recuerdos se han de ir contigo para no volver jamás a mí porque en este tiempo que todavía no empieza van a ocurrir todas las cosas que tienen que ocurrir porque no es normal que desde por la mañana me duela la garganta, que haya fiebre en mi cabeza, que me duelan las rodillas, que me sienta tan absurdamente petrificado tras este cristal que todavía no ha sido testigo de tu marcha pero ya es historia para mí y nadie nos va a engañar si la historia nos dice que será verdad tu huida, si te vas a ir con el viento fresco de la mañana, y no voy a tener siquiera el privilegio de mirar avanzar con pasos lentos a través de la pista con tu bufanda gris perla con trozos rojos y tu bolso donde tanta esperanza se habrá metido desde el día en que pusiste un transistor para decir que la muerte de la tristeza era inminente. Pero, ahora mismo no se sabe muy bien si la alegría va a abdicar

Abdicar

Ni el privilegio de mirarte a los ojos, pero quizá a los tres pasos ya pienses en el espejo que ha quedado atrás, en las miradas atentas al viejo cinemascopio arrugado como el recuerdo de las fotos rotas.

Y llegarás.

Besarás las mejillas de los tuyos, caminarás indolentemente por las nuevas ciudades que se ofrezcan a tu paso con sus acueductos y sus famosas catedrales, caminarás despacio y ahuyentarás de ti las moscas que inevitablemente van a pinchar las ruedas de los coches, al tercer paso, lle-

garás y entregarás tu magnetofón y hablarás de tu tierra, de la sal, del petróleo y también te referirás muy ligeramente a lo que es posible que se haga por la noche, aunque probablemente te sentirás cansada y estimarás conveniente conectarte por teléfono con quienes quedaron con la conciencia de volverte a ver en otro tiempo, pero a lo mejor tampoco piensas en esto, y te tiendes en una cama, con tu pasamontaña en la mano y el chocolate que se te derrite porque en la habitación hay calefacción porque, si no, cómo vamos a vivir.

Hablarás de cosas muy graves y almorzarás o cenarás o merenderás o girarás tu vista hasta que te encuentras que todo te lo sabes de memoria y llegas a pensar, vete a saber si no, en el tercer paso, en las posibles huidas, en la nada, en las noches viejas metidas en sacos de pita, en bailar por la noche, en la gripe sin tiempo ni lugar, en el llanto precoz, en la imposibilidad de llorar, o quizá duermas.

Todo sucedió de aquella manera: es más, te enamoraste.

El viaje fue rápido, no te quejarás. El viaje desde tus pies a tu cabeza fue rápido y pudiste acelerar el paso porque nada te pudo detener. No hubo que ejercitar nada contrario a la cobardía porque ese estado tan natural en ti siguió siendo el estado más natural a pesar de que tus actos parecían estar lejos de esa manía habitual de poner las cosas en el sitio en el que las cosas querían estar. Los poetas llegaron a su hora y recibieron las viandas que tus amigos los otros poetas les ofrecieron en la mesa pulimentada de la isla. El viaje resultaba muy rápido. De arriba abajo, te estabas olvidando demasiado deprisa de las convenciones enormes que iban a alimentar la historia que se tenía preparada: banquetes, honor, palabras y un poco de coñac para terminar con todo, pero tú optaste por el anís, sólo por contradecir o no contradecir, sino para mantener en tu exacto sitio las hombreras de tu chaqueta. Te gustó

el cielo, pero eso no era todo. Tú necesitabas de otra lluvia para pintar tus ojos, tú precisabas otro camino para adiestrar tus pies, tú necesitabas dejar la isla, tú debías poner el primer pie en el estribo. Tú pedías algo que nunca se te pudo ofrecer ni siquiera en la madrugada y andabas solo con el frío al hombro, en espera de encontrarte si acaso con una esquina que hablara.

Tenías los dedos en mal estado, poblados de reportajes absurdos, de palabras cóncavas, de retorcimientos que a nadie satisfacían, de lúgubres ensañamientos teóricos sobre tu función en la tierra, de preguntas y más preguntas para acabar agotado ya en el mismo mediodía, en espera siempre de una mejilla que acariciar de un fuerte vapuleo frente a una mesa verde donde te preparaban un almuerzo absurdo que comías con la misma desgana propia del más ilustre de los tuberculosos: Bécquer. Nada, ni la merienda interminable en compañía de los ojos que te asustaban tras las ventanas de las viejas tórtolas de la ciudad, ni el azul de un cielo destrozado por los truenos y con los rayos en consonancia con tu espíritu truculento de aquellos años, pudo darte de comer las tardes en que pasaste más hambre. Te preguntaste, reiteraste una pregunta viejísima sobre tu condición de hombre sur la terre, abandonaste cualquier preocupación y recuerdas que poblaste algún rincón de múltiples salas de baile donde el aburrimiento estaba atemperado por el sudor y por la música. Fue entonces cuando creíste enamorarte varias veces, y siempre fue una sensación distinta, y al parecer sincera. Ahora mismo no sería lícito que miraras con ojos cínicos el tiempo pasado porque a medida que las palabras pasan el tiempo se convierte en nuevo y se pone sobre el florero desgastado el antiguo clavel de la melancolía y todos nos vamos a joder con esa pena en el estómago que además no sirve para nada.

El viento suena fuerte en la casa que ocupas dentro de la isla pulimentada. No debías beber ni siquiera anís. No deberías caminar tan indeciso con tus convicciones a lo

largo de millones de aceras que nunca te esperaron tan poco, y esos ojos castaño oscuro, con agua o sin ella, con esperanza o sin ella, esos ojos en el fondo de todos los vasos donde intentas ver de alguna manera tu aburrimiento.

la verdad es que todo lo que estás escribiendo es una absurda majadería.

Pensaste en las huídas, cierto.

No te dejarán.

No te dejarán aunque arrugues el entrecejo y te entregues la verdad como un desesperado. Te necesitan mentiroso y amordazado, con temblor en las piernas y con escasas ganas de comer. No te dejarán. Te necesitan tiritando de frío y de miedo porque sólo de esa manera van a justificar su existencia. Te mirarán con los ojos sádicos, cínicamente te han de mirar y te han de tapar la boca con lo que siempre se han tapado las bocas de los hombres, desde Galileo y mucho antes. Tú justificas todo lo que les está pasando por la mente y justificas también su deseo incontenible de sangre porque ya sabes que el miedo se manifiesta de diversas maneras y ellos, querido, tienen el visceral miedo de quienes son injustos a diario, y se levantan ya haciendo profesión de fe en la injusticia que practican.

No te dejarán.

No te dejarán porque, despacio, poco a poco, te van a quitar las alas que podrían ser tus leves ilusiones, las pequeñas ilusiones que van quedando de generación en generación, las escasas ilusiones todavía sin marchitar, con flores en la boca, o por lo menos con esperanza de que haya flores en la boca.

No te van a dejar, no te van a dejar.

Te necesitan solemnemente, te van a preguntar solemnidades y seguirán siendo propietarios de tu boca, de tus

pequeñas ilusiones, que brotarán cuando ellos quieran que broten tus ilusiones, cuando ya sean tan poco importantes esas esperanzas que ni siquiera les interese que sigan sepultadas. Habrán oídos escuchando los ruidos que se te formen en la cabeza porque, después de que esas ilusiones hayan dejado de ser importantes, habrá investigaciones muy profundas para saber a ciencia cierta si se te están ocurriendo algunas cosas más, como por ejemplo cambiar el color de los zapatos o las sillas de lugar. No te dejarán, a pesar de sus sonrisas en los cócteles de las llegadas de los altos representantes y de sus ligeros aires de liviandad cuando los tienes frente a frente y no están reunidos en su inmenso cóncave mentiroso, con sus guiños de ojos afrentosos, con sus caras todas iguales, retratándote con los ojos, sin siquiera quererlo, sólo por oficio, siempre te mirarán con ojos de oficio.

Nadie entenderá que en ese momento no sólo tienes ganas de llorar de miedo.

No te dejarán.

No te dejarán siquiera acercarte a los pies sucios de cualquier muchacho para lavárselos y refrescarle la cabeza porque pasado mañana mismo van a prohibir que se ame, van a prohibir también las manifestaciones de amor, y la fuerza te entrará por la boca para que te calles de una vez por si acaso simplemente estás diciendo amén, que será lo más fácil para todos los cobardes que, como tú, descubran en un momento determinado que hay que estar por encima del llanto y retratarse en la memoria de quienes reciben nuestros escupitajos, porque llegará la hora en que todo va a acabar y será necesario escupir con mucha fuerza, con más fuerza.

Por lo menos, en calzoncillos, sin libertad, al aire viciado  
de la calle.



Todo es efímero, pensaste. ¿Para qué levantarme, entonces?, dijiste. Todo es efímero como el canto del gallo. La conciencia de lo efímero te azota. ¿Para qué poblar la alfombra, para qué? Pero, anoche: agudas notas musicales que se te meten hasta el centro de los huesos. Una sala de fiestas que te envuelve. Acobardado porque todo lo que pasa posiblemente se olvida. Mientras, suena el tocadiscos. Un beso en un oído. Sonrisa cómplice con quien tampoco te ama pero también sabe que todo esto es un juego efímero canto de gallo

Te encuentras con que al cabo del tiempo eres padre de un niño. Tú escribes porque no sabes hacer otra cosa e incluso esa la desconoces. Se ríe largamente de un lado a otro de la casa, absolutamente libre, tan gratamente absorto en sus correrías y en la relación absurda de números que él tampoco entiende pero sabe lo que son, haciéndote alegre la mirada durante todo el rato, viendo los aviones, confundiendo su ruido con el de los trenes, hablando de las uvas que ha visto en la casa, recordando que también ha visto gente, caminando con los pies bien unidos para no perderse, haciendo frecuentes consideraciones sobre la propiedad de los objetos y finalmente llevándose el pollo de juguete que te hubiera gustado tener en tus manos.

Cómo terminará todo esto

—Las cosas andan mal  
—¿Qué es lo que ha pasado en la Universidad?  
un beso en la mejilla

—¿Y por qué razón esos chicos salieron a la calle?

—Para cantar.

—¿Por qué los detuvieron?

—La televisión no dice nada, claro, ni la radio.

—Tú no hagas nada.

—Te he traído unos escapularios.

—Bueno.

—No me digas eso.

—Estate callado.

—Yo no sé.

—Yo que estaba tan tranquila sabiendo que lo de las guaguas había terminado yo que estaba tan tranquila, y ahora viene ese dichoso consejo de guerra en burgos

—Te estás olvidando de tomarte las vitaminas

—Y tu padre decía que por qué te habían permitido salir con un ojo solo en la prensa, y que por qué no has hecho otras preguntas.

—¿Y qué preguntas, dijo, qué preguntas?

—Estas preguntas en vez de esas otras, estaba obsesionado con las preguntas y quería saber qué estabas haciendo, y también vio tu foto

lo que hay que hacer es mantener la vida sinceramente

—Cuiden al niño que yo me voy huyendo de aquí

¿Y para qué me levanto, si dentro de cuatro o más horas todo vuelve a su terreno primitivo? Esto es lo terrible. Lo verdaderamente terrible es lo cíclico que es todo esto, estas piedras de amianto que se te meten en los ojos y no te queda otro remedio que mirar hacia adelante y ver los zapatos puntiagudos, con los cordones desabrochados, y con las hilachas muertas como las naturalezas, mientras estás sentado y contento, con tu «cointreau» a mano y tu estufa y tus recuerdos y la gente que te ha visitado y los besos que no has dado y ya van dos días sin besar ni poner los pies en la alfombra y los papeles se multiplican para tu desgracia y el médico en la puerta, el timbre que no funciona y la basura que has dejado en la calle

—Métanse con él, métanse con él

las teorías en el recuerdo

—Me llevo bien aunque es un poco marxistoide

Un día grité                      para qué mentirle a la gente si yo sé que no es bueno casi nada,                      escribir en cablegrama                      pero lo que estaba claro es que yo quería gritar que tú te habías alejado y nada nos quedaba en el bolsillo                      los pájaros se fueron muriendo de soledad, la soledad se les metió en los intersticios de las plumas y fueron muriendo porque era lógico.

Esto ya no lo paraba

ni dios, lo asesinaron

Los pájaros eran tan frágiles como el débil recuerdo de todos los pasados perfectos que recorrieron nuestra me-

moria para hacernos la pascua y volvernos flacos como una flor disecada en la botella de agua que pusimos para colocar en ella una flor que también murió de gripe. Se nos iban todos los objetos, y cuando los veíamos en la basura, con frío y miedo de ser quemados nos entraba una tímida ternura que luego acallaba el brutal ruido de la radio anunciándonos que peret nos esperaba por la noche

o venía la huida o algo ocurría en el mundo sin que orson welles se enterase. Nueva York siguió paralizada. Por lo que el aburrimiento, a pesar de los objetos muertos, de los pájaros, de las flores, de las botellas y de la radio, el aburrimiento seguía sin aparecer por entre los dientes de los peines que usabas para hacer de tu pelo una bandera

oh cursilería del recuerdo que traicionas, como cartas de amor a media tarde, cuando nada se puede hacer sin que nos entre en la garganta y una implorante necesidad de llorar que luego va a terminar porque hasta el silencio acaba y a veces los domingos estábamos callados sobre estas sillas rojas, horas y años sentados y solos y silenciosos y mustios pero en un momento determinado un objeto volvía a vivir y se nos tiraba a los ojos y nos mordía en la garganta, ni más ni menos, con una picazón extraña y salíamos a la calle con un paraguas y una gabardina robada en el rastro, qué coño en el rastro si luego nos vimos en Madrid y era mucho más tarde y esta novela del recuerdo que lo mata todo se estaba comenzando a cocer

tú escribiste canciones prohibidas que se cantaron en los paraninfos y recordabas a William Blake hablando de la justicia de los jóvenes y del sórdido mundo de los mayores. Te empezó a interesar la contracultura y más bien te quedaste desamparado porque nada te satisfizo nunca demasiado. Canciones como éstas, referidas a la situación de tus pies, inspirada en tantas canciones del mismo corte, un poco forzada, verás, recuerda antes de conocer la alfombra, pisa bien:

No hay agua para los surcos  
ni tierra donde sembrar.  
Vivimos en paz, señores,  
qué triste es vivir en paz.  
No hay caminos para andar  
ni esperanza en los senderos.  
Tampoco hay libertad  
para decir lo que quiero.  
Vivimos en paz, señores,  
qué triste es vivir en paz.  
Hay miedo en todas las voces  
y, en las esquinas, tinieblas.  
El pasado no conoce que  
nuestras verdades tiemblan.  
Necesitamos decir  
que ya han muerto las estrellas.

Y te quedabas tan satisfecho como si hubieras roto el mundo en seis días y dijo que era bueno.

O escribiste canciones de amor para una extranjera perfecta que hallaste cualquier noche en una playa del sur de la isla, cuando te tendías a mirar cómo se acababan los peces de alta mar, dándose de bruces contra la orilla.

Oh lady Mac Hondo bellos bucles tuviste y por fin terminaste en el fondo del vaso, donde no hubo raza ni hubo color, nunca saliste perdida de amor oh lady poema cuentista industrial, dónde tus opacos ojos de metal; oh lady Ragazza avec la pistola, recorre las sienes de tu amado esposo, recubre su cara con secretas losas de turbio esplendor; oh Lady Madonna, bella señorita, recuerda tus lazos, aquellos que unieron las largas esperas, allí donde lazos, aquellos que unieron las largas esperas, allí la ribera, dónde acaba todo, dónde acabo yo. Oh lady Canción siempre enamorada, para qué luchaste contra la mortaja, por qué suicidaste tu gusto de amar, por qué me mentiste

Sobre tu cabeza se yergue una yerba y entre tus dedos aparece Dios. Nunca hubo razón para no creerte, oh lady

Muchacha, el azar se viste: zapatos muy rojos, medias de granito, faldas sin color, oh lady Silencio, dime una palabra, sacude tu voz, dime una palabra, oh lady Palabras

el odio se viste de frac por la noche y por la mañana le recibe en casa el aburrimiento para dar juntos un paseo a través del Parque García Sanabria, donde, a lo sumo, más que Lady Palabras, esperaba Lady Hastío con sus rosas rojas ya amarillas de esperar durante tanto rato que acabara la colecta. Ni siquiera un mono se levantó para mirarlos cuando ya las manos se confundían en el fondo de sus pechos o en medio de los cabellos de Lady Odio y mister Aburrimiento. Pidieron por fin asilo político en el Teide, el monte absurdo que cantó tu compadre Breton y que tantos quebraderos de cabeza da con sus fogatas a los absurdos panegiristas del narciso inmenso que es esta pequeña isla.

Pero nada de esto importó porque tú tenías una catapulta para París vía Barcelona, de donde era aquella carta, y efectivamente poco más tarde te fuiste y caminaste por sitios que tenías en el recuerdo hasta que cruzaste no recuerdas qué frontera y tuviste en los pies la misma sensación que siempre tuviste antes cuando andaste enamorado. A las tres de la tarde te sentabas a la máquina y te olvidabas de que después de comer ni una letra leer, pero por ese tiempo comer era una simple frase porque caminabas con tus pies cortados y más ágiles que nunca sobre diez mil nubes de polvo en espera de que a las cuatro ya tendrías terminada tu labor y volverías a la calle donde te esperaba el mejor frío del mundo, por lo menos el más libre

escribiste muchas ligeras palabras o pesadas palabras o palabras en una libreta pequeñísima que luego naturalmente perdiste pero no

Pero no se puso de acuerdo el Odio con el Aburrimiento ni las rosas dieron en el Parque aquel antiguo olor a

olvidadas que siempre dieron olores de tal fruto de tal suerte de tal amor nunca se pusieron acordadas las rosas valientemente empuñando el puñal del suicidio último como si del suicidio último como sí como si no

acentuados los últimos párrafos de la novela contemos las palabras para que ninguna se escape y nos coja el toro y nos coja desprevenidos para qué tomar las de villadiego villadiego de torres villarrohel hermosas haches intercaladas comiéndose los respectivos abismos del poema como una embolia cerebral que se va haciendo realidad dentro de las páginas de la novela que se resiste a ser bien parida como una naranja que sucumbe ante el grito veloz e incandescente dentro del hotel sin más sin más carnet que tus propios dientes diciendo tópico tras tópico hasta llegar a la cama como cosa necesaria como canto múltiple cernido sobre el silencio que pobló cartas queridísimas al país hueco donde si el amor se cocía otros lo comían invertebrado a pesar de ser el único fabricante del amor de todos los contornos que rodeaban tu casa o no la rodeaban simplemente taponaban cualquier salida a la superficie cualquier emergencia cualquier persona podía haber sentido las mismas cosas o cambiar sames words con los habitantes de todas las esquinas que se sucedían una tras otra para acabar finalmente en el único destino que imposibilita un estudio serio de lo geográfico para que el amor llegue a ser sexogeográfico, superados los últimos períodos de desidia y de reproche de actuaciones pasadas que poco tenían que ver con España o con las leyes gravitables que sucumbían sin más ni más a los ni más ni menos del sueño que se te metió entre clavija y clavija del teléfono mientras guardabas cama o criabas ovejas para sacarlas a pasear al atardecer corderitos que hacían posible el sueño o la llegada incruenta de cualquier borracho que te hiciera superar o suprema o risible la nada viscosa que te acompañaría ya dices a la cama para que el espejo se apagara o se apague o siga en pie pero igual que el amor olvidado en un

rincón viejo y oscuro de donde nacen las centellas o de donde se frecuentan los improductivos night clubs por donde paseaste tu barba sin que se pudiera divertir desde otra posición que desde la posición de la melancolía negro sentimiento como su misma palabra lo dice eran como unos avisos allí donde empiezan los ojos y nunca atendiste a esos avisos no era el pelo el cansancio nunca pudiste saber qué cosas ocurrían dentro de tu cuerpo porque siempre estuviste bastante ajeno a tu cuerpo o, quizá, sí lo sabía el del espejo pero nunca tu mirada te reveló nada al respecto tu mirada

En este punto quiero advertir algunas cosas

Tengo una mentira en la punta de la lengua  
La máquina de escribir está ladeada

Y, a pesar de esto,  
nadie hace caso de que en la frente hay occipitales que sufren crudamente una horrible mortaja de siglos cenicientos y absurdos como calavera.

Tengo una mentira recorriéndome todo el cuerpo y subiendo hasta que se encuentra con la lengua torpe y pastosa de todas las mañanas, sin ninguna excepción y sin ninguna regla.

Arreglémosle la frente al tiempo para que camine con nosotros hacia la misma muerte, sin ninguna esperanza virtual que llevarse a la boca, con la soledad bien atada a la mochila y una ronquera horrible en la garganta porque es temprano y hoy los ojos por fin no se han quedado ciegos.  
—Buenos días.

Se acabaron las mentiras dentro del tren que va camino de otras mentiras que conducen también a otra muerte distinta, en otro lugar más lúgubre aún distante chocolate con churros y mentiras nada más bajar en la nueva

estación, con los ojos en las cuevas que perdimos caminando durante tanto tiempo sin que hubiera una sola cigarra absurda que saltara a nuestro paso; nada de vida recorriéndonos el cuerpo, nada de muerte verdadera haciendo posible la tristeza, nada de amor en ningún ojo, nada de nada, inútiles las cosas perdidas, inútiles las cosas ganadas, inútil todo, la novela, preguntarse para qué incluso para qué, preguntarse por el final y el principio, con las manos cónvacas sobre esta máquina ladeada, a punto estuvo de hacer crisis el llanto y conservarse pulcro por el medio de los otros derroteros que te saludaron al llegar al bar o que te pasaron la lengua por el hombro sin ninguna mota de polvo la chaqueta porque todavía no nos hemos revuelto en la ceniza del suelo, expresamente preparada para llevarnos a las tumbas de los occipitales eternos de este mundo con añil y estropajo en la cabeza con su correspondiente embolia para limpiar de mentiras todas las lenguas, para qué las lenguas, para qué llorar al pie de una escalera, para qué entresacar las palabras para qué romper el dodecaédrico mundo edro a edro si dentro nos vamos a encontrar con la mentira mil veces repetida tomando café o almorzando simplemente entre los amigos de siempre que y ríes o hablas o malgastando el tiempo como si estuviéramos en la época de la sequía yo no necesito decir nada sino sentarme a mirar el suelo hasta la hora en que la tumba se abra por sí sola

aclarado esto  
alia iacta est

En la Universidad de La Laguna, en tus círculos viciosos de Bellas Artes, en el epicentro geométrico de la isla, en la tertulia fofa de cada tarde, donde vamos a inventar un orden nuevo para pasamanear el whisky, qué máquinas las palabras, tu vida verbalizadora.

Qué máquinas las palabras que han de unirse para que alguna vez sea verdad que el hombre es algo más que ir hacia adelante sin historia a las espaldas, los únicos al-dabonazos que pueden hacerle mirar hacia la abstracta injusticia que nadie reconoce en sus propias pupilas y sin embargo existe aunque sólo sea en el fondo de las niñas de los ojos. Qué máquinas las palabras que nos prohíben reconocer nuestra visceral injusticia con la gente, nuestro desprecio cotidiano con la mentira al hombro, porque pregonamos nuestro amor por los hombres y sin embargo andamos callados como marmotas en medio del océano en seguida que se nos aparece el objeto real de nuestras bellas teorías del amor fraterno pasado por hoces y martillos que luego no podemos ejercer ni utilizar porque la historia se establece para que nosotros la utilicemos como nos dé la gana y no hay derecho. El hombre no se entera de que lo estamos manipulando, que de sus vestidos llenos de podredumbre a los que tanta lasca sacamos nace también nuestro sentimiento último de cobardía única. Creo que no hay otra cosa que cobardía y bellas palabras, gaitas, a nuestros compañeros que ya se lo saben de memoria todo y mañana lo seguiremos repitiendo, el hombre está viciado, lo han viciado y el escepticismo no tendrá otro remedio

que aparecer para deslumbrar las objetivas luces de la sencillez y difícilmente nadie va a creer que estamos en la tierra con cierto sentido de que somos perfectibles, pero, por la mañana, tras los arrepentimientos nocturnos tan estériles, aparecen las mismas palabras que nos embadurnan de una inconsciencia importante, rojísima, rojísima como todos los colores que reciben nuestro engaño en plenas narices. El escepticismo.

Un hombre en lo alto de la tribuna pidiendo paz y escuchando que alguien estornuda al fondo de la sala; miles de rostros, cientos, mejor, de rostros iguales, esperando que salga por la voz una hoz o que salga un martillo o que salga un fusil, y salen palabras sobre la paz de este hombre alto, perseguidísimo, con bigote, que se declara marxista y a todo el mundo se le produce un dolor intenso en los pies y es el miedo.

—No hay que avergonzarse de tener miedo. Es lo natural

dice con su voz clarísima, baja

—El miedo es lo normal

baja la voz pero la sube de vez en cuando

—Pero hay que tener conciencia de que el miedo se puede superar; es una situación superable

pero la sube de vez en cuando y grita, y golpea en la barandilla dorada de la estancia, y sigue con su chaqueta gris y con cierta sonrisa de anteayer.

—No se puede repetir una guerra civil ni tenemos derecho a darles la razón a los que nos están pidiendo que esto acabe en una orgía violenta.

también anteayer, con los ojos pegados a las gafas, y las manos rugosas, agresivas como la pistola en la mano, una pistola en el pecho de todos nosotros y la co-bardía, no el miedo, deslizándose entre los pies de las chicas con sus libros en el pecho, y los chicos como envalentonados, pensando en la cena,

(—Estará fría ya)

(—Tenemos que irnos)

y seguir en pie porque este hombre dice

—Un marxista os lo dice  
y se queda con la mano en alto y  
termina de hablar como si no hubiera comenzado, pero ya  
diría que

—Si no existieran, podríamos hablar más tranquilamente  
porque condiciones hay

(y la cena se enfría, y todo el mundo obsesionado) por la presencia de la tempestad y nadie escucha en la calle este clamor fresco que es como la mañana la mala conciencia que ha amanecido. Antes hubo canciones, palmadas frente al rectorado

(—Ya está bien, ya está bien)

porque le prohibían hablar al marxista, y el rector salió a anunciar que la cosa estaba que ardía y que conferencia no podía haber, pero nadie creyó nada y se cantó el no nos moverán y todo el mundo se mintió un poco con las miradas de complicidad y el suelo frío, no nos moverán, todo el mundo sabía que el rector por lo menos se jugaba el sueldo y la gente exigía que la conferencia se diera, y por fin salió el marxista, la gente ocupó el «hall» de la Universidad y allí se habló de todo y hubo palabras sobre las presiones externas a la Universidad, sobre las razones que había para pacificar este entorno y se creyó oportuno empezar a desfilar ante la tumba de los otros caídos para que nos desvelaran el triunfo de las razones de los otros, o si no eran razones

—No siempre la violencia la fuerza física quiero decir puede ir aparejada con la violencia quiero decir la fuerza política

y lo fueron acorralando, hasta que el hombre se subió a la tarima y nos golpeó la frente con su presencia modesta pero excitante

entonces fue cuando él apareció, sin los golpes en la cara, sin los grilletes en las manos, sin las esposas, sin nada en la cara, sin otra cosa que su bigote despoblado y su pelo

escaso, con su hermana y con su tío, y fue abrazado por todo el mundo porque había salido de la cárcel y había como una excitación nerviosa en todos los que estaban allí preguntándole por la cama, por la comida y dándole noticia de los últimos carteles que se habían puesto con las manos en los bolsillos por su libertad. No era nada muy concreto, pero tenían que considerar todos que en el estómago había una amplia desazón

—Yo lo he visto muy contento

lástima de escepticismo, cómo dormir esta noche y todas las noches de cobardía fatal que quedan de aquí al último folio, cómo tapizar el amor, de rosa quizá, nos están quitando el puesto, los ojos de los vivos nos están quitando el puesto

ojo, reclamo, ojo: no me llames más por mi nombre que pienso quitarme la cobardía en menos de lo que canta un gallo rojo

—¿Quién te va a creer ahora que es tarde incluso para andar dormido



Habría que estar, ya sabes, integrado con la gente  
 zapatos ojos  
 pecho pelos rabia dolor  
 con la gente que rodea  
 sudor alegría calor pena  
 nada  
 todos a uno y sentir rabia, dolor, gente sudor, alegría con  
 ellos nada y no estar con la mirada cubierta de velos como  
 un indio  
 —Buenos días  
 nada  
 —Buenas tardes  
 un interés vacío de contenido que no mira hacia  
 adelante  
 oído boca ojos pies nada  
 o nervios ante las cosas pero se acaba  
 los objetos las mesas los rosarios las auroras los coches  
 las peras en el olmo  
 pero se acaba con el sueño  
 nada espera quien nada  
 levantarse lavarse los dientes pensar antes siempre  
 ante el espejo hablar siempre el agua jabonosa y la cara oh  
 limpia aburrida mirada cansada y la calle antes de la calle  
 conversaciones rebozadas  
 de azúcar o no  
 oh  
 no poemas antes de antes de nacer o el teléfono para  
 bello invento negro con zarcillos o no sino hilos bellos  
 infieles para palabras dichas no que va no dichas ni

siquiera no dichas ni anunciadas porque aburrimiento es la cosecha de los desamores

abrir la puerta pero antes lección allí en el cuarto de baño la nada triste perplejo absorto limitado frustrado roto palabreado ceniciento para qué entrevistas oh no verte por la tarde o tenerte o no tenerte obseso impotente repleto amado oh no amado no y la loción y la loción huele a alcanfor o al revés

sillas para qué salir a la calle escribir verbos para andar por casa que nunca se hacen carne

y por poco no por poco no llegan a ser tan sólo pa lo mismo labras ensayar tubos de ensayo y salir el diagnóstico ya sabido

contar los libros Kafka Beckett mirado por los libros nunca ni serán nunca leídos

el aburrimiento por la mañana es una cosa concreta

el suelo sucio frío gente sentada la noche anterior risas y lo de siempre risas hablar interminablemente plomo o no plomo pero plomo definitivo sin puntos y aparte ni sueño

—Un certificado de estar matriculado en verás yo no recuerdo

qué me importa los ojos más breves que nunca en el espejo

¿no serían lágrimas las lágrimas de anoche por qué los ojos más breves todavía? se acaba la pasta de dientes objetos objetos ¿será esto? Se creerán que mirando tus ojos ya lo sabrán todo el peine horrible este pelo salir o no salir horrible la cocina nada botellas en hilera todo quizá en los ojos resucitar de quién será privilegio

no está muy claro que te satisfaga ojos sudor lágrimas calor cepillo de dientes la gente que te satisfaga punto punto puntos suspensivos los dientes como mohosos ¿qué pasaría en la madrugada de qué cosas estuvimos hablando qué nos importó para qué caminamos hasta el bar huevos duros

—No hay nada más

—Y café o coñac quieren los señores

amanecer ven-

tananas cerradas

estos son recuerdos de otras madrugadas una infelicidad inconsciente poblada de gritos y de páginas en blanco white sin escribir las manos de qué estuvimos hablando al volante frente al Colegio Mayor la Universidad gris de madrugada y sinceridad y estas palabras cansancio tierno isla aburri lo de siempre miento la nada como algo que nos atenaza la garganta.

de la ducha el agua haciendo barro la tierra inhóspita agradable y segura fórmulas para arrancar el coche o dormir sin que el periódico te adormezca y el sueño algo muy natural sin cerveza

de qué estaríamos hablando en suramericano antes de que sirvieran huevos duros y tú ensayaras y ensayáramos un poema de Raimon o cantar dónde estarían los recuerdos o nunca mejor nunca hablamos de recuerdos

recorrer la ciudad de punta a cabo en otro coche objeto verde no sé por qué insatisfecho barra night club barba insatisfecho y carnaval insaciable o hablar muy en serio madrugada anterior todavía mesa formica objeto ruido con tu distancia maxifalda mira por qué hablando muy en serio noche importante verás uniforme de disfrazado y una alegría que no sé por qué se trunca corbata de pajarita de qué estaríamos hablando fácil escribir cuando fácil muerte y una chaqueta blassier y un encuentro a medianoche y luego siguió como siempre todo

escucharás agoreras pa de buen agujero labras ya digo de qué demonios de qué, pero era importante y fíjate por donde nos convencimos de que la gente tan importante los hombres tan importantes resultado todo por el sueño y al día siguiente mediodía en la isla o tarde sol o lluvia esperando

el recuerdo ensalzando o no el recuerdo más bien olvidar si quieres arroz catalina o

—¿Me recuerdas? ¿Me reconoces?

ni tú ni  
tú ni tú pero tú sí todavía en el pensamiento ¿eran pulpos  
acaso lo que comimos?

pero todo sucedía rápido y al menos había cosas que  
hacer al día siguiente

la cama desordenada la gente en fiesta y cómo  
serán sus labios que no olvido ni falta que hace ver las si-  
llas deshechas o la cama bien trazada la cama y la habi-  
tación paredes amarillas un poster una mirada bombilla  
sobre enorme tu cabeza dando vueltas la habitación

disfraz no muy clara todavía la cara en el espejo  
música quizá sonido de música aún en la casa ruidos inter-  
minables sin importancia

nada

de qué hablamos pregunta sobre pregunta para qué  
lámpara de mesa de noche te espera y no iremos mirada  
ojos verdes Teresa Teresa espera al mediodía teléfono gris  
perla blanco Teresa Teresa mirada verde o azul como tus  
ojos así incoloros en ristre la sonrisa un aperitivo en  
cualquier parte el día joven fiesta ya sabes somos gente

vitalidad adiós te decía vitalidad ¿la noche? bien, bien,  
vitalidad la mesa de noche dando también vueltas al reloj  
de campana la cabeza horrible el espejo quítenlo de ahí  
quiten el espejo

que me que me quema me come el espejo la mirada  
revertida revertida quién te escucharía recitar un poema  
improvisado me noté viejo ante el espejo pero bueno el al-  
cohol obliga a hacer un gesto indiferente

o cobarde al espejo vuelves la espalda o en cual-  
quier parte o no comer tapear a mí no me gusta comer

—Sentarme horas improductivas dormir también tre-  
menda tontería

sole trist feli am dad eza ciudad er lindas truncadas  
frases es per nada anza sigue dando vueltas la cama un  
ejercicio de incomprensión para qué el sueño que  
ha pasado habrá terminado el ciclo

—Y los labios se habrán olvidado del calor  
gargantas sin voz preguntas sin nada dentro

—Tendrá usted que abrir la puerta a las

—Se integrará en a tal

y así caminos o caminos rojos nada  
rojo qué mentira te dirán  
todo así cortado por la misma tijera invisible cortando tu  
cuello

y qué qué bien España

para un bocadillo hombre hombre menos hombre hom-  
bre igual nada sin calidad literaria o con calidad literaria las  
cosas están muy graves en el país: condenas cadenas per-  
petuas mordazas. Civilización: cariñoso deseo de felicidad  
por estas fiestas felices no te joden las felices fiestas en  
este país dejado de la mano de Dios y de los hombres. La  
isla, caja de Pandora, como dicen los editorialistas cetrinos  
morenos y tuertos

qué fácil la hache no dice nada nada nada  
en suspenso brillante la nada colgada del techo o es el  
bombillo claro como las cosas ocurren verán qué bien las  
entrelaza el gliconio séxico si fuera arquitecto sobre  
fachadas inmóviles fachadas de la nada y nada y  
nada y verás que no aprendemos a decir sí y bien  
bien bien bien pero no estará a nuestro lado y mal  
dentro del cuerpo una cenicienta atención a la memoria  
memoria para qué qué crímenes se cometieron en tu  
nombre qué largo dormir y qué corto el olvido olvidas  
olvidare olvidavi olvidatum aprendiste mucho la-  
tín en tu juventud muchacho de qué te sirve  
y ahora el sueño te vence

oh no se cierra toda la habitación

ni siquiera la madrugada la posibilidad de sentir que  
alguien otro dentro de ti se levanta y hace todo por ti y tu  
estómago

pelos rubios, muerte el polvo sigues en  
el insomnio durmiendo

—Sylvia, Sylvia, ¿vendrás esta noche?

soluciones, tráiganme  
soluciones para evitar el sueño suelo mortal frío en las vértebras el barrendero que deja su encargo entra en el estanco y pone el boleto y entonces será posible atragantarme con la larga agonía de la noche notas a pie de página correcciones tachaduras coñac sobre la mesa no ya no ya no beberé más por esta noche o coger al hombre y quitarle el carro de la basura para decorar la casa un prendedor Rubén Darío Bécquer eres tú los ojos cansados abrir la cama pero antes cisterna orín espejos nuevamente luz blanca que ciega Goethe ¿cómo se escribe Goethe? ser Mefistófeles o el doctor Jekyll o el doctor No o el doctor Cataplasma especialista en asma, de vez en cuando el espejo  
portador de valores eternos

de buen humor valores eternos y una sonrisa ¿qué ocurrió más lejos todavía? ¿qué ocurrió al mediodía? ¿qué mejillas estuvieron a tu disposición para ser besadas? ¿quién te persiguió hasta ofrecerte la rosa que ahora se marchita? ¿quién oh?

reconozco señor que soy culpable sé que fui  
pecador imperdonable que sea una chica una chica ye yé no te quieres enterar ye yé estás morenísima con los rayos del sol mamy panchita niña                      bonita cuando sales a bailar mamy panchita eres como un vendaval tu sonrisa no es igual no es igual que las demás

¿lo recuerdas todo? eh  
pero ya los recuerdos no tienen nada que ver con las cosas concretas, con las personas recordadas verás las ves y ya no te importa su mirada                      la posición de sus manos la prisión de sus manos, la flor, la caída del pelo o el tono de la voz                      las palabras todo en las personas externo

nada que te transforme en cuchara y te lleve al fondo y saques piedras martillos volúmenes que en otro nada tiempo fueron sentimientos digámoslo de esta forma

la vida es un guión muchas veces en off y muchos primeros planos que se van difuminando abogado de profesión periodista narrador oficinista marica según el

papel de cada uno en espera o no se espera o no se esperan  
papeles en el próximo reparto adiós a las vírgenes adiós a  
los castos adiós a los puros adiós multitudinario a los que  
no beben ni se masturban sobre las tumbas perdidas entre  
los cepos de las carreteras como gatos muertos

¿te horrorizaba  
verdad al salir del cine al cubrirte el cuerpo con una sábana  
al ensayar cómo debías ponerte los ojos cerrados el  
despertador o no te horrorizaba verdad lo que pudiera ser  
todo mañana y no mirar a la claridad que ya es mañana?

adiós a la claridad externa eternamente  
papeles sin un dedo encima ir al cuartel no es una  
ruptura sino una continuidad dijiste recordando a  
Octavio Paz y luego fuiste a Barcelona calles gente  
morena como tú sí como tú no como tú sí como tú casi  
nunca fumaste pero te imaginaste

recuerdas y esta es otra historia a la  
gente le interesa es lástima la truculencia: Fuimos  
a bailar nosotros y ellos ligaron ya sabes pero no está esta  
historia madura había que esperar mucho tiempo para que  
se maduren las historias que faltan te callas muchas y yo  
estaba acostumbrado a que el amor o lo que quieras quiero  
no verbo no simple disquisición sobre fondo frío nada para  
mañana sacrílego pensar yo estaba acostumbrado a  
que esto fuera verás incontrolable y vienen voces pruden-  
cia tranquilidad medida medida todas las palabras el  
mismo semema y alguien que te para en la Universidad y  
te dice sinécdoque metáfora verbos bimembres  
polimembres democracia

acostumbrado a que esto sea incontrolable y quizá  
es por esto que no se consigue nada

mirar mirar todo el día un bocadillo un papel  
grueso un café con leche nadie te vendrá a ver con tus cos-  
tumbres

—¿Lo creíste de verdad?

—¿No te ves de hueso y carne como un espectador?

La vida la vida perdido ni hueso ni carne ni limonada me gusta

pero lo peor era llegar a la cama mirar el techo a oscuras  
mirar nada en los ojos vergüenza tal vez no lo peor horas  
antes dos horas antes de llegar conversaciones risas y  
fabuloso mundo absurdo de la broma como único condi-  
mento y dormir el pensamiento de dormir sobre ti  
las firmas en los zapatos pensar en otra cosa reír  
y tú piensas: la cama quitarte los zapatos la cabeza  
vueltas el whisky oh qué malo ordenar la habita-  
ción pasear un poco lo de siempre ir al día  
siguiente pero no no todavía no te has  
levantado todavía todavía no te has acostado queda  
en la noche una conversación en inglés absurdo con una  
muchacha del Condado de Kent una muchacha  
hablando de Dios

—Yo soy anglicana. ¿Y tú?

—Yo ateo ateo ateo. Nunca me preocupó esto ni mis pa-  
dres conocieron la palabra ni me dijeron caminos para  
andar ni supieron nunca cómo era esto de andar por lo  
trillado. Nunca me he preocupado

le dije

era de grandes ojos castaños interesados, hablando  
de la isla

—Pero me gustaría creer en Dios

—Ser de isla good pero en el fondo bad

—Yes bad very well

tu inglés nunca bien hablado

o de Dick Turpin. Estábamos en un  
pub y Carlos hablaba muy bien inglés. Yo no. Yo me canso  
y mezclo todo: inglés intuitivo un poco. No sirve para  
nada. Dick Turpin. Los ingleses venían en un crucero y  
estarían una semana.

—La situación de la isla podían ustedes hablarnos.

—¿La isla?

como si esto no fuera no va con nosotros  
parece desde fuera sí un paraíso un paraíso Dick Turpin  
una calle estrecha pero el coche bien aparcado y los ingleses

—La isla claro España this is Spain  
como penosos

compasivos y nosotros Dick Turpin

—¿Usted dónde nació?

—I was born, les dije, in la isla

Ann a lo mejor esta noche se vendría conmigo. Mueve bien las manos los ojos los verás

Ann no está mal.

—Pero Dick Turpin no  
los ingleses: sorpresa. Rostros encima de la mesa la historia de Dick «highawayman» saltador tradujiste

—Dick Turpin was born en una extraña ciudad llamada 1705

y los ingleses rieron la gracia y además, esto luego lo supiste, porque Londres está a esa longitud del meridiano de Greenwich

—Grinich

dijo Carlos y ya hablaron de la libertad de religión de los hombres.

—¿Dónde te entierran si eres ateo?

te dijo Ann y tú pensaste poco y dijiste que la pregunta estaba mal hecha. Hacía tiempo que no confluían tanto en ti las miradas un domingo más qué pensarás en estos momentos cuando nada te está importando el recuerdo

—El recuerdo puede ser sepultado  
dijo perogrullada Carlos

—La pregunta está mal hecha yes

—Yes: había que preguntar dónde te echan la última paletada

—Cómo se dice pala

—De tierra

—Porque a cada hora te están enterrando dijiste de nuevo el cinismo de solitario al rostro y Carlos tradujo no supiste pero poco a poco aquello fue subiendo  
y risas

quién soy la que                    dijiste la que  
está aquí contigo                    la que camina la que piensa quién  
soy yo

todas las capas tienen un nivel un  
subnivel dos subniveles ¿cuántos subniveles tiene mi capa?  
el problema a veces se reduce a escribir por la mañana te  
había dolido la cabeza pero en el fondo de todo lo que hay  
es una gran pasión de autocrítica que difícilmente se hace  
realidad embotado con los ojos viejos                    una pequeña  
arruga debajo del ojo déjame que recuerda                    una di-  
ficultad suprema para subir las escaleras de la Universidad  
giovinezza giovinezza                    juventud dónde está tu vic-  
toria

¿por qué, acorralado ya por la nada consistente, sigue  
tu temor a colocar el pie sobre el centro exacto de la  
alfombra?



Capítulo acusadoramente último y una risa en la oreja del auditorio

Todo te llegó demasiado deprisa. Todo te lo hiciste demasiado tú. Jugaste demasiado con tu propia suerte que realmente no te dejó ni a sol ni a sombra. Tus reflexiones sobre ese tiempo muerto en que todo se iba fraguando, toda tu impureza y todas tus rupturas, con un amor principal e ingenuo hacia las cosas, fuiste arrugando el ceño y así te despiertas ahora, malhumorado y seco como un exacto viejo con zapatos del 39. No supiste aprovechar aquellos largos días de estudiante libre del bachillerato y sólo cruzaste las calles de la capital nueva para examinarte de materias que te habían sido explicadas por profanos. Caminabas con una sonora inquietud por unas calles que no desconocías en el fondo, que te esperaban para engullirte porque lo peor de todo era que tú sabías muy recónditamente cuál había de ser tu simple destino de hombre encuadrado en letras de marfil, obtenidas gracias a una aleación de plomo y zinc. Sentías admiración por tus compañeros de clase, te comunicabas con todos y eras algo así como un anfitrión extraordinario en tu extraordinaria pobreza de muchacho que ni siquiera llevaba bolígrafos a los exámenes. Te salvó un desparpajo del que poco a poco te irías arrepintiendo, como te irías arrepintiendo poco a poco de perder la inconsciencia de creerlo todo, viniera de donde viniera. Y esperar con los brazos perennemente caminando. No entendiste nada. No entendiste que nunca podrías seguir el camino recto de los que fumaban en el

Colegio antes de examinarte de segundo. No entendías por qué ellos no podían entender tus redondos aprobados; no entendías por qué las chaquetas no aparecen raídas todas al mismo tiempo. Cosas muy simples. Eras torpe y no te explicaste por qué razones te mandaban con más entusiasmo tus obsesiones familiares: tus padres sacándote de la nada, tú naciendo de espaldas, tú, el sano, lanzado al río tardíamente, tú, estudiando porque no podías hacer otra cosa, tú, rompiéndote las rodillas en los partidos de fútbol porque tú, en el fondo, estabas queriendo tener el mismo rostro sonrosado y el mismo pelo rubio de los muchachos que querían que venciese Kennedy en las elecciones. Tu padre dijo alguna vez que había sido republicano, pero en tu casa nunca se supo demasiado de estas cosas ni nunca se habló demasiado de nada de esto que luego tanto te preocupó. Ya son nuevas amistades bajo el brazo, ya con un corazón nuevo y no me mires con esos ojos tristes de las tardes rotas del comienzo de cada verano, las últimas de nuestros primeros años de juventud. Frente a tu casa estaba el local de la Federación Anarquista o quizá no era esto pero tú conservas recuerdos de tus padres contando historias de petardos y de propagandas que ahora enfocas con tu erudición a la violeta mientras realmente estás pensando en temas como el amor o la guerra o la nada o un sabor agridulce en la boca, un sabor exactamente insípido, mientras tú olvidas la hora o mientras haces recuento de efectivos.

Ahora ya dices que fue la derecha la que provocó el desastre, ahora ya comentas lo que hubiera sido el país con la reforma agraria, ahora ya no oyes cómo tu madre te cuenta la historia de Genoveva de Brabante, y cómo su hijo se alimentaba de leche de cabra. Qué viejo te sentiste aquel diciembre de tu juventud leyendo la historia de Simbad el Marino y viendo los dibujos de la edición ilustrada de Genoveva de Brabante. Qué viejo te sentiste con la sangre de enero casi en las venas fuertes de un amor reciente. Y qué viejo te sentiste cuando tu padre, aquel objetivo de preguntas que te tapaba la pregunta con el sombrero,

cuando en el cine había caballos, te preguntó por Hitler y Fidel Castro, y quiso saber quién era el mejor, mientras daba una curva con su coche azul viejo, el que tú también viste desgusar. Ya no fuiste capaz de preguntar por nuevas victorias ni fuiste capaz de sentarte inmensas tardes de otoño a desarmar aparatos y a oír interminablemente la radio, a pedir libros de Unamuno y Ortega y a preguntarte por las razones verdaderas de tu existencia en la tierra. El salto fue brusco. De cuando te masturbaste por primera vez a cuando perdiste el temor a las olas del mar. El salto fue brusco y marchaste tú solo a todos los encuentros. Eso cuesta y desgusa. Perdiste una fe distinta a la fe que ahora tienes en la madrugada o en la soledad, que todo cambia de lugar para tu propio beneficio. Dejaste de ver los mismos rostros y fuiste perdiendo la noción elemental de escamar pescado en plena calle, de plantar aguacateros que ahora no ves nacer, y esto es lo único bueno, sin nostalgia ninguna, o el lugar donde estaba amarrada la cabra, o el goro donde estaban los cochinos, o la cuadra donde se guardaban las vacas, o los cuartos donde se guardaba la sal y donde también jugaste a casarte con tus primas, a las que ahora ves distintas y tan lejanas a ti como tú mismo a la imagen que recuerdas vaporosamente, con las sienes apretadas y el frío saliendo del suelo, o recobrando el resuello para seguir con una historia que, aunque verdadera y posiblemente hermosa, es tristísima, como aquellas largas excursiones nocturnas que tú siempre supiste que existían en todas partes, pero que podían arreglarse con el dinero que se repartía mal, cándido muchacho ya con ojeras. Eran tus padres los que discutían y ya la cultura comenzó a distanciarte de todo, a enfriarte ya casi visceralmente, a notar que tus relaciones con la gente comenzaban ya en el sueño y terminabas en el sueño de bellos poemas escritos bajo la lluvia. Te entró pronto el venenillo de los versos y la verdad es que la acometida fue frenética, como frenético eras tú para lanzar las palabras a bocajarro, desde un cuerpo mínimo y posiblemente grotesco, el que ves ahora en antiguas fotos, profusamente abrigado y con un gesto

terriblemente igual en los ojos. ¿Qué cosas te estaban quitando desde tan temprano la mirada? ¿Qué te estaba preparando para sentir ya las mismas sensaciones de vacío que ahora, mientras subes a la Universidad, o mientras estudias historias que realmente tampoco te importan mucho? ¿Quién estaba engañándote tan sañudamente, desde tan pronto? ¿Quién te impulsaba a hablar interminablemente como si tú tuvieras algún deber ineludible de llenar los silencios cotidianos que luego tampoco supiste respetar? ¿Qué color estaban teniendo tus pensamientos, tras tanto abrigo y tanta inconsciencia? Tú no te estabas enterando de nada, los hombres se morían con menos frecuencia que ahora, esa era tu impresión y ahora hasta tú mismo vas notándolo ligeramente muerto o bien nada tienes que ver con todo esto.

**Juan Cruz Ruiz** nació en el Puerto de la Cruz (Tenerife) en 1948. «Crónica de la nada hecha pedazos» es su primera novela. Fue publicada en 1971 por la Caja General de Ahorros de Canarias, cuyo premio «Benito Pérez Armas» obtuvo entonces. Un año después, fue editada en Madrid por Taller de Ediciones JB. Periodista desde los trece años, ha sido redactor de los diarios «La Tarde» y «El Día», de Tenerife. Desde 1976 pertenece a la redacción de «El País», del que ha sido corresponsal en Londres, jefe de Cultura y jefe de Colaboraciones. En 1988 ganó el premio «Azorín» de novela por *El sueño de Oslo*, novela que se publica simultáneamente con esta reedición de *Crónica de la nada hecha pedazos* y con su obra poética en prosa *Cuchillo de arena* (Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife). En 1975 publicó *Naranja* y en 1982 apareció *Retrato de humo*.

**Domingo Pérez Minik** nace en Santa Cruz de Tenerife, en 1905, en el seno de una familia pequeño-burguesa de comerciantes insulares. Huérfano de padre desde muy niño. Estudia en el Colegio Francés, bachillerato, y por falta de medios no cursa estudios superiores. Trabaja en una empresa norteamericana de petróleos y da clases de lengua y literatura francesas en colegios privados. Es Diplomado en Lenguas Extranjeras por la Universidad de La Laguna.

Comienza a escribir en los años treinta y es uno de los fundadores de la revista «Gaceta de Arte». Firma el «Manifiesto Surrealista 1935».

Publica sus primeras obras en la década de los años cincuenta, es considerado como el maestro de las jóvenes generaciones de escritores canarios y alcanza un amplio prestigio en el mundo de habla hispana con sus obras *Antología de la poesía canaria* (Goya Ed., 1952), *Debates sobre el teatro español contemporáneo* (Goya Ed., 1953), *Novelistas españoles de los siglos XIX y XX* (Guadarrama, 1957), *Teatro europeo contemporáneo* (Guadarrama, 1961), *Introducción a la novela inglesa actual* (Guadarrama, 1968), *Entrada y salida de viajeros* (Ed. Nuestro Arte, 1969). Prólogos y monografías sobre dramaturgos y novelistas. Escribe en las más prestigiosas revistas literarias españolas y extranjeras y mantiene colaboraciones fijas en la revista «Insula», Madrid, y en los periódicos «El Día», Santa Cruz de Tenerife, y «La Nación», Buenos Aires.

Recientemente le fue concedida la Medalla de Oro de las Bellas Artes. Es Doctor «Honoris Causa» por la Universidad de La Laguna y Medalla de Oro de la isla de Tenerife.



## *Biblioteca Básica Canaria*

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Afortunadas*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Poesías*.
20. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores y Entre cuatro paredes*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Caravane*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*



Se acabó de imprimir  
el día 20 de junio de 1988,  
en los talleres de  
MARIAR, S. A.,  
de Madrid.

Y luego Juan Cruz Ruiz nos habla del mar, de un mar envalentonado y no arrepentido, perdido ya en la más fascinante divagación sobre lo que es su isla. Una locura. No es fácil descubrir de qué secretos se vale Juan Cruz Ruiz para identificar su condición primera de insular. Del absurdo más puro a la concreción más conmovedora, este novelista insular tiene muy bien alojada la isla en su corazón. No se la puede quitar de encima.



*Biblioteca Básica Canaria*



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES  
GOBIERNO DE CANARIAS

---

**socadem**